

**LA MUERTE COMO ESPECTÁCULO EN COLOMBIA:  
TEATRALIDAD EN EL PERÍODO DE LA VIOLENCIA (ANTIOQUIA, 1948-1954)**

**MARIANA VALENCIA CALLE**

**UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA  
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
PROGRAMA DE HISTORIA  
MEDELLÍN  
2025**

**LA MUERTE COMO ESPECTÁCULO EN COLOMBIA: TEATRALIDAD EN EL  
PERÍODO DE LA VIOLENCIA (ANTIOQUIA, 1948-1954)**

**MARIANA VALENCIA CALLE**

Trabajo de grado para optar por el título de Historiadora

**Asesora**

Jazmín Santa Álvarez

Doctora en Historia

UNIVERSIDAD PONTIFICIA BOLIVARIANA  
ESCUELA DE TEOLOGÍA, FILOSOFÍA Y HUMANIDADES  
PROGRAMA DE HISTORIA  
MEDELLÍN  
2025

## Tabla de contenido

<b>Introducción.....</b>	<b>5</b>
<b>Capítulo I. Estructuras, discursos y memorias de la violencia en Colombia (1948-1964).....</b>	<b>10</b>
1.1. La Violencia en el contexto nacional.....	10
1.2. Entendiendo la <i>violencia</i> : debates conceptuales e interpretativos .....	19
<b>Capítulo II. La periferia como escenario: territorialidades, jerarquías y disputa simbólica en la Violencia antioqueña.....</b>	<b>32</b>
2.1. La marginalidad de la Violencia en Antioquia.....	32
2.2. La represión electoral y el papel de la burocracia en la Violencia .....	35
2.3. Insurgencia campesina y reacción conservadora: el choque entre guerrilla y contrachusma. 43	
2.4. La Violencia en el suroeste: el particular caso de Urao .....	51
<b>Capítulo III. El cuerpo como trinchera: formas de escenificación letal durante la Violencia .</b>	<b>62</b>
3.1. Esbozo del papel social y político de la guerrilla liberal.....	62
3.2. Dimensión cultural y simbólica de la Violencia .....	67
3.3. Intersecciones entre lo sagrado y la violencia .....	84
<b>Conclusiones .....</b>	<b>98</b>
<b>Fuentes primarias.....</b>	<b>102</b>
<b>Bibliografía .....</b>	<b>105</b>

## Resumen

Este trabajo propone una lectura historiográfica de la teatralización de la muerte durante el periodo de La Violencia en Antioquia (1948-1954), entendiendo la violencia no como un fenómeno irracional o biológico, sino como una práctica social y cultural históricamente construida. Desde un enfoque de historia cultural e historia local, se recurre a categorías como cuerpo, memoria y representación simbólica para interpretar las formas en que la violencia se expresó y fue codificada en contextos regionales.

Metodológicamente, se articulan el análisis de fuentes documentales con una aproximación interpretativa inspirada en los estudios visuales, la semiótica del cuerpo y la antropología del rito. A lo largo de tres capítulos, se abordan el contexto nacional del conflicto, las condiciones regionales de Antioquia y las prácticas de escenificación del asesinato como actos performativos cargados de sentido político.

***Palabras clave:*** *Violencia, teatralización de la muerte, representación simbólica, cuerpo.*

## Introducción

“Nadie consagrado a pensar sobre la Historia y la Política puede permanecer ignorante del enorme papel que la violencia ha desempeñado siempre en los asuntos humanos”, escribió Hannah Arendt;<sup>1</sup> sin embargo, reconocer la presencia constante de la violencia en la historia no implica aceptarla como una condición natural o inevitable.

Esta investigación parte precisamente del rechazo a la idea de que la violencia es inherente, singular o estática; por el contrario, se asume como una construcción compleja profundamente enraizada en los factores culturales, étnicos, sociales, económicos y territoriales que moldean a las sociedades. Su análisis requiere, entonces, una mirada que se sumerja en las formas simbólicas que conlleva.

Este trabajo propone comprender la teatralización de la muerte en Colombia durante el período de la Violencia, centrando el análisis en Antioquia entre los años 1948 y 1954. A partir de un estudio histórico se busca dar cuenta no solo de los hechos violentos, sino de su representación en el cuerpo, del uso del cuerpo como lienzo del terror, como mensaje, como símbolo. En este sentido, se retoma la advertencia de Santiago Villaveces: “la conceptualización de la violencia borra en sí misma el hecho violento. En las conceptualizaciones de la violencia no existe la cara humana, no se representa el sufrimiento”.<sup>2</sup> Este trabajo, por su parte, busca acercarse al rostro desgarrado de la tragedia, teniendo presente la limitación del lenguaje:

Nuestra falencia no delata un déficit del lenguaje, como si los investigadores sociales hubiéramos enmudecido debido al impacto demoledor de la violencia. No; hemos enmudecido por agotamiento, por cansancio, porque los hechos violentos de los que nos hemos ocupado nos desbordan, como también nos

---

<sup>1</sup> Hannah Arendt, *Sobre la violencia*. (Madrid: Alianza Editorial, 2006), 16.

<sup>2</sup> Elsa Blair, “Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición”. *Política y Cultura*, n. 32 (2009): 9-33, <https://www.scielo.org.mx/pdf/polcul/n32/n32a2.pdf>.

desborda el sufrimiento ocasionado, y por mucho que lo intentemos estos no se ven representados en los textos que escribimos.<sup>3</sup>

En Colombia, los estudios sobre la violencia han proliferado a lo largo del tiempo, al punto de que algunos consideran que ya se ha dicho todo lo posible. Sin embargo, tal como especifica Gonzalo Sánchez, persisten enormes vacíos, especialmente en lo que respecta a los “villanos” de la historia y a las expresiones culturales de la violencia.<sup>4</sup> Este trabajo se inscribe en esa búsqueda por dar sentido a lo inasible, reconociendo, como plantea Ricoeur, que todo relato es una forma de resignificación, una “instancia de mediación” que da sentido a lo ocurrido. Por eso, este trabajo parte de la convicción de que narrar no es simplemente contar, sino recuperar, reconstruir, intentar comprender lo que ha sido arrojado al silencio o al olvido.

El trabajo se desarrolla en tres capítulos. El primer capítulo, titulado *Antes del horror: estructuras, discursos y memorias de la violencia en Colombia*, tiene como objetivo realizar un recorrido historiográfico y conceptual por los acontecimientos nacionales entre 1948 y 1964; y a partir de dicho recorrido, mostrar cómo la Violencia, lejos de ser una lucha meramente bipartidista, fue el producto de tensiones históricas estructurales –económicas, sociales, regionales– que rebasaron los marcos partidarios. De esta manera, se problematiza el concepto mismo de violencia desde su polisemia hasta sus usos políticos y culturales, para entenderla como un fenómeno múltiple, con expresiones diferenciadas según región, actor y contexto.

El segundo capítulo, *La periferia como escenario: territorialidades, jerarquías y disputa simbólica en la violencia antioqueña*, sitúa el foco en el caso antioqueño, desmontando el mito de su relativa inmunidad al conflicto. Tiene como objetivo comprender las condiciones sociales, económicas, políticas y culturales que hicieron posible el surgimiento y la persistencia de la Violencia en este departamento. Se destaca que la Violencia se concentró en zonas periféricas como Urabá, el Bajo Cauca y el Magdalena

---

<sup>3</sup> María Victoria Uribe, “Presentación y representación de la violencia en el arte colombiano”. *Revista Errata*, no. 13 (2015): 120-136, <https://revistaerrata.gov.co/contenido/presentacion-y-representacion-de-la-violencia-en-el-arte-colombiano>.

<sup>4</sup> Gonzalo Sánchez, *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. (Bogotá: CEREC, 1986), 12.

Medio, territorios con alta presencia de población racializada y estigmatizada por el discurso hegemónico regional. Si bien el caso de Urrao no representa plenamente la complejidad del conflicto en el resto del departamento ni refleja de manera general la situación del suroeste antioqueño, resulta particularmente significativo para comprender el surgimiento de las guerrillas en Antioquia. Fue en este municipio donde se consolidaron los grupos insurgentes con mayor propósito y estabilidad, aunque sus objetivos no fueran tan definidos como los de otras guerrillas en diferentes departamentos; por esta razón, Urrao ocupa un lugar relevante en la historia de la Violencia en Antioquia y en el presente trabajo. Se plantea una mirada que distingue entre sus diversas territorialidades, resaltando las tensiones históricas entre el centro y la periferia, así como las jerarquías simbólicas que operaron en la configuración del conflicto. Este análisis permite identificar no solo los actores implicados, sino también los discursos de exclusión que legitimaron la violencia. Esta parte del trabajo deja ver cómo el conflicto no solo fue político y económico, sino profundamente étnico y simbólico.

Este capítulo prepara el terreno para el tercer capítulo, que funciona como un compendio de herramientas analíticas para interpretar las formas específicas en las que la violencia se inscribió sobre los cuerpos asesinados. Es decir, si el segundo capítulo delimita las condiciones estructurales y contextuales del conflicto, el tercero se encarga de explorar las representaciones simbólicas y performativas de la muerte violenta. Ambos capítulos están estrechamente vinculados, pues el análisis de los actos letales solo adquiere sentido cuando se entiende desde las experiencias locales y regionales que los originan y resignifican.

El tercer capítulo, *El cuerpo como trinchera: formas de escenificación letal durante La Violencia*, tiene como objetivo abordar directamente la teatralidad de la muerte, mediante el análisis de prácticas específicas del asesinato encontradas en el Archivo Histórico de Antioquia, entendidas como actos performativos que exceden lo meramente letal: inscriben en el cuerpo un mensaje, una advertencia, una escenificación de la diferencia. Aquí se hace uso de categorías visuales y simbólicas, entendiendo el cuerpo como un espacio de inscripción del poder, como territorio en disputa, como signo, para desarrollar esta perspectiva, se recurre a distintos marcos teóricos que permiten una lectura compleja del cuerpo y la imagen en contexto de violencia. En primer lugar, se acude a Elsa Blair y María

Victoria Uribe para entender el cuerpo como un reflejo de las dinámicas sociales, culturales y políticas, así como la muerte como una puesta en escena que se transmite a través de los cuerpos. Desde el análisis visual, se incorpora el concepto de representación de Louis Marin, útil para interpretar el poder que ejercen las imágenes en tanto construcciones simbólicas. Asimismo, se retoma la noción de imagen emblemática de Juan Carlos Guerrero, que permite identificar aquellas imágenes que condensan y proyectan sentidos colectivos sobre la violencia. En esta línea, se reconoce también la función memorativa de la imagen según Georges Didi-Huberman, que señala su capacidad de generar sentido histórico. Finalmente, se explora el concepto de estética de lo atroz, propuesto por Edgar Barrero, para pensar cómo las formas del horror pueden generar una experiencia sensible. Cada ejemplo de asesinato se convierte en una puerta de entrada para analizar la iconografía del terror y las formas en que la violencia configuró subjetividades.

Este trabajo también se inscribe en una postura epistemológica crítica que desconfía de los relatos únicos o puramente racionales. Existen realidades que, por su “exceso de significado”,<sup>5</sup> no pueden ser plenamente aprehendidas por un discurso, pero eso no impide, sino que exige un esfuerzo interpretativo. Por eso, se retoman herramientas de la historia, la antropología y los estudios culturales para recoger los “harapos sucios” de la memoria, como diría Didi-Huberman,<sup>6</sup> y dotarlos de dignidad histórica.

Finalmente, esta investigación se niega a reducir la violencia a una desviación individual o a una supuesta inclinación humana hacia el mal. En este trabajo, no es la naturaleza, sino la historia, la que explica la violencia. No se trata de psicologizar la crueldad, sino de entenderla como experiencia colectiva, como manifestación cultural e histórica. Este trabajo va en línea con la propuesta de Germán Guzmán Campos: “[...] es necesario descender con horror, con asco, pero con ilimitada comprensión humana [...] a ese subfondo de miseria”.<sup>7</sup>

---

<sup>5</sup> Blair, “Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición”, 9-33.

<sup>6</sup> Georges Didi-Huberman, *Pueblos expuestos, pueblos figurantes*. Buenos Aires: Manantial, 2014.

<sup>7</sup> Germán Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*. (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1962), 225.

Este trabajo no pretende agotar la complejidad del fenómeno ni ofrecer una explicación totalizadora; más bien, su objetivo principal es ofrecer una aproximación metodológica y analítica que busca abrir nuevas rutas de interpretación sobre la teatralización de la violencia en Colombia, particularmente en el caso antioqueño. Su propósito es ofrecer herramientas que permitan leer la violencia, más allá de sus cifras o narrativas oficiales, a partir de su expresión simbólica y corporal. En ese sentido, más que cerrar una discusión, pretende dejar planteadas preguntas y líneas posibles de investigación futura. La comprensión de un fenómeno tan profundamente enraizado en nuestra historia requiere de múltiples miradas, escalas y disciplinas, por lo que esta propuesta debe entenderse como un punto de partida, no como una conclusión definitiva.

## Capítulo I. Estructuras, discursos y memorias de la violencia en Colombia (1948-1964)

### 1.1. La Violencia en el contexto nacional

El fenómeno de la Violencia en Colombia se reconoce como uno de los más intensos casos de violencia civil masiva del siglo XX en el mundo. Este proceso multifacético no puede ser explicado únicamente como una confrontación por pasiones políticas, más bien, es la resultante de diversos conflictos de carácter económico, social, político y cultural, tanto en el ámbito nacional como regional. Las pasiones políticas heredadas de la tradición bipartidista tras la independencia y la creación de la república son un factor determinante, sin embargo, está lejos de definir a cabalidad lo que significó este período, pues no abarcan las complejidades de las luchas locales de larga duración. Tiene necesariamente una dimensión regional ya que es un país fragmentado<sup>8</sup> y atravesado por diferentes conflictos que dependen de la especificidad del entorno territorial, en el cual no sólo varía el espacio sino también el tiempo. Cada región tiene diferentes modos de vida, pensamientos, costumbres, tradiciones que, si bien pueden converger en algunos aspectos con otras regiones, también pueden ser completamente diferentes respecto a otras, por esta razón, resulta necesario distinguir entre las diversas modalidades regionales del conflicto como bien lo resalta Daniel Pécaut:

[...] de un departamento a otro, de un municipio al otro, de una vereda a la otra, las luchas partidistas, los conflictos sociales y el bandidismo se combinan y se organizan de maneras diferentes alrededor de una multiplicidad de protagonistas; además se desarrollan según temporalidades diferentes, se explican de forma diferente, y tienen consecuencias distintas [...].<sup>9</sup>

La característica a la que se le ha dado mayor protagonismo de la Violencia es el bipartidismo arraigado en la rivalidad entre los partidos conservador y liberal. Este conflicto tiene sus raíces en el siglo XIX con el nacimiento incipiente de la República, dicotomía que había hecho sus estragos incluso antes de la Guerra de los Mil Días; muchos elementos de la violencia decimonónica sobreviven al tiempo y se manifiestan en el período de la Violencia.

---

<sup>8</sup> Marco Palacios y Frank Safford, *Historia de Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*. (Bogotá: Universidad de los Andes, 2012).

<sup>9</sup> Daniel Pécaut, “De las violencias a la violencia”, en *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, ed. por Gonzalo Sánchez (Bogotá: CEREC, 1986), 262-274.

Los conflictos del siglo XIX fueron luchas internas de la clase dominante por el control del Estado y la dominación de la sociedad, enfrentamientos entre ideologías políticas, económicas y religiosas sobre cómo debía ser la transición hacia la república, los cuales dejaron un saldo desastroso en términos de pérdidas humanas y destrucción material. En el transcurso del siglo XX, la contienda por la supremacía hegemónica y, por consiguiente, el sectarismo se consolidaron manifestándose en episodios de violencia electoral, en los cuales las derrotas no se aceptaban de manera pacífica y la violencia preventiva se utilizaba como táctica para obstaculizar la participación de la oposición. La institucionalización del ejercicio de la violencia como medio justificado para gobernar un país fue el resultado de una tradición de largo tiempo. Sin embargo, estos fenómenos fueron más notorios durante las décadas de 1920, 1930 y 1940, especialmente en el período de 1928 a 1934, cuando el país experimentó el gobierno liberal liderado por Enrique Olaya Herrera (1930-1934).<sup>10</sup> Este período fue nombrado la “Pequeña Violencia” y abarcó conflictos agrarios, el surgimiento del Partido Socialista Revolucionario y la liberalización forzada de áreas tradicionalmente conservadoras mediante acciones violentas. La competencia electoral constante fue uno de los factores más cruciales que generó en la población un arraigado compromiso partidista y una afición mística por la política nacional.

En 1946, tras 16 años de liderazgo liberal, Mariano Ospina Pérez, representante conservador, asumió la presidencia. Los incidentes violentos que caracterizaron la campaña presidencial ya eran habituales, la frecuencia de incidentes aumentó a lo largo de 1946 y alcanzó su punto máximo a principios de 1947, cuando se llevaron a cabo las elecciones locales.<sup>11</sup> Este período se destacó por la conservatización de áreas que históricamente habían sido bastiones liberales, y la Violencia comenzó a presentar serias manifestaciones en diferentes departamentos del país, entre ellos el Valle, Antioquia, Tolima, Nariño y algunas zonas de Caldas. La intensidad de estos conflictos alcanzó su punto álgido a principios de 1948: en marzo el partido liberal abandonó el gabinete, y el 9 de abril, Jorge Eliécer Gaitán, jefe único del partido liberal, fue asesinado, un suceso que desencadenó el alzamiento liberal,

---

<sup>10</sup> Paul Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*. (Bogotá: Biblioteca Banco Popular, 1978), 195.

<sup>11</sup> Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, 231.

transformando a Bogotá de inmediato en el sitio de una de las mayores rebeliones urbanas masivas registradas en la historia del siglo XX.

El 9 de abril validó la presencia de una amenaza que ya existía en el seno de la sociedad desde hacía años, pues la barbarie ya estaba inserta en el núcleo social. Este acontecimiento se sitúa en el ámbito de la representación generado a partir de la asignación de significado de un marco estructural preexistente, reflejando de manera espontánea y sin posibilidad de encubrimiento la realidad de lo que ocurría en el contexto; la rapidez y confusión con que sucedió revelan cruda e inmediatamente los hechos, reacciones e ideas que definieron aquel momento histórico.

Los ciudadanos de Bogotá manifestaron su descontento atacando los símbolos del poder conservador a través de saqueos e incendios. Varios policías liberales se unieron a la revuelta y distribuyeron armas. El Ejército logró defender el palacio presidencial y restaurar el orden en los días subsiguientes, utilizando la fuerza de manera indiscriminada contra cualquier persona que estuviese en las calles de las áreas afectadas de la ciudad. Se estima que al menos 2.585 personas perdieron la vida en Bogotá durante estos eventos.<sup>12</sup>

Tras los sucesos del 9 de abril y la desarticulación del gaitanismo, no hubo barrera que impidiera el avance hacia la violencia. La desestructuración de los sectores populares urbanos dejó el terreno sin restricciones y sin dirección, desplazando la escena política hacia el entorno rural, el cual sería desde ese momento el centro de la violencia. A pesar de la disminución de los disturbios en la capital, persistió una huelga nacional de todos los sindicatos liberales y comunistas y, en muchas comunidades, el poder local continuó en manos de grupos de rebeldes. El asesinato de Gaitán sumió a la sociedad colombiana en una profunda crisis, cuyas consecuencias impactaron a los sectores dominantes sin distinción de afiliación política. En el centro de Colombia, la violencia atravesó la totalidad del tejido social. No obstante, la lucha por la supremacía partidista continuó entre ambos partidos, pues las élites económicas estaban en la capacidad de adaptarse a la crisis institucional y estatal, teniendo el poder de soportar el desarrollo de una contienda partidista que no impactaba

---

<sup>12</sup> Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, 234.

directamente en sus intereses, o que incluso los favorecía; estos no hicieron ningún intento por ocultar sus intenciones de tomar y distribuir el poder, y de utilizarlo como una herramienta a su disposición.<sup>13</sup> Incluso, se podría decir que la Violencia no representó un conflicto entre el Partido Conservador y el Partido Liberal, sino más bien una confrontación entre la oligarquía liberal y conservadora contra la base gaitanista del pueblo: “Las clases dominantes utilizan el apego atávico e inconsciente del pueblo a los dos partidos tradicionales y se valen de ello para crear las condiciones de enfrentamiento y odio entre las propias masas”.<sup>14</sup> Es claro que las clases dominantes no sufrieron los efectos de las estrategias de terror, más bien fueron quienes las formularon desde su cómoda posición económica.

Jorge Eliécer Gaitán, quien desde la década del 30 comenzó a apoyar las manifestaciones y aspiraciones de los campesinos, personificaba la esperanza de cambio social y se presentaba a sí mismo como la encarnación del pueblo, invitándolo a levantarse contra la oligarquía y desafiando la división tradicional entre los partidos liberal y conservador. Su presencia infundía un temor evidente en quienes abogaban por mantener las estructuras tradicionales de Colombia. El movimiento gaitanista minó parcialmente las estructuras del poder al proponer su renovación con un pueblo genuinamente empoderado, sin embargo, no logró modificar las arraigadas estructuras de funcionamiento político y económico, como afirma Daniel Pécaut: “El populismo extrae su fuerza de su aptitud para encontrar un fundamento en lo contradictorio, como si fuera insensible a ello; pero encuentra su límite en la imposibilidad de sustraerse a lo imposible que lleva dentro de sí mismo”.<sup>15</sup>

La confrontación del populismo con lo imposible subraya la ilusión inherente a cualquier síntesis, una imposibilidad que se enmascara a través del carisma del líder populista, quien es percibido como la encarnación de la unidad, integrando en sí mismo la identidad del pueblo. Sin embargo, finalmente, se ve obligado a reinsertarse en la tradicional

---

<sup>13</sup> Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, 235.

<sup>14</sup> Gloria Gaitán, “Orígenes de la Violencia de los años 40”, en *Once ensayos de sobre la violencia* (Bogotá: CEREC, 1985), 325-361.

<sup>15</sup> Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*. (Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2012), 381.

división partidista, asumiendo el liderazgo del Partido Liberal en 1947, argumentando esto de la siguiente manera:

La existencia de las fuerzas contrapuestas a los partidos obedece a un proceso de razón y de lógica social tan profundo como la existencia de las fuerzas negativas y positivas en la electricidad, que permiten la expresión del más hondo elemento precursor de la transformación técnica de la especie. La existencia del contraste ideológico de los partidos tiene origen tan cimentado y explicación tan honda para la existencia equilibrada de los pueblos, como es honda y valedera la razón de las fuerzas encontradas del amor y del odio en el gran drama de la psicología afectiva de los hombres (...) o la Ley de la gravitación universal que sólo por razón del encuentro de fuerzas contrapuestas logra la unidad y el equilibrio del mismo cosmos.<sup>16</sup>

Esta afirmación cuestiona su propia noción de la unidad intrínseca del pueblo, que constituye el fundamento de su propuesta populista. Tanto Gaitán como Laureano Gómez afirmaban la existencia de un antagonismo social profundo, refiriéndose al conflicto entre los dos partidos como una característica inherente a la sociedad, por esta razón, la afiliación de los colombianos a un partido implicó considerar al otro como algo ajeno, que representaba lo extraño y destructivo, como lo sostiene Francisco Jiménez,

Una traumática imposibilidad, una persistente fisura que no puede ser simbolizada y que atraviesa el campo de lo social y lo simbólico. Como si la relación antagónica entre liberales y conservadores durante La Violencia y la de paramilitares y guerrilleros hoy en día fuera una relación imposible entre dos términos, cada uno de ellos impidiéndole al otro lograr su identidad consigo mismo.<sup>17</sup>

---

<sup>16</sup> Jorge Eliécer Gaitán, citado en: Jorge Villaveces, *Los mejores discursos de Jorge Eliécer Gaitán 1919-1948*. (Bogotá: Editorial Jorvi, 1968), 394.

<sup>17</sup> Francisco Jiménez Bautista, “Violencia híbrida: una ilustración del concepto para el caso de Colombia”, *Revista de Cultura de Paz*, vol. 2 (2018): 295-321.  
<https://www.revistadeculturadepaz.com/index.php/culturapaz/article/view/39>.

El gaitanismo emergió como movimiento de masas a partir de 1945, con la promesa de superar la brecha entre el “país real” y el “país político”. Desde sus inicios, su trayectoria osciló constantemente entre la movilización del pueblo y la búsqueda de poder desde el cual aspiró a emanciparlo de su “ignorancia”. La política de masas se desarrolló en las calles, y el populismo se entrelazó con la rápida expansión de la esfera pública, facilitando la influencia de lo público en lo privado, y convirtiendo los padecimientos privados en un problema público y político. Además, Gaitán enfatizó significativamente en la importancia de la condición biológica y fisiológica de los seres humanos, al señalar que las necesidades básicas como el hambre y las necesidades son más urgentes que la defensa de una ideología política que, en realidad, es una batalla por la concentración de la riqueza y el poder político. Crear lo social implica concebir primero al “hombre como organismo”, para que después sea el “hombre como espíritu”:

No me habléis [...] de voluntad en un organismo sin nutrición; no me habléis de grandeza de espíritu en un organismo con disfunción en las glándulas endocrinas. No me habléis de grandes empeños y realizaciones en un hígado deficiente, o en un proceso nutritivo deficiente. Los políticos nuestros han olvidado que el hombre es una realidad ante todo biológica y fisiológica. Y sin nutrición de células y sin funcionamiento equilibrado del organismo, es vano hablar de libertad, de democracia, de justicia, de grandeza nacional.<sup>18</sup>

Después del 9 de abril, la Violencia se extendió por todos los departamentos de la región central del país, y los incidentes violentos se volvieron un hecho cotidiano en diversos lugares. En este momento, la afirmación de que el fuego y la sangre son fundamentales para la política ya no puede ser considerada meramente simbólica o mítica, aunque lo fue; en este punto, es evidente que esta idea siempre ha sido, más bien, una realidad histórica del país.

Antes del 9 de abril, el Estado ya se había transformado en un campo de batalla, las movilizaciones del gaitanismo eran de gran envergadura, pues las magnitudes de la violencia oficial también lo eran. El 9 de abril marcó la súbita disolución del populismo como un

---

<sup>18</sup> Villaveces, *Los mejores discursos de Jorge Eliécer Gaitán 1919-1948*, 473.

movimiento social unificado, pero no acabó con la vasta movilización que emanaba desde lo más profundo del tejido social colombiano. Sin embargo, al haber Gaitán negado a los sectores populares el estatus de sujetos políticos, relegándolos a depender exclusivamente de su palabra, frente al fallecimiento del líder lo único que quedó fue la desorientación. El populismo gaitanista contenía en sí mismo la semilla de su destrucción.<sup>19</sup>

La lucha adquirió formas más organizadas en 1949 con la creación de comités de resistencia y de fuerzas guerrilleras liberales. Durante el período de 1948 a 1953, se sucedieron los gobiernos conservadores del ya mencionado Mariano Ospina Pérez, Laureano Gómez y Roberto Urdaneta. La respuesta oficial a la sublevación liberal se manifestó a través de la violencia perpetrada por la policía chulavita contra los liberales insurrectos. Surgieron grupos como los “pájaros” y facciones laureanistas en el Valle del Cauca y en el Tolima aparecieron los “contrachusmeros” y los “patriotas”.

En 1949, se produjo la ruptura política definitiva entre los liberales y los conservadores, lo que llevó al quiebre de la estructura institucional.<sup>20</sup> El prolongado control del Congreso por parte de los liberales convirtió la lucha por el poder en una batalla institucional entre las ramas ejecutiva y legislativa del gobierno. Ante el ataque a Darío Echandía –quien para ese entonces era el presidente de la Corte Suprema de Justicia–, en el cual perdió la vida su hermano, y en respuesta a la falta de garantías políticas, los liberales se negaron a participar en la contienda presidencial facilitando, posteriormente, la victoria sin oposición de Laureano Gómez.<sup>21</sup> Se inició el procedimiento del juicio político a Ospina Pérez en el Congreso, en respuesta, este calificó de subversiva la conducta del Congreso y emitió una serie de decretos clausurándolo e implementando la censura de prensa y el estado de sitio. Este evento marcó el surgimiento de guerrillas liberales en diversas regiones, y el gobierno conservador respondió intensificando la violencia mediante la creación de una fuerza policial homogénea.

---

<sup>19</sup> Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*, 372.

<sup>20</sup> Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, 236.

<sup>21</sup> Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, 239.

La meta principal y constante de cada partido consistía en establecer y preservar hegemonías para dominar el poder, excluyendo completamente al partido opositor. En realidad, no existían divergencias sustanciales entre ambos partidos, puestos burocráticos. En el período comprendido entre 1946 y 1949, la situación alcanzó un punto crítico donde ninguna de las élites partidistas estaba dispuesta a permitir que la oposición consolidara su poder, estaban preparadas para entrar en conflicto, sin importar llegar al extremo de la parcial destrucción del Estado.<sup>22</sup> Esto se evidencia en la quiebra de las instituciones parlamentarias, judiciales y electorales, en la pérdida de legitimidad del Estado ante amplios sectores de la población y en el uso simultáneo de fuerte represión para asegurar la obediencia a las órdenes gubernamentales. Además, se manifiesta en las contradicciones internas dentro del aparato armado estatal, las cuales disminuyeron la efectividad de las medidas represivas a niveles más altos, y en la ausencia física de la administración pública en áreas extensas y significativas del territorio nacional.<sup>23</sup>

En 1953, el golpe de Estado liderado por el General Gustavo Rojas Pinilla marcó un período de cambios significativos en Colombia. Rojas Pinilla decretó una amnistía para los grupos guerrilleros, sin embargo, a pesar de la desmovilización de los combatientes liberales, las cuadrillas criminales conservadoras obstaculizaron el retorno de los guerrilleros amnistiados a sus parcelas, utilizando la violencia como medio para ello. Además, desde el inicio de las acciones político-militares de Rojas, la oposición al comunismo, ya fuera de manera sugerida o explícita, alertó a los sectores dirigidos por comunistas, quienes optaron por no rendir sus armas.

La Junta Militar sucedió a Rojas Pinilla en 1957 y en 1958 se inició el gobierno del Frente Nacional, un pacto conservador-liberal que acordó alternar cuatro períodos presidenciales consecutivos entre ambos partidos y lograr una distribución paritaria en los cuerpos legislativos. Sin embargo, lejos de ser una solución para el conflicto, la Violencia continuó, pues no se trataba únicamente de una cuestión de pasiones políticas. El factor económico determinó profundamente el proceso, pues las reacciones violentas de las

---

<sup>22</sup> Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, 227.

<sup>23</sup> Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, 255-263.

comunidades rurales se originaron en condiciones de pobreza, explotación e injusticia, manifestándose con mayor frecuencia cuando existe una distribución desigual y una falta de seguridad en la tenencia de la tierra. Es importante resaltar que las luchas agrarias se desarrollaron de manera independiente a la confrontación bipartidista que caracterizaba la política colombiana en ese período. Este punto es importante porque los episodios de violencia partidista se originaban, desde el principio, por motivos de carácter agrario.

El caso de la insurrección armada de El Líbano en 1928 ejemplifica claramente la intensa tensión social presente en las áreas rurales, especialmente en aquellas donde se encontraban las extensas haciendas cafeteras. Entre 1915 y 1930, las luchas agrarias se habían transformado en amplios movimientos populares, con influencias comunistas, exigiendo el derecho a plantar en sus parcelas: “[...] esa especie de suplicio de Tántalo<sup>24</sup> de cosechar siempre el cafetal ajeno, sin poder pensar siquiera en tener unos árboles propios, [va] maleando lentamente la psicología de los campesinos que, generación tras generación, están sometidos a él”.<sup>25</sup> Frente a este tipo de situaciones, las clases dominantes parecieron no tener más recurso que la violencia, la cual es reflejo de la crisis que afecta la estructura interna del Estado. La distribución geográfica de los conflictos agrarios coincide considerablemente con la de la Violencia.

El conflicto agrario conllevó el abandono forzoso del territorio, la venta obligada de la tierra, el robo de cosechas y las diferentes problemáticas que se agudizaron aún más después del establecimiento del Frente Nacional. La Violencia se fue transformando y los motivos políticos empezaron a desaparecer, la lucha persistía por otras razones, sus fines eran cada vez eran más complejos.

En 1958 se inició el período del Frente Nacional, acuerdo que excluía de la escena política todo lo que no estuviera vinculado a los partidos tradicionales, marcando el comienzo

---

<sup>24</sup> La expresión “suplicio de Tántalo” hace referencia a una situación en la que alguien está constantemente expuesto a algo deseado, pero nunca puede obtenerlo o disfrutarlo plenamente. Proviene de la mitología griega, en la que Tántalo fue condenado en el inframundo a estar en un lago con agua hasta el cuello y con ramas de árboles cargadas de frutas sobre su cabeza, pero cada vez que intentaba beber o comer, el agua y las frutas se retiraban de su alcance, dejándolo perpetuamente insatisfecho.

<sup>25</sup> Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, 113.

de una nueva fase de violencia en Colombia. El primer presidente del Frente Nacional fue Alberto Lleras Camargo, perteneciente al partido liberal; durante su mandato, se estableció la convivencia mediante la distribución paritaria de los cargos públicos y se abrió la posibilidad de que los grupos armados insurgentes se insertaran en la vida política legal. Sin embargo, muchos de estos grupos consideraron que los acuerdos no abordaban las raíces del problema, optando por continuar con el bandolerismo.

Posteriormente, Lleras Camargo decretó una segunda amnistía, pero esto no impidió la máxima descomposición de las cuadrillas y el surgimiento de autodefensas comunistas agrupadas en Marquetalia. En 1964, la Operación Marquetalia bombardeó las repúblicas independientes comunistas, intensificando aún más el conflicto en Colombia, lo que marcaría la historia con el surgimiento de las FARC y otras guerrillas. Este es el punto que se reconoce historiográficamente como el fin de la violencia bipartidista.

### **1.2. Entendiendo la *violencia*: debates conceptuales e interpretativos**

La violencia, presente a lo largo de la historia es una manifestación universal de la experiencia humana, una constante que adopta diversas expresiones según el tiempo y el contexto. Lejos de ser un fenómeno externo, debe ser entendida como una construcción cultural profundamente arraigada en el tejido social, inherente a las costumbres y modos de vida de cada sociedad;<sup>26</sup> la violencia es principalmente una interacción, se define en relación con un conjunto de variables relativas a un grupo social, es parte integrante y normalizada de las relaciones sociales, como lo afirma Julio Aróstegui: “no hay violencia que no sea en su origen violencia social”,<sup>27</sup> es un proceso complejo de organización de la vida social.<sup>28</sup> La violencia involucra y se relaciona con aspectos biológicos, mentales, psicosociales, simbólico-culturales, políticos, éticos e históricos.

---

<sup>26</sup> María Teresa Uribe, *La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia*. (Medellín: Corporación Región, 2001), 95.

<sup>27</sup> Julio Aróstegui, “Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia”, *Ayer*, n. 13 (1994): 17-55, <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=184872>.

<sup>28</sup> Ingrid Johanna Bolívar y Alberto Flórez, “La investigación sobre la violencia: categorías, preguntas y tipo de conocimiento”. *Revista de Estudios Sociales*, n. 1(2004): 32-41, <https://revistas.uniandes.edu.co/index.php/res/article/view/5341>.

En este trabajo no se acude a una definición cerrada y definitiva del término, pues “esta característica del comportamiento humano tiene tan multipolares manifestaciones que no hay una forma operatoria de poder dar cuenta de ellas [...] con una focalización única”, como bien ejemplifica Elsa Blair:<sup>29</sup>

Desde las aproximaciones a la violencia asociada a la política y al poder, trabajada por politólogos y polemólogos, a la violencia como “mito” *del origen*, trabajada por antropólogos en las fuentes de la antropología política, pasando por las corrientes psicológicas sobre las teorías de la agresión, y por la criminología e incluso por teorías psicoanalíticas, y hasta por la agresión animal, los autores no llega(n) a dar una definición precisa o a ponerse de acuerdo sobre el concepto.<sup>30</sup>

En esta investigación se hace énfasis en que la violencia otorga a la comunidad significados y un sentido que incluyen, pero que también trascienden, la dimensión política. Además, es importante entender la violencia colombiana como una violencia racional que persigue un fin realizable, pues la posibilidad de explicar y predecir los fenómenos sociales radica en el hecho de que la vida social se ajusta a una o varias racionalidades,<sup>31</sup> tal como indica René Girard:

Decimos frecuentemente que la violencia es “irracional”. Sin embargo, no carece de razones; sabe incluso encontrarlas excelentes cuanto tiene ganas de desencadenarse [...]. Por buenas, no obstante, que sean estas razones, jamás merecen ser tomadas en serio. La misma violencia las olvidará por poco que el objeto inicialmente apuntado permanezca fuera de su alcance y siga provocándola.<sup>32</sup>

En el caso colombiano, el fenómeno de la Violencia es un conjunto diverso de conflictos sociales, cuya complejidad y heterogeneidad dificultan la construcción de una

---

<sup>29</sup> Aróstegui, “Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia”, 17-55.

<sup>30</sup> Blair, “Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición”, 9-33.

<sup>31</sup> Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, 37.

<sup>32</sup> René Girard, *La violencia y lo sagrado*. (Barcelona: Editorial Anagrama, 1995), 10.

narrativa unificada y una explicación integral de los hechos. La fragmentación del tejido social colombiano complica la comprensión del fenómeno, bien lo describe Daniel Pécaut:

De un municipio a otro, incluso de una vereda a otra, el rasgo predominante puede no ser el mismo. En las regiones afectadas, nada obstaculiza que las relaciones de fuerza invadan lo social; no obstante, dichas relaciones son siempre heterogéneas entre sí: no es posible considerarlas como resultado de un conflicto, del cual puedan construir su derivación. La Violencia es, en primer lugar, una yuxtaposición de violencias irreductibles.<sup>33</sup>

Una de las preguntas principales respecto a este período es si se trata de una guerra civil, según Malcolm Deas, este no es el caso. A diferencia de las guerras civiles tradicionales, que suelen involucrar a todas las clases sociales bajo el liderazgo de la élite y se desarrollan con una estructura definida, la Violencia en Colombia presenta características distintas. En este conflicto, el Ejército no tuvo una participación constante, y su duración fue significativamente más prolongada que la de las guerras civiles, las cuales generalmente tienen un inicio y un final más claros. Además, mientras en las guerras civiles se observa una visión militar orientada, estrategias definidas, coordinación estratégica y enfrentamientos concretos, estos elementos no estuvieron presentes de manera evidente en la Violencia.<sup>34</sup> A pesar de las diferencias estructurales y tácticas entre la Violencia en Colombia y las guerras civiles tradicionales, es común que esta última se confunda con un conflicto civil debido a sus similitudes con las luchas del siglo XIX en el país. La Violencia guarda una profunda relación con las tradiciones de violencia partidista decimonónica, y es esto, en parte, lo que la distingue de otros conflictos en América Latina del siglo pasado, pues, aunque se desarrolló en un contexto de rivalidad política, lo hizo en términos de luchas del pasado, fundamentadas más en las viejas tensiones partidistas que en objetivos políticos y sociales modernos.

---

<sup>33</sup> Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*, 504.

<sup>34</sup> Malcolm Deas, “Algunos interrogantes sobre la relación de las guerras civiles y violencia”, en *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, ed. por Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda. (Bogotá: CEREC, 1986), 84-90.

Sin embargo, a pesar de las similitudes con las guerras civiles tradicionales y las raíces de la Violencia en las luchas partidistas, esta no fue simplemente una réplica de esos conflictos pasados. Aunque a primera vista su único motivo parezca ser la misma vieja lucha, también fue el reflejo de un choque profundo entre las estructuras sociales tradicionales, particularmente campesinas, y las transformaciones impulsadas por la expansión de la economía capitalista. La modernización económica comenzaba a transformar las relaciones y las formas de vida, integrando de manera forzada las áreas periféricas en el sistema de producción, convirtiendo el campo colombiano en proveedor de materias primas para el centro urbano, lo cual generó una expansión citadina que llevaba consigo la profundización de las desigualdades y tensiones sociales.

Existen diferentes teorías respecto a lo que sucedió en esta época, Orlando Fals Borda señala que la Violencia fue un ensayo de ciertos grupos dirigentes para mantener el statu quo socioeconómico, que vino acompañado por un levantamiento popular revolucionario desorganizado y sin ideología.<sup>35</sup> Concuerta Camilo Torres en que la Violencia fue un instrumento del sectarismo para reforzar el statu quo de las clases dirigentes y el conformismo de la clase dirigida.<sup>36</sup> Por su parte, Antonio García la considera como una estrategia contrarrevolucionaria contra el movimiento de masas que amenazaba la legitimidad de las estructuras hegemónicas.<sup>37</sup> Muchas de estas teorías vienen de la mano con la teoría marxista, como en el caso de Estanislao Zuleta, quien veía la Violencia como una señal del proceso de descomposición capitalista neocolonial del campesinado,<sup>38</sup> el final de la era de colonización sencilla en el núcleo central generó un aumento notable de las contradicciones en las zonas rurales.

Jesús Antonio Bejarano definió la Violencia como:

---

<sup>35</sup> Orlando Fals Borda, “Lo sacro y lo violento, aspectos problemáticos del desarrollo en Colombia”, en *Once ensayos sobre la violencia*. (Bogotá: CEREC, 1985), 25-53.

<sup>36</sup> Camilo Torres, “La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas”, en *Once ensayos sobre la violencia* (Bogotá: CEREC, 1985), 53-117.

<sup>37</sup> Antonio García, *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*. (Bogotá: Ediciones Desde Abajo, 2015).

<sup>38</sup> Estanislao Zuleta, *La tierra en Colombia*. (Medellín: Editorial La Oveja Negra, 1973), 108.

[...] probablemente la mayor movilización armada de campesinos en la historia reciente del hemisferio occidental, lo que la aproximaba a una revolución social de masas que acabó degenerando en una guerra civil anárquica y desorientada que a diferencia de otros movimientos campesinos, de un modo muy intenso, combinó simultáneamente el *agrarismo reformista*, el *agrarismo revolucionario* y el *bandidismo político*.<sup>39</sup>

Mientras tanto, Diego Montaña señala que la Violencia fue necesaria “para garantizar la destrucción del campesinado y liberar así la fuerza de trabajo necesario para la industria”.<sup>40</sup> El problema con estas interpretaciones radica en que se presentan como explicaciones globales, tratando de atribuir a aspectos particulares de la Violencia el carácter de causa directa y decisiva; lo más cuestionable reside en reducir el fenómeno a una explicación causal cuando se trata de un fenómeno de naturaleza multifacética.

Uno de los motivos por los que estos conflictos políticos y económicos desembocaran en una violencia extrema fue la disfuncionalidad de las instituciones, las cuales perdieron su verdadero rol en la sociedad. Los efectos de la violencia no pudieron ser frenados por ninguna entidad nacional; en cambio, algunas de estas instituciones fueron responsables de iniciar y provocar el uso de la violencia como medio para resolver sus propios asuntos internos. Las instituciones judiciales se caracterizaron por su impunidad, las económicas por la pobreza, las religiosas por el fanatismo, las educativas por la ignorancia y el Estado en sí por su fomento para la continuación de la violencia y por su protección a criminales de determinada filiación política. Todo se convirtió en una paradoja.

En Colombia, hay una tendencia a utilizar la violencia para la resolución de tensiones que deberían abordarse a través de medios no armados.<sup>41</sup> Esta recurrencia a la violencia, más que una manifestación de poder refleja su impotencia conduciendo inevitablemente al uso

---

<sup>39</sup> Jesús Antonio Bejarano, “Historiografía de la Violencia en Colombia”, en *Once ensayos sobre la violencia* (Bogotá: CEREC, 1985), 297-325. (La cursiva es mía)

<sup>40</sup> Citado en: Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*, 504.

<sup>41</sup> Juan Pablo Vera, “Antropología y «estudios de la violencia» en Colombia: en busca de una perspectiva crítica”, *Revista Colombiana de Antropología*, n. 1 (2015): 245-269, <https://revistas.icanh.gov.co/index.php/rca/article/view/242>.

del terror. Como señala Hannah Arendt: “El terror no es lo mismo que la violencia; es, más bien, la forma de Gobierno que llega a existir cuando la violencia, tras haber destruido todo poder, no abdica, sino que, por el contrario, sigue ejerciendo un completo control”;<sup>42</sup> siguiendo el planteamiento de Arendt, el dominio basado únicamente en la violencia surge cuando el poder comienza a debilitarse; la pérdida de poder, lejos de ser una simple carencia, se convierte en un impulso para su sustitución por la violencia, la cual, finalmente, solo conduce a la impotencia. Poder y violencia son fuerzas opuestas, cuando una prevalece por completo, la otra inevitablemente fracasa; la violencia tiene la capacidad de erradicar el poder, más no de generarlo.<sup>43</sup> Daniel Pécaut enfatizó en eso: “La violencia no es el reverso del orden, no hay duda de que es una modalidad concreta de acción del Estado o de los diversos grupos sociales”, el orden “toma el lugar de la imposible institución simbólica de lo social”<sup>44</sup>. La institución es una herramienta de sometimiento, que oculta y regula violencia: el derecho, lo sagrado y el poder representan tres formas de control de la violencia, sin embargo, en Colombia son tres maneras de justificarla e intensificarla.

La Violencia está conformada por varios procesos que ocurrieron en diferentes sitios geográficos, por diferentes conflictos que evolucionaron, muchos simultáneamente, hacia los enfrentamientos físicos y coercitivos. Los cambios acelerados entrando en el siglo XX, que afectaron tanto lo social como lo económico y lo político, llevaron a la formación de una nueva conciencia social y una ruptura con la actitud tradicional de sumisión, aislamiento y atomización. Surgieron, entonces, organizaciones obreras y políticas que escapaban al control de la tradicional clase dirigente; movimientos agrarios, sindicatos militantes, huelgas e invasiones de tierras se erigieron como manifestaciones palpables de un descontento social en aumento, generando grietas en la hegemonía que hasta entonces se sostenía dentro de los estrechos límites del bipartidismo. Los conflictos de esta naturaleza no eran habituales para la clase dominante en Colombia, pues en el siglo XIX, las masas, que generalmente eran sumisas, no constituían una amenaza significativa para la oposición de los grupos dominantes en la sociedad. Es por esta razón por la que la Violencia debe ser analizada no solo como un

---

<sup>42</sup> Arendt, *Sobre la violencia*, 75.

<sup>43</sup> Arendt, *Sobre la violencia*, 77.

<sup>44</sup> Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*, 25.

proceso de dominación, sino también como un fenómeno de rebelión. Las antiguas normativas políticas empiezan a desvanecerse en las comunidades, dando paso a una nueva configuración autónoma de lo político, que no logra desarrollarse tampoco a cabalidad:

En Colombia, tal vez por la rapidez de la evolución de los años 1930 y 1940, tal vez por el desequilibrio entre cambios socioeconómicos y el estado nacional atrasado y en formación, el sistema político fue abrumado. La Violencia (...) hay que verla en términos del parto de un nuevo mundo pronto a surgir, pero que no logra el nacimiento, y de otro lado, de un viejo sistema que no logra por el momento hallar una forma de estabilidad burguesa.<sup>45</sup>

Por su parte, Fals Borda, en su artículo “Lo sacro y lo violento: aspectos problemáticos del desarrollo en Colombia”, lo interpreta de otra manera: “[...] la aparición de la violencia en las zonas rurales de Colombia [...] es una respuesta política –irracional pero efectiva– a los esfuerzos hechos para preservar los aspectos esenciales del mismo sacro orden antiguo”.

A medida que la estructura tradicionalmente sólida se debilitaba debido a los cambios socioeconómicos acelerados, los políticos abogaban por un incremento en el poder del Estado, debido a esto, entre 1920 y 1930, se comenzó a fortalecer, emergiendo como “una entidad intervencionista, no pluralista, que absorbía o reprimía las fuerzas sociales y las organizaciones que actuaban políticamente”,<sup>46</sup> y que, por lo tanto, no creaba una representación unificada de la sociedad, sino que fortalecía la antigua división tratando de ocultarla con el discurso de la modernidad. El fortalecimiento del Estado fue impulsado con el objetivo de alinear la sociedad con las estructuras socioeconómicas capitalistas. La relevancia adquirida por el Estado como actor económico principal, su control sobre las organizaciones estratégicas de presión y la intervención del aparato armado estatal en la configuración de las relaciones sociales fueron elementos esenciales en este proceso de adaptación a las dinámicas capitalistas. No obstante, el crecimiento de la relevancia

---

<sup>45</sup> Eric J. Hobsbawm, “Historiografía del bandolerismo”, en *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, ed. por Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (Bogotá: CEREC, 1986), 61-75.

<sup>46</sup> Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, 47.

económica del Estado provocó tensiones adicionales dentro de la élite gobernante y la rivalidad histórica entre ambos partidos comenzó a mermar la autoridad y eficacia gubernamental. Esta problemática se reflejó de manera ferviente en la desobediencia de las regiones liberales a las directrices gubernamentales, en la incapacidad del Estado para mantener la autoridad militar, en las contradicciones internas del aparato armado estatal y en la politización de la policía, entre otros aspectos, lo que llevó a un pronunciado proceso de disminución del poder.

Hacia finales de 1949, se observó la propagación regional del surgimiento de facciones guerrilleras liberales, integradas principalmente por personas que habían sido víctimas directas de la Violencia, quienes provenían, en su mayoría, de sectores campesinos pertenecientes a estratos bajos, mientras que las élites liberales mantenían una actitud ambigua respecto al movimiento. Contrario a la percepción común que sugiere que las facciones de la clase dominante dirigieron ideológicamente estos movimientos, en realidad, la guerra, tanto en su dimensión ideológica como militar, fue conducida por el campesinado, como bien lo recalcó Guzmán Campos: “las guerrillas no pueden formarse artificialmente, mediante planes elaborados en oficinas de Bogotá y [...] no pueden imponerse por la fuerza a una masa que no siente su necesidad en forma clara y directa”.<sup>47</sup>

Los grupos guerrilleros surgieron y evolucionaron como una respuesta necesaria de la población frente a la violencia política, económica y militar por parte del Estado, era una imperativa demanda del pueblo colombiano. La guerrilla logró su éxito gracias a su capacidad para movilizar a la población que apoyaba su causa. A medida que consolidaban sus estructuras alternativas de autoridad y poder, mejoraban la calidad de su control, pues los códigos legales, las cortes y los impuestos de la guerrilla sustituían los del gobierno nacional. Estos códigos representan simbólicamente una serie de valores compartidos, la expresión de una legislación surgida de un pueblo armado, levantado y fatigado por una tradición de violencia e injusticia.

---

<sup>47</sup> Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*, 46.

La Violencia, en esencia, se manifestó principalmente en entornos rurales, ya que el Estado mantenía una mayor cohesión en las áreas urbanas. La irrupción del movimiento populista probablemente no habría llevado a las clases dominantes a perder su base política en algún momento, sin embargo, al recuperar el control del poder después del populismo, no lograron restaurar su antigua legitimidad. Los sectores dominantes perdieron el control sobre la población campesina, teniendo como resultado la destrucción de muchas estructuras locales y regionales. En un país fragmentado<sup>48</sup> como Colombia, el poder local y regional desempeñó un papel crucial en la configuración de la sociedad, especialmente durante este período de Violencia. La dinámica de la política local siguió su curso; aunque influenciada en ciertos factores por la política nacional, fue en gran medida autónoma respecto al control de los partidos en Bogotá y en las capitales departamentales, los partidos políticos tenían escasa conexión con las luchas por el poder local.

La autonomía del poder local es resultado de la marcada distinción que destacaban tanto Jorge Eliécer Gaitán como Laureano Gómez entre el “país político” y el “país real”, entre “la gran masa humana” y una “mecánica política, como fin en sí misma (que) la manejan anárquicas oligarquías en propio beneficio y contra la democracia”.<sup>49</sup> Esta separación fundamental en la sociedad refleja una profunda brecha entre aquellos que carecen de recursos y aquellos que poseen no solo bienes, sino también el control político. Ante la incapacidad de abordar las divisiones sociales, esto se manifiesta como una separación entre el ámbito político y el ámbito social. El ejercicio del poder político no está alineado con las verdaderas necesidades del pueblo, ya que la conexión directa y cercana entre los gobernantes y las comunidades es insuficiente, casi nula.

En este contexto, los conflictos entre campesinos eran desatendidos por el Estado, llevando a que los grupos locales se organizaran para defenderse no solo de las guerrillas, sino también de los grupos policiales; un requisito para garantizar la seguridad de la vida y los bienes era estar afiliado a una banda poderosa, al no ser posible contar con la protección del Estado. Con el tiempo, estos grupos locales adoptarían características propias de

---

<sup>48</sup> Safford y Palacios, *Historia de Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*.

<sup>49</sup> Pécaut, *Orden y violencia*, 361.

movimientos revolucionarios, generando un nuevo fenómeno político que aspiraba, en parte, a materializar la revolución frustrada en 1948 con el asesinato de Gaitán.

El gaitanismo sobrevivió transformado a través de la insurgencia de las guerrillas, su influencia se hizo sentir en prácticamente todos los ámbitos, como en el discurso de los primeros grupos de autodefensa, quienes, al darse cuenta de la indiferencia y el oportunismo de los líderes políticos, vieron que formaban parte del mundo de los marginados, y adquirieron conciencia de su separación social frente al mundo de los poderosos, “el pueblo cobra conciencia de su identidad a través de su enfrentamiento con el bloque de poder”.<sup>50</sup> Esta era la amenaza que Gaitán suponía para las clases dominantes, no tanto sus políticas reformistas, sino el riesgo que representaba la involucración del pueblo en la política y la posible pérdida del tradicional control de la oligarquía. Según Ana Lucía Magrini:

Los significantes Gaitán, gaitanismo y 9 de abril cumplieron la noción nodal al articular todo lo anhelado y al mismo tiempo imposible del proceso político colombiano: la modernización del Estado, la democratización de la política, la inclusión material y simbólica de los sectores populares.<sup>51</sup>

Gaitán representaba la esperanza de resolver una larga y arraigada problemática, su voz expresaba los anhelos de las comunidades rurales y cuando fue silenciado dejó en la memoria la huella de su importancia histórica. Todo esto se refleja en su consigna:

Si avanzo, seguidme;  
si retrocedo, empujadme;  
si os traiciono, matadme;  
si muero, vengadme.<sup>52</sup>

---

<sup>50</sup> Ernesto Laclau, citado en: Ana Lucía Magrini, “Colombia y los nombres de lo político: populismo, Violencia(s) y gaitanismo”, *Iberoamericana*, n. 63 (2016): 33-52, <https://www.jstor.org/stable/26314563>.

<sup>51</sup> Magrini, “Colombia y los nombres de lo político: populismo, Violencia(s) y gaitanismo”, 33-52.

<sup>52</sup> Citado en: Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*, 36.

El secretario general del Partido Comunista de la época, Gilberto Vieira White, resumió la formación del movimiento guerrillero de la siguiente manera:

En Chaparral se inicia en 1950 como acción de autodefensa de masas; en 1952 se transforma en lucha de guerrillas, dando origen a la resistencia armada en todo el sur del Tolima. Es un movimiento de clase, amplio y definido. El problema de abastecimiento es resuelto por el propio trabajo agrícola de los guerrilleros y por el amplísimo respaldo de la población laboriosa que mira en ellos sus defensores contra los atropellos del enemigo (...).<sup>53</sup>

A pesar de las afirmaciones de líderes políticos y guerrilleros acerca de la orientación de los grupos armados hacia un propósito ideológico específico, según la perspectiva de Orlando Fals Borda, los campesinos, desprovistos de líderes políticos competentes, se vieron sumidos en un levantamiento violento desprovisto de ideología y visión coherente, este levantamiento se caracterizó por su naturaleza emocional, cruel y carente de dirección y organización.<sup>54</sup> Al respecto, Marco Palacios señala que:

Sustancialmente se trató de una revolución social frustrada. Los campesinos, paulatinamente abandonados a su propia suerte y medios por los dirigentes políticos urbanos liberales, sin organización política que los articulara nacionalmente, se fueron hundiendo en la anarquía y en el bandidaje, aunque en muchos lugares lucharon contra gamonales y latifundistas por el poder local.<sup>55</sup>

Aunque en determinado momento la Violencia pareciese haber escapado al control de las élites, esto no implicó que las clases populares lograran convertirse en actores sociales genuinos ni que sus resistencias y luchas hubieran sido un movimiento social organizado. En general, los grupos armados priorizaron garantizar la supervivencia colectiva sin tener oportunidad de buscar activamente la toma del control del poder. Finalmente, no es el populismo, sino la violencia, la que llega a configurar la esencia de lo político: “En numerosos países de América Latina, el populismo desempeñó un papel fundacional [...], en

---

<sup>53</sup> Citado en: Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*, 46.

<sup>54</sup> Fals Borda, “Lo sacro y lo violento, aspectos problemáticos del desarrollo en Colombia”, 25-53.

<sup>55</sup> Marco Palacios, *El populismo en Colombia*. (Bogotá: Ediciones Siuasinza, 1971), 51.

Colombia pasó lo opuesto: es más el rechazo al populismo el que adquirió un significado fundacional”.<sup>56</sup> De todas maneras, la ausencia de ciertos acontecimientos permitió la expansión de un imaginario sobre lo que Colombia pudo haber sido y abrió las puertas a la conciencia campesina, recalca Fals Borda: “Muchos campesinos, antes marginados, han sido asimilados ahora por la sociedad nacional. Este hecho en sí señala una transición fundamental en Colombia acelerada por la violencia”,<sup>57</sup> y continúa: “el proceso de la lucha rural desarrollada en Colombia ha sido un camino para realizar transformaciones sociales que no eran posibles dentro de la anterior sociedad de tipo cerrado, así fuera a una cadencia anormal”.<sup>58</sup>

El fenómeno de Violencia y sus implicaciones provocaron una reconfiguración en la percepción que los campesinos tenían de sí mismos. La disolución de las fronteras ecológicas, las migraciones y los desplazamientos erradicaron parcialmente el aislamiento que caracterizaba a muchas comunidades rurales, conectándolas de manera más estrecha con el pulso de la vida nacional. Este cambio permitió a los campesinos comparar su realidad con la de otros grupos socioeconómicos, en su mayoría más favorecidos, permitiéndoles así una comprensión más amplia y reflexiva de su situación. Según Camilo Torres: “Las fuerzas armadas además de sus sistemas propios de comunicación, fueron un conducto humano de transmisión de noticias, de valores sociales, de formas de conducta, establecido entre la ciudad y el campo y entre los diversos vecindarios rurales”.<sup>59</sup>

De este modo, al confrontar la realidad de estilos de vida más justos, ya sea en entornos rurales o urbanos, los campesinos desarrollaron una conciencia acerca de las necesidades comunes y un deseo por el progreso y la educación, siguiendo a Camilo Torres: “La violencia creó los contactos necesarios para despertar la conciencia campesina respecto de su miseria”.<sup>60</sup> La miseria fue caldo de cultivo para que las fuerzas colectivas tuvieran el poder de agrietar estructuras y debilitar gobiernos; aunque el pueblo obedeció durante mucho

---

<sup>56</sup> Daniel Pécaut, “En Colombia todo es permitido, menos el populismo”. En *Revista de Estudios Sociales*, n. 1 (2014): 21-24, <https://revistas.uniandes.edu.co/index.php/res/article/view/5849>.

<sup>57</sup> Fals Borda, “Lo sacro y lo violento, aspectos problemáticos del desarrollo en Colombia”, 25-53.

<sup>58</sup> Fals Borda, “Lo sacro y lo violento, aspectos problemáticos del desarrollo en Colombia”, 25-53.

<sup>59</sup> Torres, “La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas”, 53-117.

<sup>60</sup> Torres, “La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas”, 53-117.

tiempo un sistema que iba en contra de sus intereses y su bienestar, esto solo sirvió para hacer que su eventual rebelión fuera aún más imponente.

La concientización de la miseria generó un proceso social no anticipado por las clases gobernantes. Además de despertar la conciencia entre el campesinado, brindó oportunidades de movilidad social, fomentó la solidaridad grupal y un sentimiento de superioridad y confianza en la acción, llevando a que los campesinos priorizaran los intereses de su grupo sobre los intereses partidistas. Este fenómeno tuvo como resultado la formación de un grupo de presión social, económica e incluso política, con la capacidad de transformar estructuras de manera imprevista y no deseada por la élite dirigente.<sup>61</sup> En este contexto, las formaciones guerrilleras se erigieron como el único canal de expresión para las demandas provenientes de las comunidades campesinas. Esto es tan importante que, concluye Torres, con mucha afinidad, la Violencia ha representado el cambio sociocultural más significativo en las regiones rurales de Colombia desde la época de la Conquista: se transformó la sociedad rural. La Violencia desempeñó un papel específico en el cambio histórico y en la conformación de ciertos modelos sociales.

Paradójicamente, la Violencia es también un reflejo de la continuidad de los conflictos sociales en el país. Comienza con el objetivo de preservar, por un lado, y restaurar, por el otro, el orden político, y concluye dejando una realidad *aparentemente* intacta, con las mismas estructuras sociales y la misma crisis de Estado.<sup>62</sup>

---

<sup>61</sup> Torres, “La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas”, 53-117.

<sup>62</sup> Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*, 25-29.

## Capítulo II. La periferia como escenario: territorialidades, jerarquías y disputa simbólica en la Violencia antioqueña

### 2.1. La marginalidad de la Violencia en Antioquia

Aunque es común escuchar que la Violencia no afectó de manera tan severa a la población antioqueña, en comparación con otras regiones del país como Tolima y Santander, los archivos y testimonios revelan el sufrimiento experimentado por los habitantes de Antioquia debido a los constantes enfrentamientos entre campesinos y autoridades. De hecho, Antioquia ocupó el tercer lugar entre las regiones más afectadas por la Violencia con un número de 26.115 muertos (14.5 % por departamento) entre 1946 y 1957;<sup>63</sup> no obstante, debido a su considerable población total en contraste con otros departamentos, el impacto mortal no se sintió tan profundamente como en otras áreas.<sup>64</sup> Siendo Antioquia una región eminentemente conservadora, se destacaron grupos de campesinos de inclinación liberal, quienes, cansados de los abusos por parte del gobierno conservador, decidieron alzarse en armas para defender sus derechos y sus territorios, pero también para afectar a sus opositores.

Sin embargo, Antioquia no se vio sumida por la generalización ni la centralización de la violencia; aunque en tempranas investigaciones algunos autores afirman que en las zonas cafeteras predominaban las tensiones sociales,<sup>65</sup> en este departamento las zonas más afectadas fueron las más marginadas, o sea las petroleras y las portuarias, como Urabá, el Bajo Cauca, el Nordeste y el Magdalena Medio, donde la Violencia estuvo motivada por una variedad de causas. Estas subregiones, en zonas bajas tropicales, acogían migrantes y nuevos asentamientos de departamentos adyacentes, considerados cultural y étnicamente diferentes a la autopercepción de los antioqueños centrales. Históricamente consideradas como poco atractivas para el gobierno y tachadas de salvajes e insalubres, carecían de una presencia estatal significativa, que se limitaba únicamente a intervenciones punitivas, descuidando la inversión pública, la infraestructura y la presencia institucional,<sup>66</sup> aunque estas áreas eran

---

<sup>63</sup> Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*, 552.

<sup>64</sup> Mary Roldán, *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953*. (Bogotá: ICANH, 2003), 22.

<sup>65</sup> Eric J. Hobsbawm, “La anatomía de «La Violencia en Colombia»” y Jesús A. Bejarano, “Historiografía de la violencia en Colombia”, ambos en *Once ensayos sobre la violencia*. (Bogotá: CEREC, 1985).

<sup>66</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 59.

estratégicamente importantes debido a sus recursos naturales y potencial económico, que fortalecían el poder de Antioquia. Además, caracterizadas por una resistencia de larga data a la dominación cultural, política y económica por parte de los antioqueños centrales. La relación entre centro y periferia fue muy problemática,

[...] estuvo impregnada de fantasías de extracción de grandes riquezas, dominación política y subordinación cultural. Estas últimas se expresaron en un discurso regionalista, basado históricamente en jerarquías de diferencias culturales que dividieron a Antioquia en áreas ubicadas en el centro, percibidas como ajustadas a un sistema de valores regionales, y en áreas periféricas, percibidas como la desviación de dicho sistema.<sup>67</sup>

Esto refleja un retorno de las dinámicas coloniales, empezando por la capacidad de la élite colombiana para legitimar la idea de una diferenciación natural entre regiones, inculcando nuevamente un lenguaje de estigmatización en el que resurge el tema de los pueblos no civilizados y de la superioridad cultural, étnica, religiosa y socioeconómica de los lugares centrales. Las manifestaciones de la violencia social y política demuestran estar fundamentadas en las jerarquías de la colonialidad; la lucha por la posesión y el dominio de la tierra y los recursos naturales son problemas estructurales que se basan en la exclusión histórico de grupos étnicos:

Convertida en monasterio que declara tácitamente enemigo al que piensa libremente, Colombia extendió este dogmatismo de “amigo-enemigo” a la política, es decir, lo ancló en la conciencia colectiva y favoreció la reinstauración de la sociedad colonial, revestida con los hábitos y resabidos de la simulada aristocracia.<sup>68</sup>

Las identidades partidista y regional se entrelazaron, dando lugar a una representación del enfrentamiento no solo como una lucha política, sino también como un choque cultural. La llamada “antioqueñidad” fue mucho más que una identidad cultural; constituyó un

---

<sup>67</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 60.

<sup>68</sup> Rafael Gutiérrez Girardot, “Estratificación social, cultura y violencia en Colombia”, *Revista de Estudios Sociales*, n. 7 (2000): 1-11, <https://revistas.uniandes.edu.co/index.php/res/article/view/5180>.

proyecto político excluyente, construido desde una visión regionalista que se percibía a sí misma como autosuficiente y ajena al resto de la nación. Lejos de integrarse a una idea amplia de nación, este ethos se anclaba en la pertenencia partidista, que operaba como el único vínculo real con lo nacional: ser parte del partido equivalía a ser parte del país. Todo lo que escapaba a ese marco cerrado era considerado no solo ajeno, sino antinacional; así, los partidos no solo representaban posturas políticas, sino que encarnaban identidades colectivas profundamente arraigadas, dispuestas a defender su visión del país como si se tratara de su propio ser.<sup>69</sup> Esta construcción simbólica fue profundamente excluyente: no todos los habitantes de Antioquia fueron reconocidos como parte del “pueblo”. Las etnias dominadas, históricamente marginadas, solo pudieron aspirar a cierta inclusión negando su diferencia y adoptando las formas culturales del poder criollo. En las zonas donde esta lógica no logró imponerse, la presencia estatal fue meramente militar o formal, sin capacidad de establecer vínculos reales con las comunidades que habitaban esos márgenes del proyecto hegemónico, bien lo menciona María Teresa Uribe:

Las territorialidades histórico-culturales revelan la existencia de otra Antioquia, desconocida, ignorada, silenciada, que solo empezó a ser tomada en cuenta cuando viejos y nuevos conflictos estallaron en forma de violencia generalizada e informe, poniendo en peligro la estabilidad y la seguridad de la sociedad mayor.<sup>70</sup>

La construcción de la nación colombiana ha estado atravesada por un discurso de la diferencia cultural que no solo no reconoce la diversidad, sino que la ordena jerárquicamente, asignando valor según el lugar de origen, el color de piel o las costumbres locales. Este proceso ha consolidado una visión del “otro” como inferior, exótico o atrasado, especialmente en relación con las regiones periféricas del país. Así, los espacios geográficos no son neutros: están cargados de significados sociales racializados que estructuran el acceso al poder, la representación simbólica y la pertenencia nacional. La nación se levantó sobre una base de exclusión sistemática que sitúa a unos cuerpos y territorios por encima de otros.

---

<sup>69</sup> Uribe, *La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia*, 102.

<sup>70</sup> Uribe, *La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia*, 104.

Indicar que el conflicto partidista fue el factor desencadenante de la Violencia resulta una explicación sumamente limitada; en Antioquia, al igual que en toda Colombia, han habido históricamente diferencias religiosas, étnicas y raciales que desempeñaron un papel fundamental en el desarrollo de la Violencia, llegando a ser incluso más determinantes que los aspectos políticos. Por ende, es necesario concebir la Violencia como una circunstancia regional en lugar de un fenómeno uniforme que afecta de la misma manera a todas las áreas del país; incluso dentro de un solo departamento como Antioquia, y en cualquier otro, coexistían múltiples realidades de manera simultánea.

## **2.2. La represión electoral y el papel de la burocracia en la Violencia**

Gustavo Mesa identificó dos fases de Violencia en Antioquia: la primera, el sectarismo tradicional que abarcó el período de 1945 a 1949, y la segunda, la abstención liberal que comprende el intervalo de 1949 a 1953. Enfocándose en esta última, la divide en tres subfases: la primera, la ofensiva conservadora de 1949, marcada por las elecciones legislativas y presidenciales, desencadenó una gran crisis institucional; la segunda, la ofensiva liberal que abarcó el período de 1949 a 1951, se extendió desde las elecciones presidenciales hasta el intento de diálogo de López Pumarejo con la guerrilla de los Llanos; la tercera subfase, la contrachusma conservadora y el repliegue liberal, coincide con la caída del gobierno de Laureano Gómez en 1953. El primer gran pico de la Violencia en Antioquia durante esta etapa tuvo lugar en el norte-nororiente entre octubre y noviembre de 1949, con un saldo de 138 muertos y 110 heridos.<sup>71</sup> La intención conservadora detrás de esta violencia selectiva y esporádica era marginar a los liberales para tener el control de los cargos públicos. La violencia en Antioquia entre 1946 y 1949 no fue constante, ni siquiera bajo el liderazgo de los políticos más radicales o tras el asesinato de Gaitán, la agitación política fue cíclica y se concentró en áreas específicas.

La segunda subfase se distinguió por la militarización de la región y la determinación de sofocar los brotes de violencia en Antioquia. De manera paradójica, la herramienta

---

<sup>71</sup> Gustavo Mesa, “Religión y la Violencia en documentos de los años cincuenta en Colombia. Las cartas del capitán Franco”. En *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, n. 2 (2009): 65-89, <https://revistas.unal.edu.co/index.php/achsc/article/view/18351/19265>.

empleada para erradicar la violencia fue la misma violencia; solo en abril del 1950, las autoridades conservadoras registraron la alarmante cifra de 350 muertos y 54 heridos, lo que generó una mayor intensificación de la agresividad en los grupos liberales.<sup>72</sup>

La tercera subfase se caracterizó por el dismantelamiento de todas las instituciones, la destitución del gobierno nacional y el registro de la mayor cantidad de crímenes políticos en toda la etapa en Antioquia. Los enfrentamientos entre conservadores y liberales dejaron un total de 790 muertos entre junio y agosto. Las cifras estimadas de actores armados revelan la presencia de 3650 chusmeros liberales en el occidente y suroeste, 1560 en el Magdalena medio y 3419 voluntarios conservadores que exigían armarse contra los chusmeros.<sup>73</sup>

En las elecciones de 1946, Gaitán recibió un fuerte respaldo electoral por parte de los obreros de las minas, los puertos y la industria petrolera, destacando especialmente los de Zaragoza, Cauca y Puerto Berrío. Estos territorios, juntos con otros, que respaldaron a Gaitán y a los movimientos políticos disidentes en general, eran precisamente aquellos que experimentaron los impactos más severos de los cambios económicos y de los enfrentamientos entre colonos y terratenientes en décadas anteriores.<sup>74</sup> Desde la década del 40 surgió en Antioquia un malestar que abordaba las persistentes problemáticas de desigualdad social, la distancia entre los diferentes estratos sociales era evidente, como también lo era la miseria de las familias obreras, las cuales en su mayoría padecían desnutrición crónica.<sup>75</sup>

El auge del conservatismo en las elecciones de marzo de 1947 marcó el inicio de una ola de violencia, resultado de su fallido intento por acabar con el predominio liberal en todas las regiones del departamento, pues a pesar de constituir la mayoría, persistía el apoyo a los candidatos liberales. Los gobernantes y empleados públicos desempeñaron un rol sumamente significativo en la promoción de la violencia partidista, siendo los primeros brotes de

---

<sup>72</sup> Mesa, “Religión y la Violencia en documentos de los años cincuenta en Colombia. Las cartas del capitán Franco”, 65-89.

<sup>73</sup> Mesa, “Religión y la Violencia en documentos de los años cincuenta en Colombia. Las cartas del capitán Franco”, 65-89.

<sup>74</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 80.

<sup>75</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 79.

violencia local el fruto directo del hostigamiento perpetrado por el Estado, como bien lo ejemplifica Mary Roldán: “La policía y los alcaldes les quitaban a los ciudadanos sus cédulas, sin las cuales no podían votar; impedían físicamente que los ciudadanos se acercaran a las mesas de registro y acosaban a la oposición con muestras de abuso verbal y físico”.<sup>76</sup>

Los municipios mostraron un creciente rechazo hacia las políticas departamentales que buscaban influir en la política electoral local y controlar los nombramientos de cargos públicos, lo que también revivió antiguas tensiones entre la población local sobre la concentración del poder por parte del gobierno departamental. Los obreros liberales sindicalizados reaccionaron con actos de protesta y resistencia, siendo uno de los primeros grupos en Antioquia en sentir los efectos de la violencia política promovida por el Estado en la región –destacándose como medio violento la disminución de los salarios y el consecuente deterioro de las condiciones sociales–, mientras que los antioqueños adinerados miembros o simpatizantes del Partido Liberal mostraron escasa resistencia al respecto. El gobierno encontró obstáculos al intentar implementar una estrategia de hostigamiento generalizado debido a la extensión geográfica del área, la escasez de infraestructura y la ausencia de respaldo conservador local. Esto permitió que los grupos obreros logaran resistir con éxito la represión.

La Violencia en Antioquia estuvo marcada por un conflicto arraigado entre el gobierno central y los gobiernos locales. Mientras las comunidades de las áreas periféricas abogaban por autonomía en sus asuntos políticos, sociales, económicos y culturales,<sup>77</sup> las autoridades departamentales buscaban consolidar una hegemonía fundamentada en conceptos de supremacía cultural, étnica, racial y religiosa. Las identidades partidista y regional se entrelazaron, convirtiendo el conflicto entre partidos en una cuestión de diferencias, no solo políticos, sino también culturales. Esta diversidad cultural se utilizó para justificar actos violentos, como homicidios, robos y violaciones, legitimando así la violencia en defensa de “Dios”, de los principios regionalistas y la identidad antioqueña.

---

<sup>76</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 82.

<sup>77</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 49.

En 1948, esta situación se agravó aún más tras dos años de relativa calma, cuando el asesinato de Gaitán finalmente rompió por completo la relación entre los trabajadores y las autoridades. A diferencia de otras regiones del país, el asesinato de Gaitán no desencadenó una respuesta significativa en términos de protestas y daños materiales en Antioquia, librándose de los efectos más destructivos de la agitación popular que siguió a su asesinato. Sin embargo, “La miseria generalizada por sí sola no provoca necesariamente agitación social ni amenaza el statu quo, pero sí atemoriza a quienes detentan el poder, especialmente a aquellos que lo han alcanzado recientemente”.<sup>78</sup>

Por esta razón, aunque el desorden público no llegó a intensificarse ni a generalizarse como en otros departamentos, la respuesta de las autoridades sí lo hizo, pues tenían la sospecha de que los sindicalistas estaban liderando conspiraciones en diversos lugares con el objetivo de derrocar a los conservadores de sus cargos públicos. La siguiente carta escrita por el liberal Bernardo Monsalve Mora, muestra la posición de los liberales respecto a la situación:

El partido liberal Antioqueño debe poner en guardia; estamos en la imperiosa necesidad de ponernos a la defensiva, ya que somos la Vanguardia que chocará contra el corazón mismo de la Godarria, por ser Caldas y Antioquia, la fortaleza “Antonia” del Enemigo. Las fuerzas de choque deben tenerse listas, las armas deben adquirirse de cualquier manera; sobre esto no me parece difícil su consecución (sic), habiendo buena voluntad de parte de cada liberal. La introducción queda fácil (sic), Arboletes y la costa del Chocó son lugares apropiados; veinte mil carabinas último modelo se consiguen a razón de quince dólares (sic) cada una; la munición se consigue a siete dólares (sic) el millar, luego con un millón de pesos, el partido Liberal Antioqueño está salvado. Creo que el mes entrante que sigo para la Costa, me sea fácil (sic) tratar el asunto

---

<sup>78</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 73.

con un amigo panameño, y desde ya, ofrezco de mi cuenta cien carabinas, y su dotación de munición.<sup>79</sup>

La sospecha llevó al gobernador Dionisio Arango Ferrer –quien fue nombrado gobernador a las dos de la madrugada después del asesinato de Gaitán– a permitir la formación de fuerzas policiales civiles y la distribución de armas a conservadores reclutados voluntariamente en distintas áreas del departamento. Esta sospecha fue el catalizador del surgimiento de la *contrachusma* y la justificación del hostigamiento generalizado en toda la región, independientemente de la influencia que el asesinato de Gaitán haya tenido en los distintos municipios. La responsabilidad de eliminar lo que el gobierno consideraba frentes insurgentes fue encomendada a los seguidores leales del Partido Conservador que no hacían parte de las fuerzas policiales o militares<sup>80</sup>, particulares que “portaban bayonetas suministradas por la Alcaldía”.<sup>81</sup> Plasman los documentos que “Del Municipio de Pueblorrico han estado actuando, después del 9 de abril, elementos que armados de revólver y peinilla se dicen «policía auxiliar», en Hispania”,<sup>82</sup> los cuales “les han quitado atribuciones a las autoridades, manifestando que ellos son legítimos conservadores”,<sup>83</sup> y que además:

[...] han continuado los atentados; ciudadanos indefensos son agredidos, heridos y befados por la policía y por particulares armados con puñales, revólveres y garrotes, todo a conocimiento y contentamiento de nuestros amos, los señores Alcalde e Inspector de Policía, quienes quisieron imponerse a la ciudadanía “a sangre y fuego”.<sup>84</sup>

---

<sup>79</sup> Angostura, 27 de abril de 1948, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 2, n. de caja 533, folios 43r-44r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>80</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 102.

<sup>81</sup> “Interrogatorio a Lubin Sandoval, vecino de Alejandría”, 19 de julio de 1949, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 1, n. de caja 541, folio 28r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>82</sup> Betania, 8 de enero de 1949, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 1, n. de caja 542, folio 1v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>83</sup> Medellín, 6 de marzo de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folio 20r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>84</sup> Betania, 8 de enero de 1949, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 1, n. de caja 542, folio 1r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

Como se evidencia también en el siguiente documento dirigido a Humberto White, miembro principal del Directorio Liberal del Departamento de Antioquia:

9 de abril por la noche: abaleado el pueblo liberal que se hallaba en la Plaza Pública protestando por el asesinato del Jefe, con un saldo de cuatro heridos.

14 de abril: destitución de todo el tren de empleados por el Alcalde Jesús A. Vargas y por el Teniente ad-honorem de la Policía departamental Gil Villegas Giraldo y encarcelamiento de 42 liberales contando entre ellos a los h.h.m.m. del Concejo Municipal y al tren de empleados, dizque “con la facultad que les dá el estado de sitio” [...]

A fines de abril: ASESINATO del liberal Roberto Tejada, perpetrado por el policía cívico Miguel Lopera, quien no ha sido detenido y del cual hecho hay multitud de declaraciones, pues fué perpetrado este asesinato en la calle, día (sic) domingo y de mercado.

[...] La policía cívica compuesta por unos trescientos macheteros en los días de mercado se dedican a tomar licor y desafiar a los liberales con los machetes en la mano.

[...] El Recaudador de Hda. Nal. Néstor Gómez, armado de revólver y puñal y en compañía de Francisco Díaz y Felipe Duque, policías cívicos iniciaron un desfile en compañía de 100 macheteros, el 20 de julio, gritando: “Viva Montalvo”, “Viva el padre Laureano Gómez” abajo la unión nacional, Abajo (sic) Ospina Pérez.

Por tres ocasiones la policía abaleó las casas de los liberales que viven en la plaza pública a los gritos de “Salgan los guapos del 9, manzanillos hijueputas”.<sup>85</sup>

Este fue el único enfoque y objetivo del gobierno de Arango Ferrer, quien fue destituido de su cargo en menos de un año, ya que Ospina Pérez, oriundo de Antioquia, se preocupó por el comportamiento de la persona a quien había confiado el destino político de

---

<sup>85</sup> Barbosa, septiembre 24 de 1948, Fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 2, n. de caja 533, folio 167r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

la región.<sup>86</sup> Después de él, Fernando Gómez Martínez asumió el cargo con una postura notablemente más conciliadora: se esforzó en convocar a representantes de ambos bandos políticos para colaborar en la solución de problemas sin recurrir a la violencia; demostró firmeza en momentos específicos, como al rechazar la idea de despedir a profesores de la Universidad de Antioquia debido únicamente a su afiliación política liberal y al nombrar a miembros de la oposición en base a su mérito y competencia, sin importar su afiliación política. Sus copartidarios respondieron acusándolo de colaborar con una supuesta conspiración liberal comunista.<sup>87</sup>

El rechazo directo del gobernador a la violencia como medio político y su firme oposición a la idea de que cualquier método fuera justificable en la lucha por el poder electoral marcaron un punto de inflexión en la política local y en el curso del conflicto, pues no había una base estructural sobre la cual desarrollar una estrategia de violencia, debido a la falta de coordinación entre lo local y lo departamental. Los laureanistas consideraron esta postura como el principal obstáculo para lograr su objetivo de ganar las elecciones de 1949, por lo que promovieron y financiaron la creación de más grupos de contrachusma; por otro lado, la élite liberal, esencialmente conservadora, no estaba dispuesta a arriesgar ni sus vidas, ni sus privilegios, ni el statu quo de su visión tecnocrática del gobierno para respaldar la iniciativa del gobernador.<sup>88</sup> Esta situación provocó una continua desobediencia por parte de sus empleados en la administración gubernamental y a finales de junio parecía que se había perdido la voluntad de contener la escalada de violencia en Antioquia debido a la ruptura de la cadena de mando, lo que desencadenó en un enfrentamiento abierto con los municipios como escenario. El descontento local hacia el gobierno departamental se agudizó con la llegada de Arango Ferrer al poder, ya que durante su mandato la xenofobia se consolidó como un elemento prominente de las políticas administrativas en Antioquia.<sup>89</sup>

Determinados sectores de la burocracia jugaron un papel importante en la expansión de la violencia, tanto departamental como local: “De 23 informes de violencia o abuso

---

<sup>86</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 103.

<sup>87</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 107.

<sup>88</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 73.

<sup>89</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 103.

recibidos en el despacho del gobernador entre enero y junio de 1949, en 11 se atribuía la violencia específicamente a las acciones de un alcalde”,<sup>90</sup> con la complicidad evidente de la policía, especialmente en perjuicio de los trabajadores sindicalizados. siendo supremamente común las quejas de la población respecto a los alcaldes, tales como: “que el actual alcalde de este Municipio (Concepción), señor José D. Parra, es un individuo que se emborracha con mucha frecuencia y emborracha a la policía, descuidando así el cumplimiento de sus obligaciones”.<sup>91</sup> Era frecuente que se nombraran alcaldes con antecedentes criminales y que aquellos acusados mantuvieran sus cargos o fueran trasladados a otro territorio.

La permanencia de estos funcionarios en cargos locales, incluso después de conocer su historia criminal, acabó con la escasa confianza que aún existía en las garantías que pudieran ofrecer los representantes del Estado. El empleo de la violencia con fines partidistas por parte de los empleados públicos en general desencadenó en una crisis de legitimidad de las autoridades, las cuales también se encontraban en una lucha interna por el monopolio de la fuerza. No existía una autoridad estatal capaz de hacer cumplir la ley, el Estado no podía mantener un monopolio sobre el uso de la fuerza ni cumplir adecuadamente su función como protector del bienestar de la ciudadanía.<sup>92</sup> La paradoja radica en que aquellos que deberían haber representado el orden y la justicia eran, en realidad, otro de los grupos armados perpetrando la violencia, y que más tarde representarían una seria amenaza para la autoridad y el control del territorio del mismo Estado.

El comienzo de la temporada electoral de 1949 trajo consigo la reactivación de tensiones entre los trabajadores y las autoridades departamentales, manifestadas a través de huelgas, represión, persecución y hostigamiento. Aunque había pruebas contundentes que indicaban que los disturbios en la mayoría de los municipios de Antioquia surgían de los abusos de funcionarios públicos y la policía, el gobierno seguía culpando a los trabajadores, por lo que, a finales de abril de este año, se decretó la prohibición de manifestaciones.

---

<sup>90</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 111.

<sup>91</sup> Fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 2, n. de caja 543, folio 104r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>92</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 142.

Sin embargo, la represión no logró modificar la configuración política de la mayoría de los municipios de Antioquia. Muchos de ellos resistieron a la intimidación conservadora, en parte debido a la influencia significativa de la mano de obra sindicalizada, así como a la ausencia de respaldo por parte del gobernador departamental a las acciones violentas de sus copartidarios. Esta falta de apoyo contribuyó a la incapacidad del Partido Conservador para ampliar su dominio electoral mediante el uso de la fuerza.

### **2.3. Insurgencia campesina y reacción conservadora: el choque entre guerrilla y contrachusma**

En 1950, Laureano Gómez ganó las elecciones presidenciales sin oposición. Este evento desencadenó diversos cambios en el desarrollo de la violencia departamental, siendo el más importante el surgimiento de un movimiento guerrillero liberal armado en Antioquia, específicamente en sus periferias:

Los habitantes de este [...] municipio (San Juan de Urabá) mataron a tiros al inspector de policía junto con otros miembros de las fuerzas armadas, y luego buscaron refugio en las colinas que rodean el pueblo, cuando las autoridades conservadoras hicieron explotar una bomba para castigar su negativa a reconocer la victoria de Laureano Gómez...<sup>93</sup>

El surgimiento de grupos guerrilleros en la periferia antioqueña como respuesta a la violencia electoral marcó el inicio de la segunda fase de la violencia. La llegada de Laureano Gómez a la presidencia dificultó aún más la posibilidad de llegar a un acuerdo para poner fin a la violencia, los laureanistas consideraban a los grupos paramilitares como algo necesario para “limpiar” a la sociedad, con la creencia de que estos desaparecerían una vez cumplida su tarea. Así entonces, dirigieron su empresa hacia la periferia antioqueña, bajo el liderazgo del recién nombrado gobernador Braulio Henao Mejía.

Las guerrillas liberales se formaron y llevaron a cabo sus operaciones exclusivamente en las áreas rurales periféricas. Aunque su origen estuvo relacionado con los conflictos electorales, la violencia bipartidista en estos territorios se entrelazó con las tensiones étnicas,

---

<sup>93</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 135.

culturales y económicas preexistentes. Era una lucha basada en la distribución de la riqueza y el territorio, el odio partidista se mezclaba con una rabia latente, alimentada por la desesperación económica y la creciente falta de oportunidades para acceder a la propiedad, generando un conflicto mucho más complejo.

En un principio, la presencia de guerrilla en las periferias de Antioquia se atribuía a la esporádica incursión de grupos guerrilleros foráneos tras el asesinato de Gaitán, los cuales, con el objetivo de hacerse notar, cruzaban el río Magdalena para atacar propiedades tanto civiles como gubernamentales. Los ataques esporádicos justificaron la represión por parte de las autoridades contra cualquier ciudadano liberal en cualquier área de Antioquia, incluso si no había evidencia previa de violencia partidista en la región. Esto desencadenó en un contraataque aún más contundente por parte de las guerrillas liberales contra el gobierno departamental y sus representantes.

El 4 de agosto de 1950, días antes de la posesión de Laureano Gómez, varios grupos guerrilleros de Antioquia y Bolívar se reunieron en Guarumo (Cáceres) y Caucasia (Antioquia), como parte de una operación coordinada que involucró ataques en Urrao y Urabá.<sup>94</sup> Este ataque resaltó la debilidad y ausencia de las autoridades gubernamentales, así como su escasa preparación para enfrentar un ataque de esta magnitud, lo que socavó su discurso de legitimidad y control en los asuntos de orden público. Paradójicamente, el Estado disponía de hombres para hostigar a los ciudadanos liberales, pero carecía de fuerzas para hacer frente a los ataques guerrilleros. Así, en el segundo ataque, tres meses después, “Aunque el gobierno no envió tropas para enfrentar a la guerrilla durante el asalto, menos de un mes después la Policía Nacional estaba conduciendo ‘aplanchamientos’ contra civiles liberales en retaliación por las actividades guerrilleras”,<sup>95</sup> esto se refleja en testimonios de la época: “la Policía le huye a la chusma, no le hace frente, le tiene miedo. Sólo va en pos de ella sembrando el terror, acabando con lo que ella deja”.<sup>96</sup>

---

<sup>94</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 163.

<sup>95</sup> Roldán. *A sangre y fuego*, 165.

<sup>96</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 169.

Ambas fuerzas partidistas dirigieron su violencia hacia la población civil, no era común que se enfrentaran directamente en combate, a pesar de que la eliminación del adversario era la razón de ser de cada una. Los sectores más radicales del gobierno departamental impulsaron un constante hostigamiento contra la oposición en regiones alejadas, sin considerar el impacto en las comunidades locales ni la incapacidad del gobierno para gestionar adecuadamente las reacciones de los grupos liberales a estas provocaciones.

El gobierno departamental quedó consternado por la rapidez y la ferocidad del asalto guerrillero en el oriente antioqueño (el Bajo Cauca, el Magdalena Medio y el nordeste), ya que la producción de oro, los productos agrícolas, el ganado y la economía en general, comenzaban a enfrentar serias amenazas. El peso económico del trabajo liberal tenía un impacto significativo para los terratenientes, muchos de los cuales eran conservadores. La movilización guerrillera, en esencia una movilización de campesinos sin tierra, desempleados o con un empleo precario, revivió la antigua crisis agrícola, exacerbando la concentración de tierras y la disminución del empleo. La necesidad de trabajo y de tierras, más que el sentimiento partidista, era la principal motivación para unirse a los grupos armados, sumada a la inseguridad pública que afectó gravemente la productividad económica, los precios de los alimentos y otros aspectos de la economía colectiva. Los trabajadores, por temor a ser asesinados, comenzaron a abandonar las haciendas, lo que generó un déficit de mano de obra y elevó los costos de producción.

Ante esta situación, el gobierno dirigió su atención hacia la zona afectada y, una vez más, la responsabilidad recae en la contrachusma debido a la escasez de fuerzas armadas. En principio, se esperaba que este grupo colaborara con las fuerzas oficiales, pero en realidad fueron movimientos paramilitares que operaron de manera autónoma o incluso suplantaron a las fuerzas gubernamentales. Estos grupos desplegaron su violencia al margen de los asuntos políticos, llegando incluso a atacar a sus propios aliados, justificando sus acciones en la defensa de la religión o en la prevención de un posible golpe comunista, bien lo señala Fidel Blandón Berrío: “No se respetaron las leyes ni las instituciones, ni la autoridad. Se

prevaricó en nombre de todo: en nombre de la democracia y de la dictadura; en nombre de la ley y del desenfreno; en nombre de Dios y del demonio”.<sup>97</sup>

Los campesinos pobres no solo se unían a las guerrillas, sino que también formaban parte de la contrachusma; ante la débil e ineficaz presencia del Ejército y la Policía en las zonas rurales, las comunidades quedaron expuestas a la violencia sin protección del Estado. Los conservadores pobres, al verse constantemente amenazados por los ataques guerrilleros, optaron por apoyar o integrarse a la contrachusma como una forma desesperada de defensa. Su participación no surgía de una ideología clara, sino de la necesidad urgente de proteger sus vidas, sus familias y los pocos recursos que poseían en un contexto de abandono institucional. El derecho a poseer armas y usarlas en defensa propia se convirtió en la política gubernamental conservadora, permitiendo que la disputa por la tierra se intensificara. Por ejemplo, en El Tigre,

La disputa económica entre colonos y terratenientes [...] terminó por coincidir con el surgimiento de la violencia partidista, y la policía y las fuerzas de seguridad privada empleadas originalmente para defender la hacienda se convirtieron en el núcleo de un grupo de la contrachusma.<sup>98</sup>

En El Tigre los conflictos previos por la tierra, la mano de obra y los recursos ya eran una realidad palpable. Para febrero de 1953, la violencia había forzado a la mayoría de los habitantes a huir de la región. Lo que comenzó como una disputa por la propiedad de la tierra desencadenó en la paulatina toma de control de las haciendas por parte de grupos armados. Estos grupos de contrachusma no solo expulsaron a los colonos, sino que también provocaron una serie de ataques guerrilleros en la zona, desencadenando una espiral de violencia que obligó a los ciudadanos a abandonar sus hogares y tierras. La contrachusma, en lugar de impedir los ataques guerrilleros, los atraía. El gobierno, de manera metódica y sistemática, prolongó la desgracia mediante una “contrarrevolución” que no defendía al país ni a un

---

<sup>97</sup> Fidel Blandón Berrío, *Lo que el cielo no perdona*. (Bogotá: Planeta, 1996), 51.

<sup>98</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 197.

partido político, sino que buscaba mantener el poder y el statu quo, aprobando y permitiendo la impunidad.<sup>99</sup>

La presencia de la contrachusma condenó a la región del oriente antioqueño a un estado de conflicto constante, la invasión de tierras y el despojo de propiedades se volvieron comunes en las zonas con una fuerte presencia de fuerzas paramilitares conservadoras y agentes del gobierno, persistiendo incluso después de que los guerrilleros liberales depusieran sus armas y dejaran de representar una amenaza para las autoridades. Como lo destaca Mary Roldán: “Para comienzos de 1953 estaba claro que las principales fuentes de inestabilidad en la región eran las fuerzas del gobierno mismo”,<sup>100</sup> las cuales continuaron sus actividades mucho tiempo después de que los grupos guerrilleros se acogieran a la amnistía militar en julio del mismo año. Los guerrilleros desmovilizados no lograron reintegrarse a la vida civil ni retomar sus trabajos habituales debido al acoso persistente de los paramilitares, lo que finalmente los obligó a abandonar sus tierras. Muchos de ellos se dirigieron hacia los Llanos y se unieron a los grupos guerrilleros de izquierda.<sup>101</sup>

El Urabá y el occidente antioqueño también fueron gravemente afectados por la Violencia, siendo Urabá la tercera zona más violenta de Colombia, después de los Llanos y el Tolima,<sup>102</sup> especialmente tras la muerte de Gaitán, la cual exacerbó un antiguo resentimiento hacia el gobierno central. Este gobierno había ignorado durante décadas las necesidades de la región; su único interés radicaba en el acceso estratégico al Mar Caribe, lo que permitía el comercio con zonas clave como América Central y los Estados Unidos a través de la Carretera al Mar. Esta vía, sin embargo, se transformó en un punto crítico de violencia, ya que servía como ruta para el tráfico de armas, productos de contrabando y personas que abastecían a los grupos insurgentes.

El documento a continuación expone con claridad el abandono estatal hacia estas zonas, en este caso hacia el municipio de Murindó:

---

<sup>99</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 210.

<sup>100</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 212.

<sup>101</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 216.

<sup>102</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 255.

Con el mayor acatamiento, me permito manifestar a su Señoría:

Soy el Juez Municipal de MURINDO, cargo que ejerzo, en virtud de honrosa designación del H. Tribunal Superior de Antioquia.

A raíz de la destrucción total de la cabecera de Murindó, pues fue incendiada, cuando imperaba la violencia, tuve que abandonar aquella Región y llegué a esta ciudad de Medellín, donde el H. Tribunal Superior tuvo a bién (sic) ocuparme en oficios varios en las Oficinas de esa Alta Corporación.

En Oficio N° 508 de septiembre de 1953, el H. Tribunal Superior me ordenó trasladarme nuevamente al Distrito de Murindó a seguir ejerciendo mis funciones de Juez Municipal, orden que cumplí sin dilación. Tal orden obedeció al estado pacífico que tomó el País, con motivo del muy celebrado y no menos satisfactorio cambio de Gobierno.

Llegué a mi sede de Murindó y sólo hallé los escombros de lo que antes fuera una población bién (sic) conformada. Sólo el templo parroquial existe allá, cayéndose sí, por obra del abandono, pues en él ningún Ministro oficial hoy.

Los habitantes de Murindó, que huyeron de sus hogares, al regresar y ver aquellos escombros de sus casas tan caras, improvisaron viviendas rústicas a orillas del río Murindó y en tales humildes moradas a la par incómodas, vivían familias numerosas, azotadas hoy por la desnudez, el hambre y los flagelos del paludismo y otros, consecuencias estas enfermedades de la desnutrición y carencia de drogas.

De manera que en el Municipio de Murrindó no hay ninguna Dependencia Oficial y como NO HAY ALCALDE, he encontrado el gravísimo inconveniente de mi instalación, pues no hay quién me suministre oficina, muebles, enseres, útiles de escritorio y de más elementos de trabajo [...].

Murindó-primero que todo-necesita UN ALCALDE, que provea lo conducente a la administración concreta de justicia, a la reconstrucción del poblado, a la

creación de Dependencias Oficiales, a la consecución de drogas, vestuario, herramientas etc., para aquella gente sumida hoy en la más angustiosa miseria.<sup>103</sup>

Básicamente, lo que solicitaba la población de Murindó era: un alcalde, vestuario, drogas, un inspector de higiene o un enfermero, la reconstrucción de su pueblo, rentas departamentales, vías, una línea telegráfica y una comisión.<sup>104</sup> El terror en estos municipios es descrito por el sacerdote Fidel Blandón Berrío de la siguiente manera:

La zozobra y el miedo en Cañasgordas estaba como en el ambiente, como en el aire, como en la luz, como en las tinieblas, como en el silencio, como en el ruido, como en el templo, como en la calle, como en el tañir de las campanas, como en el bramar de la tempestad, como en los campos, como en las casas, como en todo lo que se veía y se sentía. Los uniformes policiales hacían crispas los nervios, lo mismo que los enruanados. Todo era macabro y sombrío. Por toda parte el miedo, el odio, el rencor, la venganza: no se podía vivir. Quienes no simpatizaban con aquel estado de cosas, hombres, mujeres y niños, debían irse a otros lugares, pues estaban sentenciados a muerte.<sup>105</sup>

Para contrarrestar las fuerzas armadas establecidas en la región, el gobierno encontró más práctico enviar soldados desde otros departamentos como Bolívar, debido a la considerable distancia entre Urabá y Medellín. Hasta los años 50, la comunicación entre Urabá y el centro de Antioquia era poca, dejando la gestión de asuntos de seguridad en manos de Bolívar y Chocó. Aunque la región había estado bajo la jurisdicción del departamento de Antioquia durante ya varios años, culturalmente no existía una cohesión significativa. Con frecuencia, las diferencias políticas se entrelazaban con las étnicas, generando un sentimiento de alienación entre ciertos sectores del gobierno y las poblaciones locales. Las diferencias étnicas también provocaron tensiones entre las diversas ramas y divisiones de las fuerzas armadas gubernamentales, lo que impidió la formación de un frente oficial unificado contra

---

<sup>103</sup> Carta del Juez Municipal de Murindó al Gobernador de Antioquia, 24 de noviembre de 1953, Archivo Histórico de Antioquia, Fondo Gobernación de Antioquia, Sección Secretaría de Gobierno, Serie Gobierno Municipios, Medellín.

<sup>104</sup> Carta del Juez Municipal de Murindó al Gobernador de Antioquia, 23 de noviembre de 1953.

<sup>105</sup> Blandón Berrío, *Lo que el cielo no perdona*, 189.

los grupos insurgentes. La xenofobia antioqueña quedó en evidencia con las conjeturas sobre la correlación entre la identidad étnica y el mantenimiento del orden público, al interpretar la falta de eficacia de las fuerzas estatales como un fracaso atribuible al hecho de que los policías provenían de otros departamentos.

Tras las elecciones de junio de 1949, aparecieron grupos guerrilleros que tenían como objetivo inicial desestabilizar y eventualmente derrocar al gobierno conservador. El campamento, ubicado en Camparusia, lugar estratégico y de grandes facilidades para el aprovisionamiento, en lo que hoy es Armenia (Dabeiba), estaba bajo el liderazgo de Arturo Rodríguez Osorio y Aníbal Pineda Torres.<sup>106</sup> Inicialmente concebido como un refugio defensivo para familias liberales desplazadas, este campamento guerrillero evolucionó debido a que el acceso a armas de contrabando y la fragilidad de las fuerzas gubernamentales departamentales les otorgó la capacidad de tomar la iniciativa en acciones contra el gobierno.

Las autoridades se encontraban distanciadas de la vida cotidiana del territorio y carecían de capacidad para hacer frente a los disturbios, tras años de desatención y falta de inversión en infraestructuras de acceso. Para sofocar a los grupos guerrilleros, bloquearon sus rutas de suministro, vitales para el abastecimiento de la población civil, lo que desencadenó problemas laborales, impactos negativos en la economía y deterioro de la situación de la seguridad pública. El gobierno nunca logró fortalecer su capacidad para proteger estas zonas, y su debilidad fue detonante del incremento de la actividad guerrillera.

A finales de 1951 y principios de 1952, los grupos de contrachusma comenzaron a operar ampliamente en el occidente antioqueño; posteriormente, recibieron un aumento en su respaldo y en el suministro de armamento después de julio de 1952. Para esta primera mitad de 1952, la situación en el occidente antioqueño era alarmante, con una oleada de homicidios que azotaba la región.<sup>107</sup> En respuesta al aumento de la violencia, el gobierno de Dionisio Arango Ferrer reforzó los grupos de contrachusma, lo que no hizo más que intensificar el conflicto. Asimismo, la falta de supervisión permitió que se cometieran todo tipo de abusos bajo la justificación del cumplimiento de las órdenes, convirtiéndose la

---

<sup>106</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 228.

<sup>107</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 262.

violencia en un vehículo para la ambición personal, como bien lo ejemplifica Mary Roldán: “[Los terratenientes] compraban ganado y bienes robados, los revendían y usaban a la contrachusma como su propio ejército privado para aterrorizar y eliminar a quienes no estuvieran de acuerdo con ellos o desafiaran u obstaculizaran sus ambiciones económicas”.<sup>108</sup> La intensidad de la violencia aumentó en relación directa con la presencia de fuerzas irregulares, particularmente de la contrachusma,<sup>109</sup> y no acorde a los enfrentamientos entre las fuerzas armadas y los grupos guerrilleros, ni a las actividades de estos últimos. Las autoridades estatales fomentaron y perpetuaron la violencia, incluso mucho después de que la causa original de los disturbios hubiera desaparecido. Antioquia se convirtió en un modelo para otros gobernadores que buscaban replicar su enfoque en la organización y el armamento de grupos paramilitares.

#### **2.4. La Violencia en el suroeste: el particular caso de Urrao**

En contraste, en el suroeste antioqueño, la Violencia parece manifestarse de una manera menos compleja; siendo sus objetivos meramente partidistas, allí no se priorizó los intereses de ciertos terratenientes y comerciantes, sino la protección del pueblo y del Partido Liberal. En esa región, la Violencia no se extendió de manera generalizada, sino que se focalizó en Urrao, Betulia, Salgar, Concordia y Bolívar; Urrao se destacó como un caso particular debido a su posición liminal entre las zonas más pobladas del territorio antioqueño y las áreas menos exploradas del Chocó y el Urabá. Al igual que en otras comunidades fronterizas de América Latina, la economía y las conductas sociales en Urrao frecuentemente dependían de actividades ilegales.<sup>110</sup>

En Urrao, centro liberal y refugio de esclavos fugitivos en el período colonial, Juan de Jesús Franco fundó uno de los grupos guerrilleros más organizados. Tras ser atacado y encarcelado por su participación en una oficina liberal en Medellín, como lo relata en una carta dirigida al Gobernador de Antioquia en 1953, Píoquinto Reginfo:

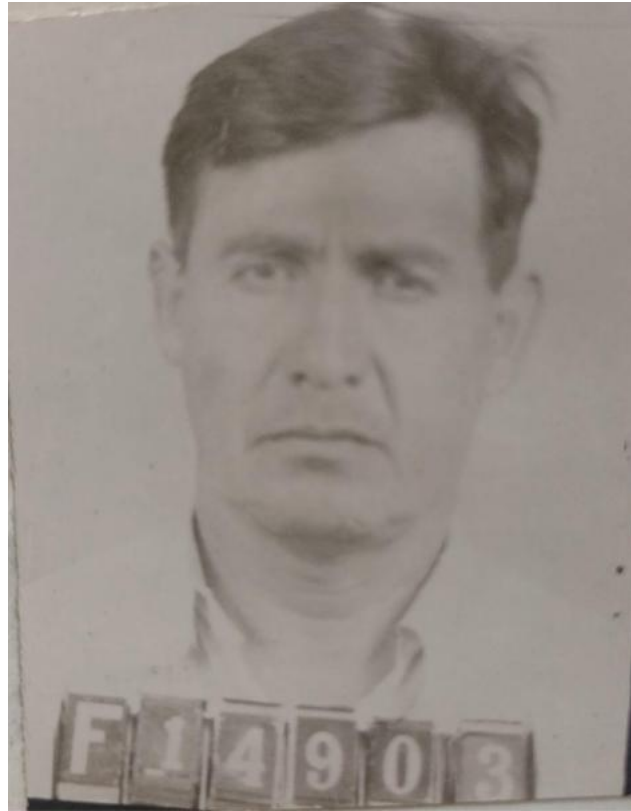
---

<sup>108</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 271.

<sup>109</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 276.

<sup>110</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 287.

Me hallaba un día en la Casa Liberal de Medellín [...] oyendo una conferencia de labios de uno de mis jefes. De improviso penetró al recinto el detectivismo departamental [...] y, sin parar en mientes en nada, la emprendieron contra todos los circunstantes [...], quebraron todo el mobiliario [...]. Entre los heridos me encuentro yo. Fui brutalmente aporreado y tirado contra el pavimento.<sup>111</sup>



**Imagen 1.: Fotografía judicial de Juan de Jesús Franco.<sup>112</sup>**

Franco se trasladó a Urrao con el objetivo de crear un grupo que defendiera su partido y lo restituyera en el poder. Optó por Urrao por su difícil terreno, su proximidad a las selvas del Chocó y la firme lealtad de su población liberal, la cual previamente había experimentado la creación de un grupo guerrillero bajo el liderazgo de Arturo Rodríguez, quien había

---

<sup>111</sup> “Carta al Gobernador de Antioquia Píoquinto Reginfo”, Pabón, Urrao, 1 de julio de 1953, Documentos de Gobierno, n. de caja 030, folio 616r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>112</sup> Fotógrafo desconocido, *Fotografía judicial de Juan de Jesús Franco*, en “Declaración de Jose Nicanor Arboleda Rodriguez”, 3 de abril de 1952, Gobierno Ramos – Correspondencia recibida, detectivismo, tomo 7, folio 406r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

desplegado varios hombres armados con fusiles. Además, Rodríguez estableció en Camparrusia uno de los campamentos guerrilleros más influyentes de Antioquia. En palabras de Franco, en un memorial dirigido al gobernador:

Luchamos con el corazón y con el alma. No nos ha guiado en ningún momento el afán de lucro, ni mucho menos el delito. Nos sedujo la imperiosa necesidad de salvar a millares de campesino inermes. Hemos actuado dentro de la mayor honestidad. Jamás hemos atentado contra personas indefensas. Y puedo asegurar con orgullo y satisfacción, que en toda la región donde hemos estado establecidos, no podrá comprobárenos un solo hecho de violación de mujeres por parte de mis hombres pese a que muchos de ellos entraron a mi tropa heridos por esa misma ofensa en sus mujeres e hijas.<sup>113</sup>

Las guerrillas liberales de Franco han sido descritas como un “orden revolucionario en capullo”, una forma de insurgencia inmadura, limitada en su alcance transformador. A diferencia de las guerrillas de los Llanos, que incorporaban en sus propuestas demandas concretas sobre el desarrollo económico y la redistribución de la tierra, las de Franco carecían de un verdadero proyecto social. Su acción armada, aunque desafiante del poder establecido, no trascendía hacia una visión estructural de cambio.<sup>114</sup>

Los jóvenes liberales perseguidos en diversos pueblos de Antioquia llegaron a Pabón, donde se estableció el cuartel general de la guerrilla de Franco, tras enterarse de la llegada del comandante.<sup>115</sup> Se establecieron en áreas de difícil acceso y lograron extender su influencia por gran parte de la región occidental de Antioquia, no solo debido a esto, sino también gracias al respaldo de la población. Esta estrecha relación entre la guerrilla y la población civil dificultó enormemente a la administración departamental y a sus fuerzas militares la tarea de localizar, infiltrarse o enfrentar a los grupos guerrilleros, permitiendo

---

<sup>113</sup> Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*, 198.

<sup>114</sup> Mesa, “Religión y la Violencia en documentos de los años cincuenta en Colombia. Las cartas del capitán Franco”, 65-89.

<sup>115</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 296.

que los seguidores de Franco se expandieran de manera agresiva y consolidaran su dominio en un amplio territorio.

La violencia en Urrao surgió como reacción a los esfuerzos del gobierno departamental por debilitar la autoridad y legitimidad de los representantes elegidos por el pueblo; solo recurrieron a las armas tras un prolongado período de acoso oficial, que dejó sin opciones para alcanzar acuerdos democráticos. La percepción de que el hostigamiento provenía directamente de las autoridades locales quedó registrada en varios testimonios. Uno de ellos narra que

En este pueblo estalló algún día un taco de dinamita, y despues (sic) se supo que el señor Alcalde había protagonizado ese acto con el fin de matar a los liberales que se hallaran en la calle, so pretexto de ataque [...]. De la intranquilidad que puede existir en Urrao con este señor, hablan estas expresiones oídas al propio señor Alcalde, D. Jesús Correa Viana: “Que el Gobierno no debe tener miramientos con Urrao; que debe destruirlo y borrarlo del mapa; que él se aburre demasiado con esta tierra; que de pronto (sic) hace una buena fiesta con pólvora como la fiesta del taco de dinamita; etc”.<sup>116</sup>

Otro de ellos alega:

(El alcalde) es un ave de paso, sin raigambre con la tierra ni con las gentes donde actúa, sin interés real por mejorar y por solucionar la situación de la entidad a su cargo, ni por oír a las personas de espíritu cívico que pieran (sic) colaborar en su tarea, y sin cuidarse para nada de fomentar las asociaciones cívicas o de beneficencia que tanto necesitan esos municipios si quieren salir avante entre las ruinas y la miseria. [...] Es culpable la Gobernación al seguir valiéndose de Alcaldes que llevan sobre sí un negro historial que todo el mundo conoce; quien actuaba entonces (poco después fue trasladado a otro municipio con mayor sueldo y donde el orden público es todavía mas (sic) inestable) ya era muy

---

<sup>116</sup> Urrao, febrero de 1952, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 2, n. de caja 581, folio 12r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

conocido por sus desafueros en Envigado y en otros puntos desde 1949 [...] . En su desamparo decían esas gentes: - Por qué no se nombra un Alcalde de aquí, que tenga espíritu cívico, que conozca la gente [...] y nada importa que sea conservador? (sic)<sup>117</sup>

Las guerrillas de Franco, las más consolidadas en Antioquia, representaron un orden revolucionario en formación, pero su lógica carecía de un sólido y definido componente social, a diferencia de las guerrillas de los Llanos, cuyas leyes y demandas se centraban en cuestiones como el desarrollo económico y la reforma agraria.<sup>118</sup> El mismo testimonio anterior demuestra esta posición:

En cuanto a las guerrillas rojas [...] No están luchando por su partido, y desprecian a sus copartidarios de los pueblos y de las ciudades por faltos de coraje, por domesticados [...]. No aspiran a tumbar ningún gobierno, ni a crearse uno propio dentro de la región que controlan, sino a acabar con las malas autoridades que dieron por cusarles (sic) toda clase de daño, por humillarlos, por convertirlos en peleles de los partidarios del gobierno, especialmente de sus chusmas. [...] Ciertamente que hay una minoría de bandoleros profesionales, pero éstos son recibidos porque sirven de refuerzos, y serán abandonados a su suerte cuando haya un cambio total dentro de las autoridades, es decir, cuando desaparezca esa policía que los persigue como si fueran fieras, y cuando dejen de actuar las chusmas azules [...] <sup>119</sup>

Por otro lado, describe a los grupos armados conservadores de la siguiente manera:

Esas gentes (la guerrilla azul) carecen de bienes y de rentas, no trabajan, pero siempre están con dinero y gastando sin medida, y para ello hacen periódicamente sus asaltos en el pueblo y en los campos cercanos donde no hay guerrillas

---

<sup>117</sup> “Urroa bajo el terror”, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 54r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>118</sup> Mesa, “Religión y la Violencia en documentos de los años cincuenta en Colombia. Las cartas del capitán Franco”, 65-89.

<sup>119</sup> “Urroa bajo el terror”, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 54r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

enemigas, se traen los frutos, los dineros y los ganados que allí encuentran, venden aquellos y éstos publicamente (sic) a la vista de las autoridades y aún de las mismas víctimas.<sup>120</sup>

Una vez establecidos, lo que desencadenó los ataques guerrilleros fue el amplio empleo de la policía para intimidar y ejercer violencia física durante las elecciones presidenciales de noviembre de 1949.<sup>121</sup> En sus primeras etapas, este grupo se dedicó a acumular armas, tomar control del territorio y neutralizar a los conservadores que podrían unirse a la contrachusma. Durante 1950, los intentos de detener a los guerrilleros eran persistentes pero infructuosos, tanto la policía como la contrachusma solían responder a los ataques guerrilleros atacando indiscriminadamente las áreas predominantemente liberales, sin considerar la presencia de guerrilleros, lo que afectaba principalmente a la población civil. Para 1951, el gobernador optó por emplear aviones para bombardear y ametrallar, fue este momento el que marcó un punto de inflexión donde el conflicto se intensificó notablemente por ambas partes.<sup>122</sup>

Una respuesta adicional fue el refuerzo de la respuesta paramilitar, que, no obstante, también resultó infructuosa. La eliminación de conservadores que podrían haberse unido a las fuerzas de la contrachusma aseguró que nunca pudieran alcanzar la misma influencia, tamaño o impacto que lograron en otras regiones.<sup>123</sup> Asimismo, los excesos perpetrados por la Policía y sus respuestas más vengativas que estratégicas minaron el escaso respaldo de la población al gobierno. De manera paralela, la violencia en Urao estuvo marcada por la sevicia de los bandoleros, cuya brutalidad fue consignada en distintos testimonios de la época, como en el caso del asesinato de los tres hermanos Higuita:

[...] a los cuatro restantes que fueron sacados y llevados al monte donde se les dió (sic) el asesinato mas (sic) villano que pueda conocerse: se les arrancó la lengua, se le sacaron los ojos, se le partieron los miembros del cuerpo en muchas

---

<sup>120</sup> “Urao bajo el terror”, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 54r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>121</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 304.

<sup>122</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 314.

<sup>123</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 318.

Partes (sic) y en fin, fueron dejados los cadáveres en estado de despedazamiento.<sup>124</sup>

El mismo documento describe lo ocurrido en Penderisco, donde

ARTURO PIEDRAHITA.- El 18 del mismo mes últimamente citado (diciembre), en PENDERISCO, fué (sic) atacado por los bandoleros así como su hermano FRANCISCO, quienes fueron muertos en forma tal que les cortaron los testículos y se los echaron en la boca, les despedazaron todo el cuerpo, les sacaron los ojos y en fin, los volvieron en una situación frágamente (sic) terrible y lamentable.<sup>125</sup>

La búsqueda de reconciliación resultó ardua en áreas donde el conflicto partidista se ramificó en direcciones intrincadas, abarcando disputas sobre identidad cultural, racial y étnica. Este desafío también se presentó principalmente en aquellas zonas donde la responsabilidad principal de enfrentar a la guerrilla recaía principalmente en las fuerzas paramilitares.<sup>126</sup> Bajo el seudónimo de Marcelo, un habitante de Urrao expuso las necesidades que, a su juicio, eran indispensables para alcanzar la paz en su pueblo:

a).- El Gobierno debe mostrar su buena voluntad de paz, quitando la policía que tiene una historia muy negra por esas regiones. No basta cambiar el personal de ella que allá ha venido actuando, es necesario retirarla totalmente, dejando el orden público a cargo exclusivo del Ejército (sic), y si hay que nombrar policía para los pequeños menesteres de la población, que sea formada por elementos del pueblo que gocen de excelente reputación. b).- Que los nombramientos de Alcalde y demás funcionarios se haga en personas que tengan una hoja limpia en todo sentido y políticamente muy prudentes y ecuanimes (sic),

---

<sup>124</sup> “Asesinato de los tres hermanos Higueta”, Urrao, 28 de enero de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 20r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>125</sup> “Asesinato de los tres hermanos Higueta”, Urrao, 28 de enero de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 23r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>126</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 320.

ojalá excogidos (sic) entre los mejores elementos de Urrao, ya que la carencia de los Concejos Municipales hace mas (sic) necesaria la ingerencia (sic) de ellos para atender a los muchos problemas de esa entidad. c)-. Que los rebeldes tengan la seguridad de que pueden volver a su trabajo sin ser molestados mientras no les compruebe ser delincuentes, y siempre que esa investigación comprenda también a los miembros de la llamada chusma azul para que se vea que se hace justicia por parejo.<sup>127</sup>

Por otro lado, en este documento evidencia la importancia del párroco en la mediación del conflicto, describiéndolo como:

[...] la persona mas (sic) culta, mas (sic) conocedora de los problemas y de las lacras que pesan sobre esa región, y la que mas (sic) se desvela por atajar el desastre que avanza de prisa y con paso seguro. Es joven y animoso, da la impresión de un campeón que lucha a la desesperada, ideando los medios de curar tanta herida moral y tanta ruina material; está creando asilos para la nube de campesinos pobres que vienen huyendo de los campos [...] . Gracias a su labor, hace tiempos que cesaron los disturbios políticos entre los habitantes del pueblo, y también se debe a él que los miembros de la guerrilla interna vayan de retirada y trabajen cada vez mas (sic) en la sombra. [...] cuando agregamos que la población quiere al soldado pero teme y odia al policía, responde con una sonrisa triste:- me recuerda aquella canción del disco “Por algo será”. El (sic) es quien sale a los campos a prestar sus servicios espirituales y a ejercer la caridad. [...] Si este hombre hubiera estado al frente de aquella Parroquia cuando comenzó la persecución de las llamadas chusmas azules, de seguro que la habría parado en seco, y que hoy no habría allí esa ola de crímenes y de delitos que se desató como río de venganza.<sup>128</sup>

---

<sup>127</sup> “Urrao bajo el terror”, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 54r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>128</sup> “Urrao bajo el terror”, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 54r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

Fue, incluso, quien insistió en reunirse con el capitán Franco para buscar acuerdos de paz, como lo demuestra una carta que él mismo le dirigió:

[...] En una reunión de la Junta Pro-Paz a la cual me tocó asistir expuse la necesidad de entrar a los montes a conversar con su persona y expliqué categóricamente la razón. Así me expresé: “Franco es un hombre de carne y huesos (No es un mito como muchos lo imaginan). -Es un Jefe y un Jefe de hombres armados y no pocos. Por consiguiente hay que oírlo, hay que conversar con él. [...] Yo se lo prometo que si hay un arreglo formal no perecerá ninguno de mis hijos de mi querida región porque yo los quiero a todos en general sin excepción ninguna. Por esto estoy luchando con vigor y fiereza.<sup>129</sup>

A lo que Franco le respondió:

[...] Reverendo: Creo en Ud. todas las gestiones de paz que estahaciendo (sic) par (sic) tal motivo es que mis hombres y el suscrito dan toda clase de apoyo a Ud. Pero creo tambien (sic) que el gobierno y sus hombres le hacen quedar mal en todo lo que Ud. Se proponga hacer en bien del futuro Colombiano. Le agradezco sinceramente lo bien que Ud. habló demi (sic) persona al considerarme como hijo de la iglesia, aunque pecador y por eso es que ni me someto ni someto a a (sic) mis hombres a una celada por parte del Adversario. Referente al recibimiento de la Junta pro-paz le digo que por ahora me parece inutil (sic) debido a que no tenemos las garantías suficientes para el respeto de nuestras vidas y porque todavía no nos hemos puesto de acuerdo (sic) en lo que vamos a solicitar. Pero cuando tengamos la respuesta del Gobierno sobre los puntos que en esta solicitud le hacemos y terminemos los puntos del pliego general tenemos mucho gusto en recibirlos y garantizrles (sic) el dón de vidas y serán tratados como gentiles caballeros y uéspedes (sic) del bieinestar de todala (sic) familia colombiana. Perdóneme estimado reverendo

---

<sup>129</sup> Urrao, 19 de mayo de 1952, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 115r-115v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

si en cualquier parte de este largo mensaje lo ofendo o ofendo a los suyos. Dios con Ud.<sup>130</sup>

Finalmente, el golpe militar que dio fin al gobierno conservador no logró estabilizar las regiones de Antioquia, ya que la constrachusma continuó su actividad mucho después de que, en agosto de 1953, el gobierno exigiera la devolución de las armas distribuidas. A pesar de que los guerrilleros liberales se habían entregado o habían sido asesinados, los actos de violencia como homicidios, robos de ganado y desplazamiento forzado en realidad aumentaron en lugar de disminuir.<sup>131</sup>

La creciente convicción de las autoridades departamentales de que los guerrilleros representaban una amenaza para el orden establecido en los sistemas de propiedad y producción, sumada a su creciente apoyo entre la población local, provocó una intensificación progresiva de los ataques por parte del gobierno. Este respaldo comunitario se reflejaba no solo en la legitimidad política de los insurgentes, sino también en la participación de sectores de la población durante los enfrentamientos:

Los ataques siempre fueron hechos a la policía desde las mismas alturas y en el último de los ataques se advirtió presencia de mujeres y niños, que en unión de los bandoleros proferían gritos y amenazas haciendo consumir al personal de la policía casi la totalidad de munición.<sup>132</sup>

La estrategia que condujo al fin de la resistencia civil y guerrillera en Urrao implicó una mayor coordinación entre las fuerzas gubernamentales, esto se logró mediante el racionamiento de alimentos, el control de artículos básicos, la restricción del transporte y de la venta de ganado y productos agrícolas. Estas medidas provocaron hambre y miseria generalizada, lo que erosionó la base económica de la supervivencia guerrillera y llevó a la

---

<sup>130</sup> Pabón, Urrao, 21 de mayo de 1952, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 116r-116v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>131</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 278.

<sup>132</sup> “Informe batida posiciones bandoleros”, Medellín, 9 de mayo de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 60r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

retirada de los grupos guerrilleros a mediados de 1952. Irónicamente, a medida que disminuía la actividad guerrillera, la acción de la contrachusma se intensificaba en la región. A mediados de agosto, los grupos guerrilleros se retiraron del conflicto abierto, aceptando ciertas condiciones para su rendición.<sup>133</sup>

---

<sup>133</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 229.

### Capítulo III. El cuerpo como trinchera: formas de escenificación letal durante la Violencia

#### 3.1. Esbozo del papel social y político de la guerrilla liberal

Para profundizar en el significado de los símbolos plasmados en los cuerpos de las víctimas, debemos de entender quiénes eran los victimarios, esto nos permite reconocer la cultura de la que ambos son resultado, y la manera en que se puede descifrar su identidad a través de la teatralidad del asesinato. Se trata de campesinos que, en muchos de los casos, se vieron empujados hacia una vida nómada después de la muerte violenta de sus familiares, principalmente a manos de paramilitares (*contrachusma*), y el consiguiente abandono forzoso de sus tierras debido al terror infundado. A pesar de esta transición a una vida trashumante, mantienen ciertos vínculos con la tierra y continúan llevando a cabo sus actividades de jornaleros durante el día, mientras que asumen sus roles de bandoleros durante la noche.<sup>134</sup> La resistencia campesina se expresó en la promoción de reivindicaciones por parte de los trabajadores rurales, enfocadas en la propiedad de la tierra y en la aspiración de ejercer el poder.<sup>135</sup> Son considerados criminales por el Estado, sin embargo, dentro de una parte de la sociedad campesina gozan de prestigios y son percibidos como valientes héroes que defienden una causa justa, por esto, los actores armados que velaban por esta resistencia en Antioquia podrían caer dentro de la definición que nos ofrece Hobsbawm del bandolero social:

[...] lo esencial de los bandoleros sociales es que son campesinos fuera de ley, a los que el señor y el Estado consideran criminales, pero que permanecen dentro de la sociedad campesina y son considerados por su gente como héroes, paladines, vengadores de la justicia, a veces incluso líderes de la liberación, y en cualquier caso como personas a las que hay que admirar, ayudar y apoyar.<sup>136</sup>

---

<sup>134</sup> María Victoria Uribe, "Matar, rematar y contramatar: Las masacres de la Violencia en Tolima 1948-196". En *Revista Controversia*, n. 159 (1990): 27-203, <https://revistacontroversia.com/index.php/controversia/article/view/1143>.

<sup>135</sup> Medófilo Medina, "La resistencia campesina en el sur del Tolima". En *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, ed. por Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (Bogotá: CEREC, 1986), 269-295.

<sup>136</sup> Eric J. Hobsbawm, *Bandidos*. (Barcelona: Editorial Ariel, 1976), 10.

Según Hobsbawm, el bandolerismo social es un fenómeno que se desarrolla principalmente en zonas rurales, especialmente en aquellas sociedades que aún no han alcanzado plenamente el capitalismo agrario o que se encuentran en proceso de transición hacia este modelo. Su aparición y persistencia dependen de diversos factores, como la geografía, que puede dificultar el acceso a ciertas regiones, así como de aspectos sociales, como la existencia de una población joven sin tierra ni empleo estable, además de factores políticos, como la fragilidad del poder estatal o la falta de infraestructura adecuada.<sup>137</sup> Desde la formación de las primeras guerrillas en la Guerra de los Mil Días en Colombia, “fue de los sectores más humildes y llanos de la sociedad, tanto del campo como de la ciudad, de donde se nutrió el grupo de las fuerzas entrenadas”.<sup>138</sup>

La mayoría de quienes portaban armas eran campesinos, generalmente con edades entre los 14 y 35 años, suelen estar lejos de sus lugares de origen, a pesar de ello mantienen viva la esperanza de regresar a sus parcelas, motivados por el anhelo de libertad y justicia; su identidad y mentalidad están marcadas por la influencia de su entorno regional y del grupo social al que pertenecen,<sup>139</sup> pues la comunidad y la familia constituyen la institución de control social más efectiva dentro de la sociedad campesina.

Aquí se habla únicamente de los hombres, sin embargo, la mujer desempeñó también un papel dentro de esta lucha, tuvo múltiples roles aparentemente invisibles pero fundamentales: acompañó a su familia en el desplazamiento forzado, remendó, participó activamente como enlace, espía o informante para los grupos armados, aprovechando que su presencia era subestimada por su condición de género. Su participación estuvo marcada por el heroísmo, pero también por la imposición de destino violentos, muchas fueron obligadas a casarse con quienes asesinaron a sus esposos, convertidas en botines de guerra. Además, la migración abrió la puerta a nuevas formas de explotación, como la prostitución forzada y la trata de blancas. Por otro lado, en el escenario del conflicto, la infancia dejó de ser sinónimo

---

<sup>137</sup> Hobsbawm, “Historiografía del bandolerismo”, 61-75.

<sup>138</sup> Carlos Eduardo Jaramillo, “La Guerra de los Mil Días: aspectos estructurales de la organización guerrillera”. En *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, ed. por Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda (Bogotá: CEREC, 1986), 90-128.

<sup>139</sup> Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*, 143.

de inocencia, muchos niños fueron incorporados activamente a la guerra como guerrilleros, mensajeros, vigías o ejecutores de acciones violentas. Algunos fueron forzados a cometer actos de extrema crueldad sobre los cuerpos de los enemigos. Otros fueron brutalmente asesinados o quedaron marcados por heridas físicas y psicológicas irreparables. La guerra no sólo les robó su niñez, sino también sus familias, dejando tras de sí miles de huérfanos.

Teófilo Rojas, bandolero tolimense, cuando le preguntan qué es lo que más le gusta, responde: “[...] mi rancho, mis matas, el río, mi canoa, pescar y estos “guambíticos” y la mujer que son los que me amarran. Si no, ya me había ido pa’ lejos, bien lejos”,<sup>140</sup> y cuando le preguntan qué lo hizo sufrir más, responde: “Mi mamá y mis hermanitos llorando de hambre en el monte”.<sup>141</sup> La importancia de la familia se refleja también en el caso de Eliseo Velásquez, en los Llanos:

En su actuación inciden, como causa determinante de orden psíquico, un niño y un loco: en octubre de 1949, la policía asesina en Puerto López a un chiquillo de 7 años, hijo de Rafael Polanía y ahijado de Velásquez. La tragedia ocasiona a Polanía irreparable desviación mental. Velásquez jura no perdonar la vida a ningún enemigo político. [...] Al saber la muerte de Gaitán, Velásquez asalta Puerto López y Pachequearo, da muerte a diez policías y se incauta fusiles y pertrechos. El caudillo lo había defendido en los estrados judiciales por el triple homicidio con que había vengado la muerte de su padre.<sup>142</sup>

El campesino, al verse despojado de su núcleo social, en busca de llenar este vacío, se une al grupo armado, el cual es una mimesis de la vida en comunidad, de aquel grupo en el que

adquiere sentido de socialización, sufre el proceso natural de actitudes y hábitos, aprende la filosofía de lo práctico, aplica el sentido común, desarrolla actividades laborales y rudimentario sentido comercial, encuentra amistades, emoción vital,

---

<sup>140</sup> Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*, 182.

<sup>141</sup> Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*, 182.

<sup>142</sup> Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*, 175.

afinidades psíquicas, ayuda mutua, educación básica, interacción de servicios, aspiraciones, novia y esposa, hogar tibio [...].<sup>143</sup>

El bandolero representa una figura que encarna los valores y aspiraciones populares, funcionando como un mediador entre las injusticias sociales y la comunidad rural, su accionar no se percibe como un acto criminal, sino como una forma de resistencia que busca restaurar el equilibrio social y moral. En este sentido, el bandolerismo adquiere un papel político, ya que su existencia y aceptación por parte de la población responden a dinámicas de opresión y desigualdad estructural; lejos de ser un simple acto de delincuencia, se inscribe dentro de un entramado social más amplio.<sup>144</sup> El caso de Juan de Jesús Franco y la guerrilla liberal en Urrao ejemplifica esta situación:

A pesar de no formar parte de la comunidad campesina urraeña, Franco logró establecer fuertes vínculos con las comunidades en las que operaba, las cuales le otorgaron legitimidad. Allí se generó una red de informantes y una base importante de apoyo logístico a las guerrillas, que proporcionaban víveres y dinero para su sometimiento. Además de esta red, se sumaron a la lucha campesinos liberales, quienes habían sufrido todo el peso de la violencia derivada no sólo de los grupos de civiles armados o “aplanchadores” como se les llamaba, sino también de las comisiones de orden público, a cargo de agentes de policía, por medio de los cuales se intentaba “conservatizar”, a “sangre y fuego” las zonas rurales de frontera, como era el caso de Urrao.<sup>145</sup>

Urrao se caracterizó por la participación, explícita o implícita, de la mayoría de la población en el levantamiento, esto debido al profundo arraigo a una identidad compartida y a la convicción de estar luchando por una causa legítima. La comunidad entera, unida por lazos de vecindad, fue construyendo una red de apoyo mutuo que integró a casi todos sus miembros. El relato dominante sostenía que el verdadero agresor había sido el Estado, y que

---

<sup>143</sup> Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*, 150.

<sup>144</sup> Torres, “La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas”, 53-117.

<sup>145</sup> Diana Henao Holguín, “«Ni Robín de los bosques, ni vengador a sangre». Bandolerismo rural en Antioquia, 1953-1965”. En *Escrita con sangre. Historia de la violencia en América Latina: Siglos XIX y XX*, ed. por Igor Goicovic (Santiago de Chile: Ceibo Ediciones, 2013), 149-180.

la rebelión no era un acto de traición, sino una respuesta necesaria a una injusticia prologando; en este contexto, la resistencia armada se vivía no como un acto aislado de violencia, sino como una expresión colectiva de dignidad.<sup>146</sup> Tras cumplir tres años de prisión, Franco emergió como un símbolo vivo del Partido Liberal; su figura fue exaltada en la región Caribe, donde viajó como vocero oficial, y en Urrao se le rindió homenaje con una placa de bronce y la renombrada Avenida Capitán Franco. Los antiguos combatientes que permanecieron en la zona fueron acogidos con respeto, convertidos en referentes locales de resistencia y dignidad.<sup>147</sup>

El bandolero también adquiere un papel cultural. Durante la Violencia, la música se transformó en un vehículo emocional y político que canalizó las tensiones, a través de ritmos populares surgieron coplas cargadas de agresividad, burla y dolor, en las que se mezclaban el odio hacia el otro con confesiones íntimas de sufrimiento. Estas canciones exaltaban a los jefes guerrilleros, difundían mensajes ideológicos y, además, combinaban elementos eróticos con la figura romántica del combatiente. Entre las amenazas y exaltaciones, se filtraban anhelos de paz.<sup>148</sup> Un informe oficial relata que

Son muchos los informes pasados, referentes a los sitios en donde opera la CHUSMA y hasta el presente siguen ellos su marcha de VICTORIA, selebrando (sic) con Guitarras y con un muñeco negro, con rabo y ojos brillantes; el trinfo (sic) de los campesinos conservadores caidos (sic) en sus regiones y en las de DABEIBA.<sup>149</sup>

Germán Guzmán Campos ofrece una descripción menos idealizada de los actores armados en Colombia:

[...] el nuevo tipo de criminal es un desarraigado ante todo. Comienza por cambiar las normas que rigieron su conducta anteriormente por otras adaptadas a las nuevas condiciones de violencia. Así, en primer término, rompe el binomio

---

<sup>146</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 303.

<sup>147</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 325.

<sup>148</sup> Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*, 218.

<sup>149</sup> Frontino, 3 de noviembre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 56, folio 151v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

hombre-tierra que es vital para el campesino. Ni cultiva ni quiere los árboles[...] Pierde, pues, la idea de la choza como algo capaz de arraigarlo o de producirle paz interna, seguridad o permanencia, se vuelve entonces itinerante, vagabundo. Su situación extralegal lo hace inestable [...] En tercer lugar, el criminal se encamina hacia muy precarias atmósferas sociales, completamente distintas al ambiente que rodeaba su hogar [...] y esto lo lleva a ser puramente instintivo [...] con ansiedad sexual y tendencias patológicas [...] Pierde también la concepción del camino como elemento integrante de la vida campesina y se vuelve hacia [...] insospechados y prohibidos senderos [...] Pierde sus posiciones religiosas y tradicionales [...] <sup>150</sup>

Sin embargo, Hobsbawm afirma que, “la experiencia bandolera de la Violencia colombiana puede ser sumamente útil, porque es quizás la manifestación más notable del bandolerismo en este siglo (XX)”, <sup>151</sup> lo cual implica todo un entramado de posiciones políticas y arraigo hacia la comunidad. En este trabajo no se tomará partido al respecto, más bien dejamos abierta la posibilidad de que pudieran convivir ambos tipos de actores armados en los diferentes grupos.

### **3.2. Dimensión cultural y simbólica de la Violencia**

De todas maneras, la importancia del factor cultural en este análisis es fundamental, pues radica en el surgimiento mismo de las guerrillas, las cuales tienen sus raíces en tradiciones familiares y comunitarias. Daniel Pécaut describe los partidos colombianos como *subculturas* que generan “concepciones incompatibles del orden social, fundadas en memorias familiares y locales que hunden sus raíces en las guerras del siglo XIX”, <sup>152</sup> en las que los colombianos quedaron permanentemente asociados a uno de los partidos políticos nacionales, pues la identificación partidista era transmitida a los hijos de manera similar a la inculcación de creencias religiosas. Tanto así que “La lista de guerrilleros encarcelados después de la Violencia en la prisión “La Ladera” en Medellín, y la del registro parroquial de

---

<sup>150</sup> Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*, 218.

<sup>151</sup> Hobsbawm, “La anatomía de “La violencia” en Colombia”, 11-25.

<sup>152</sup> Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*, 32.

los caídos en combate en Urrao están repletos de redes de tíos y sobrinos, padres e hijos, hermanos y primos”,<sup>153</sup> en muchas regiones el reclutamiento y la participación en los enfrentamientos estuvieron profundamente enraizados en antiguas disputas familiares, viejas rencillas, heredadas de generación en generación. La lealtad se tejía alrededor del parentesco, creando alianzas cerradas donde la fidelidad al linaje importaba tanto, o más, que cualquier causa política, así, la guerra adquirió un carácter íntimo y local, donde los vínculos de sangre eran también los de la confrontación.<sup>154</sup>

Ante la falta de una identidad nacional plenamente consolidada, la afiliación política a un partido se convirtió en el principal factor que moldeó la identidad y las creencias de las personas, el sistema político logró fomentar una profunda identificación con los partidos, consolidándolos como elementos centrales en la construcción de sentido de pertenencia individual y colectivo. El hecho de que estas subculturas se basen en memorias familiares crea un fuerte vínculo con el partido, que sirve como punto de referencia para la unión en un país fragmentado.<sup>155</sup>

El ejercicio de la violencia también hace parte del desarrollo de una cultura y de la conformación de los diferentes tipos de subjetividades que hacen parte de una comunidad, adopta sus propias formas dentro de cada sociedad, transformando la manera como se experimente y se interpreta el mundo<sup>156</sup> y siendo, a su vez, transformada por esa forma de ver el mundo. Es un sistema simbólico de interacción entre seres humanos que persiste en la historia y abarca muchos de los elementos de la vida social, por esta razón, “La violencia se convierte en un fenómeno que las ciencias sociales deben interpretar en el ámbito de los referentes simbólicos y de sus componentes imaginarios”.<sup>157</sup> El caso de colombiano expone de manera gráfica el uso de la violencia cultural, entendiéndola como la legitimización por medio del uso del arte, la religión, la ciencia, la ideología, etc., explica Bordieu:

---

<sup>153</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 299.

<sup>154</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 299.

<sup>155</sup> Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*, 590-610.

<sup>156</sup> Ingrid Johanna Bolívar y Alberto Flórez, “La investigación sobre la violencia: categorías, preguntas y tipo de conocimiento”, 32-41.

<sup>157</sup> Elsa Blair, *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2004), p. XVIII.

[...] el efecto de la dominación simbólica no se produce en la lógica para las conciencias concedoras, sino a través de los esquemas de percepción y de acción que constituyen los hábitos y que sustentan, antes que las decisiones de la conciencia y de los controles de la voluntad, una relación de conocimiento profundamente oscura para ella misma.<sup>158</sup>

En el contexto de la Violencia colombiana, los cuerpos adquiriendo una dimensión simbólica bastante compleja: se convirtieron en medios a través de los cuales se canalizaban las ideologías extremas, en instrumentos de un mensaje destructivo que no solo alteraba la integridad física, sino que también erosionaba el tejido social. El cuerpo es el reflejo vivo de las dinámicas sociales y culturales en las que se encuentra inmerso, a través de él se manifiestan las construcciones simbólicas, los valores compartidos y las formas de identidad colectiva de una comunidad, encarna las huellas del entorno social, funcionando como un testigo tangible de la historia, los imaginarios colectivos y las estructuras que configuran la sociedad,<sup>159</sup> “es la bisagra entre naturaleza y cultura”.<sup>160</sup>

Como texto político, no solo comunica lo que se dice, sino también lo que se silencia.<sup>161</sup> El cuerpo muerto es puesto a hablar a través de su descuartizamiento; cada gesto, cada marca, cada herida se inscribe en una red de significados configurados socialmente, transformándose en símbolo de poder, opresión y resistencia; es en la muerte cuando el cuerpo adquiere su mayor carga simbólica. Investigar la teatralidad de los crímenes ocurridos en este período permite explorar la forma en que se expresa el espíritu humano tanto de la víctima como del victimario a través de las formas de asesinato. Este análisis busca comprender esos actos como parte de un todo, entendiendo que el cuerpo, más allá de su materialidad, se convierte en un vehículo de representaciones, símbolos y significados culturales:

---

<sup>158</sup> Pierre Bourdieu, *La dominación masculina*. (Barcelona: Anagrama, 2007), 54.

<sup>159</sup> Blair, *Muertes violentas. La teatralización del exceso*, 44.

<sup>160</sup> Blair, *Muertes violentas. La teatralización del exceso*, 44.

<sup>161</sup> Elsa Blair, “Mucha sangre y poco sentido: la masacre. Por un análisis antropológico de la violencia”, *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia*, n. 35 (2004): 165-184, <https://www.redalyc.org/pdf/557/55703508.pdf>.

[...] el cuerpo es el que da la presencialidad social y existe la necesidad –ante el agotamiento de escenarios simbólicos de expresividad– de hacer del cuerpo y del tratamiento de éste una forma de transmitir mensajes que impacten, que dejen huellas indelebles, de tal forma que, a través del tratamiento del cuerpo, se pueda comunicar y se pueda simbólicamente cuestionar, subvertir o terminar con un orden establecido.<sup>162</sup>

El arraigo cultural hacia los partidos políticos se manifiesta a través de la estructura ritual subyacente a los asesinatos, lo que permite hablar de la presencia de un invariante histórico o de una matriz cultural.<sup>163</sup> A pesar de las variaciones que pueda experimentar a lo largo del tiempo, esta estructura ritual permanece esencialmente inalterada, esto significa que el componente cultural no solo influye en la formación de las guerrillas, sino que también se refleja en la persistencia de patrones rituales en los asesinatos, el comportamiento con el cadáver del enemigo sigue siendo el mismo a pesar de las variaciones sociales, sugiriendo una continuidad histórica y cultural en la violencia. Los grupos armados representan solo una faceta de una problemática histórica de gran alcance y complejidad. Esa invariante se refleja en esta obra de Ricardo Rendón, llamada *Corte de franela* (1916):

---

<sup>162</sup> Blair, *Muertes violentas. La teatralización del exceso*, 50.

<sup>163</sup> Uribe, *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la Violencia en el Tolima 1948-1964*, 192.



**Imagen 2.: Corte de franela.** <sup>164</sup>

La violencia en el país no es un fenómeno aislado, sino una cadena continua donde cada acto brutal se enlaza con el siguiente, las muertes violentas no son episodios esporádicos, sino un problema coyuntural. Se trata de un hilo histórico-cultural, pues los cortes sobre los cuerpos son reiterativos de una tradición de contenidos simbólicos de violencias pasadas, e incluso sobreviven hasta ahora.

A los perpetradores les interesaba que quedara claro quiénes eran los responsables de los asesinatos, ya que estos eran ejecutados por individuos rurales alejados del poder político, y es mediante estas acciones que pueden ejercer una forma extrema de poder.<sup>165</sup> Como lo demuestra el caso de la muerte de Absalón, Carlos David y Nelson relatado por Paulina Echavarría, cocinera de uno de los grupos guerrilleros:

---

<sup>164</sup> Ricardo Rendón, *Corte de franela*, 1916, tinta sobre papel, Banco de la República, Villavicencio, <https://coleccion.banrepcultural.org/document/corte-de-franela-obra-grafica/63a069015d96b8790f25ee76?materiales%5B0%5D=Dibujo,%20Tinta%20sobre%20papel&pos=3&pgn=0>.

<sup>165</sup> Uribe, *Matar, rematar, contramatar. Las masacres de la Violencia en el Tolima 1948-1964*, 169.

Entonces los chusmeros empesaron (sic) ya a hacer comisiones y cuando salieron a comisión mataron a ABSALON GOEZ, que lo mató CARLOS DAVID, lomataron (sic) por el lado de “Las Camelias”, también (sic) mataron un señor de nombre NELSON, y le mocharon la cabeza y despues (sic) lo trajeron y lo recostaron en el corredor de la casa y se burlaban de él. Despues mataron a RAFAEL GRACIANO; que lo mataron en un punto llamado “CONTRA VIENTO” a este señor tambien (sic) lo picaron.<sup>166</sup>

Su dominio no se limitaba únicamente a quitar la vida de sus enemigos, sino que también desorganizaban lo que la naturaleza había ordenado: el cuerpo. Diferenciados por consignas y por cortes, se podía reconocer quiénes eran los autores del crimen. Se encuentran, entonces, consignas como *picar para tamal*, en la cual despedazaban en trozos menudos el cuerpo humano; *bocachiuiar*, con la cual hacían sañas superficiales sobre el cuerpo para que se desangrara lentamente, y que era normalmente encargada a los niños; *no dejar ni la semilla*, que consistía en el asesinato de niños y mujeres embarazadas. En los cortes se encuentra el *corte de franela*, una profunda herida sobre la garganta muy cerca del tronco, realizado especialmente por chulavitas y cuadrilleros liberales en Tolima; el *corte de corbata*, una contrarréplica al anterior, que es una incisión por debajo del maxilar inferior por donde se pasa la lengua quedando izada, realizado principalmente por pájaros conservadores del Valle del Cauca; el *corte de mica*, en el cual decapitan a la víctima dejándole la cabeza entre las manos en la región del pubis, presente en Rioblanco, Tolima; el *corte de florero*, una mutilación donde decapitan a la persona y, después de sacarle los sesos, cortan y meten las extremidades dentro del torso; etc., además de crímenes sexuales como piromanía, genocidios, empalamientos, antropofagia y descuartizamientos.<sup>167</sup>

Desde su ejecución, la muerte era excedida y se convirtió en espectáculo teatral, es por medio de la puesta en escena del asesinato que

---

<sup>166</sup> “Declaración de la señora Paulina Echavarría”, Frontino, 30 de octubre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folio 106v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>167</sup> Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*, 223-237.

[...] la muerte se deja interrogar desde sus dimensiones simbólicas a partir de su ejecución misma, del mismo acto de matar, expresado la mayoría de las veces en la violencia ejercida sobre los cuerpos. Cuerpos que son, a su vez, vehículos de representación y de significación.<sup>168</sup>

La fragmentación corporal se evidencia en el siguiente testimonio:

En el camino comentábamos (sic) la alegría que sentían de haber cumplido la misión bien (sic) cumplida; pues le llevábamos (sic) al Capitán pedazos de orejas para mostrarles que si (sic) habíamos cumplido la comisión. Esos pedazos de oreja los (h)echamos (sic) en una costaleja.<sup>169</sup>

La práctica de cortar y transportar orejas como prueba de obediencia revela cómo el cuerpo del enemigo se transformaba en certificado tangible de eficacia y lealtad. La mutilación no se limita aquí al castigo del adversario, sino que produce un resto corporal destinado a circular como mensaje: la oreja se convierte en trofeo y en documento político. La “costaleja” con fragmentos humanos funciona como un inventario de muertes que, al mismo tiempo legitima a los perpetradores frente a su superior y reafirma la cohesión del grupo. Así, el cuerpo se descompone en piezas intercambiables, y cada pedazo cumple la función de signo.

“Una puesta en escena [...] es un hecho de cultura”,<sup>170</sup> en la Violencia colombiana, la muerte no se limita a su manifestación física, cuando se ve acompañada de mutilaciones su significado va más allá de lo material, se convierte en un instrumento de transmisión, adquiriendo una dimensión mucho más profunda. Varios de los cortes mencionados anteriormente son realizados a partir de técnicas de carnicería, es decir, están muy relacionados con la práctica culinaria cotidiana, esto con el fin de desplazar a la víctima por fuera del ámbito humano y por dentro del ámbito animal.<sup>171</sup> Esta relación se evidencia en el

---

<sup>168</sup> Blair, *Muertes violentas: la teatralización del exceso*, XXI.

<sup>169</sup> “Declaración indagatoria de Carlos Alberto Martínez”, Frontino, 4 de octubre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folio 62v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>170</sup> Regis Debray, *Introducción a la mediología*. (Barcelona: Paidós, 2001), 43.

<sup>171</sup> Uribe, *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la Violencia en el Tolima 1948-1964*, 169.

testimonio de Paulina Echavarría, cocinera de uno de los grupos guerrilleros, donde declara que:

[...] preguntaron que quien habia (sic) matado a Toño Montoya y entonces dijo el cabo Jimenes, hombre para que lo buscan si yo fui el que maté ese hijueputa; y entonces ellos voltiaron (sic) por la cosina (sic) de a tras y le apuntó a MISAEL RIVERA, con una escopeta y le pego (sic) un tiro en las espaldas y entonces le mocharon los brazos, los dedos y despues (sic) lo picaron no quedo sirbiendo (sic) ni para chorizos.<sup>172</sup>

La tortura previa al asesinato se empleaba con el objetivo de degradar a la víctima deshumanizándola y estableciendo una distancia significativa entre ella y el victimario, de alguna manera, lo mismo que hacían los hermanos Vicario en *Crónica de una muerte anunciada* cuando iban a matar a un cerdo:

Yo habría de preguntar una vez a los carniceros si el oficio de matarife no revelaba un alma predispuesta para matar a un ser humano. Protestaron: cuando uno sacrifica una res no se atreve a mirarle a los ojos. Uno de ellos me dijo que no podía comer la carne del animal que degollaba. Otro me dijo que no era capaz de sacrificar una vaca que hubiera conocido antes, y menos si había tomado su leche. Les recordé que los hermanos Vicario sacrificaban los mismos cerdos que criaban y les eran tan familiares que los distinguían por sus nombres. Es cierto, me replicó uno, pero fíjese bien que no les ponían nombres de gente sino de flores.<sup>173</sup>

Una transmutación semántica, en el caso de los Vicario, y un teriomorfismo por parte de los victimarios colombianos, facilita la destrucción de la vida y el cuerpo de estos seres. También se presenta una animalización del victimario cuando estos se reconocen a sí mismos con identidad de animales cazadores. El hecho de que la clasificación de las partes del cuerpo

---

<sup>172</sup> “Declaración de la señora Paulina Echavarría”, Frontino, 30 de octubre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folio 107r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>173</sup> Gabriel García Márquez, *Crónica de una muerte anunciada*. (Bogotá: Oveja Negra, 1981), 29.

humano sea representada por partes del cuerpo animal, como, por ejemplo, la rodilla por la *cochosuela*, el cuello por el *guargüero*, el abdomen por el *buche*, etc., de que los cortes reciban nombres inspirados en la práctica cotidiana de la vida del campesino, como en varios casos sus vestimentas o la idea que tenían de algunas de ellas (franela, corbata), que tengan tan estrecha relación con la gastronomía y carnicería natal, que sean realizados con herramientas de uso diario o cultural (como en el caso de la cuerda del tiple), inserta a los cuerpos dentro del *ethos* campesino y lo pone en crisis. *Ethos* que no pretender ser eliminado, sino reconfigurado, pues en una primera estancia es fracturado, para después restaurarlo, con el interés de instrucción por medio de la imagen emblemática que está destinada a hacerse pública.<sup>174</sup> A esto V. Nahoum Grappe le llama *crueldad de proximidad*:

La proximidad entre enemigos pertenecientes al mismo tejido social o nacional permite saber sobre el otro, sus costumbres, sus espacios de lo sagrado, sus preferencias, y ello ayuda a escoger el mejor suplicio, el más preciso en cuanto a su objetivo. La proximidad afectiva supone un conocimiento aún más profundo de ese otro, de sus fallas, de sus puntos sensibles.<sup>175</sup>

Los cadáveres desmembrados se desorganizaban de manera intencional, afectando dos planos de oposición: arriba-abajo y adentro-afuera.<sup>176</sup> Estas formas de asesinato representan una distribución de lo sensible que se impone: quién y qué se puede hablar, hacer o escuchar; se les quita la vida a ciertas personas de una manera performática y teatral, afectando los sentidos y extremidades por las que, se supone, están siendo asesinados. Esto se convierte en una imagen emblemática para el resto de la población, por la cual, se afecta la configuración de la esfera pública al restringirla de su autonomía de pensamiento y acción política y cotidiana.<sup>177</sup> En esta lógica se inscribe el caso narrado por un guerrillero según el cual, tras la muerte de un combatiente chusmero en enfrentamiento con conservadores, los

---

<sup>174</sup> Juan Carlos Guerrero, "Los cuerpos en dolor (I): emblemática del régimen ético de la violencia", *Revista de Estudios Sociales*, n. 35 (2010): 123-137,

[http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci\\_arttext&pid=S0123-885X2010000100011](http://www.scielo.org.co/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0123-885X2010000100011).

<sup>175</sup> Veronique Nahoum-Grappe, "L'usage politique de la cruauté: L'épuration ethnique (ex Yougoslavie, 1991-1995)". En *De la violence*. (París: Edition Odile Jacob, 1996): 263-323.

<sup>176</sup> Uribe, *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la Violencia en el Tolima 1948-1964*, 187.

<sup>177</sup> Guerrero, "Los cuerpos en dolor (I): emblemática del régimen ético de la violencia", 123-137.

compañeros “se le aventaron y lo mataron y le mocharon la cabeza, y lo sentaron en una estaca”.<sup>178</sup> La decapitación priva a la víctima de su rasgo más distintivo -el rostro-, mientras que la estaca se convierte en pedestal de exhibición. En tanto soporte, la estaca cumple la función de imponer la muerte como espectáculo que todos deben ver; además, actúa como escenario ritual comparable a los lugares desde los que se transmiten mensajes colectivos.

Del *corte de florero* no se tienen expedientes ni documentación fotográfica, únicamente se puede rastrear a través de fuentes orales, lo que significa que hay probabilidad de que sea producto de la imaginación popular que da testimonio de la experiencia de terror impresa en la memoria,<sup>179</sup> esto evidencia el resultado emblemático del corte, pues está inscrito dentro de un ámbito moral normativo, no solo social, sino también religioso.

Un caso ilustrativo que permite observar esta dimensión performática y simbólica de la violencia es el asesinato de Francisco Cárdenas en el paraje Don Gonzalo, municipio de Remedios, cuando se dirigía a la mina de San Pacho, descrito en un informe de comisión oficial: “...identificado por los bandoleros como adicto al Gobierno actual, procedieron a desollarle las piernas y los brazos, hechándole (sic) sal y yodo en la carne viva, y luego obligandolo a la víctima a caminar diez minutos, hasta el sitio donde fué (sic) rematado a machetazos”.<sup>180</sup> La secuencia evidencia una tortura meticulosamente escalonada, donde el sufrimiento se convierte en una puesta en escena destinada a prolongar la agonía y visibilizar la dominación. El desollamiento, la aplicación de sal y la imposición de un desplazamiento no responden únicamente a la lógica de causar la muerte, sino a la construcción de un espectáculo pública: una procesión lenta y humillante que proyecta un mensaje ejemplarizante hacia testigos directos e indirectos y que, en el contexto antioqueño, se

---

<sup>178</sup> “Declaración indagatoria del sindicato Jesús María Holguín”, Frontino, 6 de noviembre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folio 181v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>179</sup> Juan Carlos Guerrero, “Corte de florero, simulacro y jardines paradisíacos de la violencia. Una reflexión estética sobre la violencia en Colombia”. En *Pensar el arte hoy: el cuerpo*, ed. Andrés Londoño Londoño. (Bogotá: UTadeo, 2015).

<sup>180</sup> “Informe sobre una comisión de orden público llevada a efecto en el municipio de Remedios”, Gobierno Ramos – Correspondencia recibida, detectivismo, tomo 7, folio 562r de 1951, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

inscribe en discursos de honor y lealtad y exclusión de lo considerado “extraño” o “subversivo”.

El acto de desollar piernas y brazos no solo es un recurso de tortura extrema, sino una operación simbólica que transforma al individuo en un objeto expuesto. Al eliminar la piel – la capa que marca los límites entre el interior y el exterior del cuerpo humano-, los victimarios anulan una de las barreras de la identidad corporal, reduciéndolo a carne cruda. Este procedimiento, que recuerda tanto a las prácticas de carnicería como al comercio con pieles, sitúa a la víctima en un registro semántico no humano: ya no es un enemigo político o un adversario, sino materia prima, “carne” manipulable. El hecho de obligarlo a caminar diez minutos en ese estado añade una dimensión performativa: la víctima se convierte en un espectáculo de su propia desintegración, un objeto que porta la evidencia de su derrota y la autoridad del victimario.

El uso de sal y yodo, sustancias asociadas al cuidado y a la curación, adquiere aquí un sentido invertido, como si el cuerpo se preparara para un proceso posterior de exhibición o consumo simbólico. Siguiendo a Elsa Blair y María Victoria Uribe, el cuerpo deja de ser receptor pasivo para transformarse en lienzo donde se inscribe la derrota y la advertencia de que la lealtad al adversario se paga con un castigo ejemplarizante.<sup>181</sup> El escenario –hacia la mina de San Pacho- añade un matiz territorial: la ejecución no solo elimina físicamente al enemigo, sino que reafirma el control sobre un recurso estratégico y sobre las lealtades locales. En este sentido, la violencia opera como ritual político que conjuga dolor físico, performatividad sensorial y control social, fijando la advertencia tanto en la piel de la víctima como en la memoria colectiva. La elección de la sal como instrumento de tortura adquiere, además, un valor simbólico particular si se considera que, en la época, los grupos guerrilleros sobrevivían robando sal de los potreros de las fincas campesinas para el consumo propio y la conservación de alimentos.<sup>182</sup> De esta manera, su uso en la violencia no es solo un gesto de inversión de sentido –de nutriente a castigo-, sino también una reafirmación del control sobre

---

<sup>181</sup> María Victoria Uribe, *Matar, rematar y contramatar: Las masacres de La Violencia en el Tolima, 1948–1964* (Bogotá: CINEP, 1990); Elsa Blair, *Muertes violentas: teatralización del exceso* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2005).

<sup>182</sup> Roldán, *A sangre y fuego*, 320.

un bien cotidiano cuyo acceso estaba mediado por relaciones de poder y conflicto. Así, este acto no solo inflige dolor físico, sino que reitera el dominio del actor armado sobre el desarraigo material que sufrían las comunidades campesinas, sobre la vida, el cuerpo, los recursos y el territorio.

La ejecución final a *machetazos* no es un simple detalle instrumental, sino un elemento cargado de significados dentro del contexto campesino antioqueño. En la Antioquia campesina del siglo XX, el machete era un símbolo vital: extensión del cuerpo del hombre del campo, empleado para cultivar, abrir trochas, cortar leña y sustentar la vida diaria. Era portado al cinto y formaba parte del atuendo común del arriero, constituyéndose en signo de autosuficiencia, trabajo honesto y autonomía. Además, representaba una identidad colectiva: “la historia de Antioquia ha sido escrita al filo de un machete”;<sup>183</sup> era una herramienta sin la cual el desarrollo regional y la cotidianidad rural serían imposibles. Volverlo instrumento de muerte es invertir su significado simbólico: convertirlo de emblema de labor y oficio en arma de dominación y violencia. Esta inversión opera en dos niveles: material, porque utiliza el machete para matar; simbólico, porque subvierte un signo central de la cultura campesina, volviéndolo vehículo de terror. Este ejemplo evidencia cómo la agresión física opera como puesta en escena destinada a reafirmar un orden. El victimario no solo castiga a un adversario identificado como “adicto al Gobierno actual”, sino que escenifica su sometimiento en un lenguaje que la comunidad puede leer y comprender. La animalización del enemigo y su exhibición en movimiento funciona como advertencia y como recordatorio: quien se identifique con el poder opuesto será convertido en objeto, en materia, en algo que se puede exhibir y eliminar.

El desollamiento y la decapitación aparecen reiteradamente como práctica de tortura, tal como lo relata un conservador de Abejorral en 1951:

El 23 de diciembre en Chigorodó [...] una humilde familia abejorraleña, plena de espíritu de trabajo, de iniciativa y de virtud vió (sic) en la noche de la fecha citada un alud de enmascarados vistiendo raídos uniforme policiales, portando

---

<sup>183</sup> Laura Arango Zapata y Daniel González Díez, “Prácticas y significados asociados al machete en el suroeste de Antioquia”. <http://hdl.handle.net/20.500.11912/1419>

pañuelos en sus rostros, ahitos (sic) de aguardiente y poseídos de las mas (sic) salvajes pasiones.- Su casa fué (sic) saqueada por los bandoleros, todo fué (sic) robado, y al descubrir que alguna de las víctimas tenía en sus bolsillo cédula y carnet que los acreditaba como miembros activos del conservatismo, prorrumpieron en vivas a su partido –el liberal, naturalmente-, y diatribas contra sus adversarios políticos. A continuación salieron con los indefensos labriegos, en medio de la chusma enfurecida, a la carretera, para conducirlos al más cruel de los suplicios.

A unos mil metros de su casa de habitación, fueron desollados unos, dos decapitados, uno perdió los ojos de violento machetazo; y todos sufrieron las penas y dolores más atroces.- El padre contempló horrorizado la saña puesta en boga por los setenta miserables contra sus ya impotentes hijos, y, a continuación, fué (sic) el último decapitado inmisericordemente.<sup>184</sup>

Otro episodio particularmente ilustrativo es el ataque de un camión de pasajeros que se dirigía de Betulia a Urrao en noviembre de 1951:

[...] hubo en ése ataque diez y siete muertos, quince de ellos (sic) conocidos como conservadores; una vez fueron asesinados se procedió (sic) a cortarles la cabeza y dejar los troncos regados por el suelo y en el momento, de donde eran recogido por los policías, a lagunos (sic) de ellos les cortaron también los brazos, las piernas y así sucesivamente; a varios de los muertos se les cortaron el penen (sic) y se los ponían en la boca con la siguiente leyenda: “ASI MUEREN LOS CONSERVADORES[...]”.<sup>185</sup>

Aquí la teatralidad adquiere forma textual: el cuerpo mutilado se convierte en soporte de un mensaje escrito, un cartel orgánico que sintetiza la identidad del enemigo y su destino.

---

<sup>184</sup> “Manifiesto”, Abejorral, 8 de enero de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 1, n. de caja 558, folio 15r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>185</sup> “Declaración de Jose Nicanor Arboleda Rodriguez”, 3 de abril de 1952, Gobierno Ramos – Correspondencia recibida, detectivismo, tomo 7, folio 404v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

Como señala Louis Marin, la representación no es simple ilustración, sino producción de poder a través de signos; en este caso, el signo es el cuerpo mismo, convertido en texto político.<sup>186</sup> Nuevamente la violencia no se limita a la eliminación física de los opositores políticos identificados como conservadores, sino que se transforma en un acto performativo y ritual, destino a comunicar un mensaje a la comunidad. La decapitación de quince de los diecisiete muertos rompe la integridad corporal y priva a sus víctimas de su rasgo más distintivo: el rostro, representación de identidad e individualidad. En el contexto campesino antioqueño de mediados del siglo XX, donde la cercanía comunitaria y el reconocimiento mutuo eran parte de la vida cotidiana, decapitar a alguien es negarle el derecho a ser identificado y recordado, borrando así su presencia social y simbólica.<sup>187</sup>

La dispersión de los troncos por el suelo, dejados a la vista antes de que fueran recogidos por las autoridades, convierte el campo de batalla en un escenario de exhibición. No se trata solo de matar, sino de mostrar el resultado de la matanza como advertencia pública. El espacio mismo –la vereda, el camino, la plaza- se transforma en un lugar de memoria del terror.<sup>188</sup> La mutilación de brazos y piernas amplifica la deshumanización. Estas extremidades, esenciales para el trabajo rural, simbolizan la capacidad de acción y de sustento; en el contexto campesino antioqueño, las manos y piernas son herramientas para la agricultura, la arriería y las labores diarias, cortarlas es un mensaje: se anula toda posibilidad futura de trabajo, defensa o movimiento, incluso después de la muerte.

La mutilación genital y el poner el pene en la boca de las víctimas es quizá el elemento más cargado de simbolismo. En sociedades rurales profundamente marcadas por el patriarcado, la virilidad estaba estrechamente vinculada con el honor, el prestigio masculino, su capacidad de procreación y, por ende, de su continuidad simbólica. La amputación de los genitales destruye ese símbolo central de la identidad masculina campesina, y colocarlos en la boca invierte su significado: de signo de potencia, pasa a ser emblema de sometimiento y humillación, borrando su legitimidad social. La acción refuerza un mensaje político a través

---

<sup>186</sup> Marin, “Poder, representación, imagen”, 135-153.

<sup>187</sup> María Teresa Uribe Hincapié. *Nación, ciudadano y soberano*. (Medellín: Universidad de Antioquia, 2001).

<sup>188</sup> Ana María Jaramillo. “Violencia y ritual en la cultura política colombiana”. *Análisis Político*, n. 68 (2010): 3-27.

de la inscripción verbal: “ASÍ MUEREN LOS CONSERVADORES”, la frase no solo identifica a las víctimas como parte de un grupo político, sino que funciona como sentencia ejemplarizante, dejando claro que la violencia es selectiva, dirigida y legitimada por la pertenencia ideológica.

Este conjunto de actos constituye un ritual de inversión simbólica: los elementos que en la vida campesina eran fuente de identidad, dignidad y sustento (rostro, manos, piernas, genitales) son transformados en signo de derrota, impotencia y despojo. Al igual que en el ejemplo anterior, el cuerpo se convierte en texto y la violencia en lenguaje: cada mutilación es una palabra, cada exhibición una frase, componiendo un mensaje que trasciende el acto inmediato y se inscribe en la memoria colectiva como advertencia y recordatorio de la supremacía de los perpetradores.

Este brutal episodio no solo despoja físicamente a las víctimas de su integridad, sino que también les arrebató la posibilidad de un ritual funerario necesario para la comunidad. En el contexto rural antioqueño, los ritos de duelo –velorios, entierros, oraciones y acompañamientos colectivos- cumplen funciones fundamentales para procesar la pérdida, restablecer el orden social y sanar las heridas comunitarias. Al decapitar, mutilar y dispersar los restos, la violencia interrumpe este proceso, negando a las familias y comunidades el derecho a despedir a sus muertos con los rituales prescritos. Esta negación es, en sí misma, una forma de violencia simbólica que profundiza el desarraigo social y la ruptura del tejido comunitario. La ausencia de un funeral digno convierte la muerte en un acto incompleto, suspendido en un limbo que impide el cierre y perpetúa la inseguridad y el miedo.<sup>189</sup> La violencia ritualizada, entonces, se convierte en una estrategia para dominar no solo cuerpos individuales, sino también memorias y emociones colectivas, impidiendo que el duelo comunitario pueda restablecer la normalidad social, configurando una nueva “normalidad” en la vida rural antioqueña, donde el terror se instala en el tejido mismo de las relaciones sociales.

---

<sup>189</sup> Blair, *Muertes violentas. La teatralización del exceso*, 35.

Otro ejemplo revelador lo constituye el episodio protagonizado por un combatiente conocido como “El Tuzo”:

[...] cogimos los seis clientes y los aplanchamos y nos dieron la orden de que fueran colgado (sic) de las jiqueras (sic), entonces yo cogí a uno de apellido MORALES y le amarré una cuerda de tiple en el bolillo cogiendole (sic) también las guevas, la otra punta de la cuerda iba amarrada al cuello, entonces despues (sic) de que le amarré la cuerda en la forma ya dicha, empecé a darle dilo al MORALES tratar de levantar la cabeza se iba arrancando el mercado, es decir, se capó. Despues (sic) de que acabé de aplancharlo y que se capó, se lo entregué a los demás compañeros para que acabaran de martirizarlo, entonces empezaron a darle a punta de peinilla hasta que lo acabaron de matar.<sup>190</sup>

La disposición de la cuerda que conecta la cabeza y los genitales –dos centros fundamentales de identidad y poder masculino- se convierte en un dispositivo simbólico y físico de dominación y anulación. Este acto, más que una simple técnica para causar la muerte funciona como un mecanismo de humillación extrema y pedagógica, donde cualquier intento de resistencia activa una doble autolesión que evidencia la impotencia del adversario. Enlazar la palabra y la razón (representadas en la cabeza) con la virilidad y la capacidad reproductiva (simbolizadas en los genitales) implica que la dignidad y la identidad masculinas quedan anuladas desde lo más íntimo del cuerpo.

Este dispositivo escenifica la destrucción no solo física sino también simbólica de la persona, haciendo eficaz la intención de borrar la identidad social del enemigo más allá de su desaparición física. Este gesto de violencia se inscribe en un marco más amplio de narrativas de desarraigo y animalización, donde el “otro” es convertido en una figura teriomórfica para justificar su eliminación. Las prácticas de carnicería -como cortes capados y el trato brutal de la carne- responden a una lógica simbólica que niega la humanidad del adversario, facilitando su destrucción y exhibición pública como advertencia.

---

<sup>190</sup> “Declaración de Jose Nicanor Arboleda Rodriguez”, 3 de abril de 1952, Gobierno Ramos – Correspondencia recibida, Detectivismo, tomo 7, folio 408v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

En el contexto cultural y socioeconómico de Antioquia, estas estrategias reflejan las profundas tensiones entre identidades masculinas vinculadas al honor, la descendencia y el control social, y las dinámicas de poder territorial y económico que atravesaban las comunidades rurales. El hecho de que la cuerda provenga de un tiple –instrumento emblemático de la tradición musical antioqueña- añade aún más significado cultural. El tiple, asociado a la sociabilidad festiva, la identidad regional y el orgullo local, se transforma aquí en herramienta de tortura, trastocando su función habitual de armonizar y reunir para convertirse en un vínculo material de sometimiento. Esta inversión simbólica muestra cómo elementos del repertorio cultural podrían hibridarse con la violencia, reconfigurando objetos cotidianos en armas de intimidación; la apropiación del tiple para infligir dolor refleja una intromisión de lo bélico en lo festivo. Así, lo que normalmente unía y celebraba la vida se torna soporte de una práctica de la muerte, reforzando narrativas de animalización: la víctima, tratada como carne de carnicería, queda reducida a un trofeo, y el acto violento adquiere resonancia cultural precisamente por el contraste entre el símbolo musical y el uso que se le da.

Este uso del tiple dialoga con otros episodios que se han analizado a lo largo de este trabajo: las coplas improvisadas para burlarse del enemigo caído, las canciones entonadas en el velorio como forma de reafirmar la victoria, o las parodias que ridiculizaban al adversario. Todos estos elementos musicales funcionaban como dispositivos del poder, capaces de transformar el acto violento en un evento con guion cultural y audiencia. En este sentido, incluso el dato aparentemente periférico de que ciertos grupos guerrilleros sobrevivían robando sal de los potreros de los campesinos cobra significado. La sal, necesaria para preservar la carne, se vincula con la idea de la víctima como “carne” que se expone, conserva y muestra. De este modo, los objetos cotidianos –el tiple, la sal, las cuerdas, el machete- dejan de ser neutrales: se insertan en un lenguaje ritual que, en el contexto de Antioquia, convirtió la violencia en un acto político cargado de símbolos y mensajes.

La reiteración de estas prácticas -cortes rituales, mutilaciones, procesiones macabras o la exhibición de restos- contribuyó a que la violencia dejara de ser percibida como una ruptura excepcional del orden social para integrarse en la vida cotidiana de las comunidades

rurales. Los testimonios lo evidencian: “[...] cuando salíamos con «El Mocho», éste decía «Vamos a matar a ese Neno Godo hijueputa y nos vamos a comer un almuerzo bueno»”;<sup>191</sup> la muerte del adversario se inscribía en la rutina diaria, incluso en la acción de alimentarse, trivializando el asesinato como preludeo de lo ordinario. De igual manera, el relato de una mujer que dice: “La hermana mia (sic) de nombre Olga me ha contado que los cadáveres son muchos, que se encuentran por ahí y otros que tiran al río matados por esa gente”,<sup>192</sup> muestra cómo la presencia constante de cuerpos destrozados dejó de generar asombro y se convirtió en parte del paisaje habitual. En la medida en que estas escenas se repitieron y se inscribieron en la memoria colectiva, la crueldad adquirió una gramática reconocible, un repertorio de gestos y símbolos inteligibles para víctimas, victimarios y testigos. La violencia se normalizó porque ya no aparecía como un exceso aislado, sino como una práctica ritualizada, esperada e incluso leída en clave de identidad política. Así, lo atroz se integró en la experiencia campesina como parte de la normalidad cotidiana, fijando un horizonte donde el terror y el espectáculo de la muerte eran comprendidos como prácticas recurrentes de la vida social.

### **3.3. Intersecciones entre lo sagrado y la violencia**

Esta omnipotencia sobre el cuerpo generaba un respeto entre los campesinos, quienes consideraban a los bandoleros seres venerados y dotados de atributos sobrenaturales. La figura política de los “paisanos alzados en armas”, denominación posterior de estos combatientes, ganaba relevancia y su imagen era exaltada por el mito regional, que los integraba en el ámbito de las representaciones religiosas de la cultura antioqueña.<sup>193</sup> La violencia adquiriría una dimensión sagrada, impregnando la atmósfera con fenómenos

---

<sup>191</sup> “Declaración indagatoria de Carlos Alberto Martínez”, Frontino, 4 de octubre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folio 63r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>192</sup> “Declaración de Elisa Guisao de Gonzalez”, Frontino, 30 de octubre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folio 158r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>193</sup> Mesa, “Religión y la Violencia en documentos de los años cincuenta en Colombia. Las cartas del capitán Franco”, 65-89.

mesiánicos, apariciones de la virgen y diversos milagros,<sup>194</sup> el caso del ya mencionado Arturo Rodríguez ejemplifica muy bien esta característica de la violencia:

En su papel de espía se ocultaba detrás de un grueso manojito de ramas que iba llevando por delante; otras veces hacía lo mismo con un tronco o una raíz, y varias veces se ponía sobre manos y rodillas detrás de un cerdo o un perro, para desaparecer repentinamente, a veces al hacer estallar una simple chapola o papeleta, haciendo saltar el animal mientras él se perdía. Este sencillo truco hacía creer a las gentes y aun a la policía, que Arturo se transformaba en esos objetos. En toda la región llegó a tenersele por brujo o algo parecido, pues su modo de desaparecer al ser perseguido por el enemigo se hizo proverbial.<sup>195</sup>

La dimensión de lo sagrado fue utilizada para afectar los cuerpos y los cuerpos fueron utilizados para afectar lo sagrado. Louis-Vincent Thomas describe la importancia sagrada del cadáver para la cultura de diferentes comunidades, haciendo énfasis en sociedades tradicionales africanas:

El cadáver produce miedo pues los síntomas que anuncian la destrucción de la carne reenvían a una imagen insostenible de destrucción de la persona y de desagregación del grupo. Para persistir dentro del ser después de este reencuentro con la pérdida y la nada, el imaginario se dedica a construir una simbólica más confortable a fin de paliar las faltas reintegrando la muerte en la vida. El cuerpo muerto lejos de ser una nada, en tanto que objeto socio-cultural, deviene el soporte positivo de un culto que sirve a los vivientes. Por la vía de los ritos y de las creencias, las prácticas funerarias tienden, en efecto, a conjurar y a repasar el desorden que la intrusión de la muerte ha provocado. Ellas constituyen, de alguna manera, una tentativa desesperada de paliar la muerte, de sobrepasarla, en suma, de negarla.<sup>196</sup>

---

<sup>194</sup> Uribe, *Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la Violencia en el Tolima 1948-1964*, 191.

<sup>195</sup> Blandón Berrío, *Lo que el cielo no perdona*, 94.

<sup>196</sup> Louis-Vincent Thomas, *Rites de mort pour la paix des vivants*. (París: Fayard, 1985), 117.

El carácter ritual de algunas de estas acciones se evidencia en otro testimonio: “Cuando matabamos (sic) policías, conservadores y soldados [...] hacíamos (sic) baile y poníamos (sic) las cabezas de los muertos de adorno para bailar a su salud. [...] La vez que más cabezas se llevaron fueron veintiocho”.<sup>197</sup> Este testimonio evidencia el carácter ritual y simbólico de ciertas prácticas violentas en Antioquia. La acción de “bailar con las cabezas” reafirma la muerte no solo como un fin sino como celebración y expresión de poder grupal. Edgar Barrero denomina estas manifestaciones como “estéticas de lo atroz”, idea que se desarrollará más adelante, donde el horror no anula la experiencia estética sino que la resignifica en clave de dominio.<sup>198</sup> En este contexto, las cabezas decapitadas, símbolos máximos de la identidad y la humanidad, se convierten en trofeos que adornan el baile, ritualizando la victoria y reafirmando la supremacía del grupo armado.

Este acto ritual cumple una triple función simbólica fundamental. Primero, fortalece la cohesión interna del grupo, funcionando como ritual de victoria que confirma la identidad y la fuerza colectiva. Segundo, constituye una marca territorial clara: la exhibición pública de las cabezas comunica a la población local quién ejerce el poder y cuál es la sanción ejemplar frente a la “traición” o la oposición. Tercero, se trata de una inversión carnavalesca; la danza se instrumentaliza para convertir la muerte en espectáculo lúdico, anulando la mediación del duelo y transformando un acto que sería tabú o profanación en legitimador del grupo armado.

En el contexto socio-cultural de Antioquia, donde la religiosidad católica era central en la vida comunitaria, esta pantomima de festejar con restos humanos representa una ruptura profunda del pacto simbólico entre el cuerpo y lo sagrado. Este vínculo importa, ya que lo sagrado estaba profundamente entrelazado con todos los aspectos sociales, incluida la violencia. La imagen explícita del cuerpo muerto y manipulado dificultaba el proceso del culto a la muerte; en este sentido, la figura del sacerdote tuvo un papel esencial en cada comunidad, incluyendo en las acciones violentas por parte de los grupos armados, pues, así

---

<sup>197</sup> “Declaración de Jose Nicanor Arboleda Rodriguez”, 3 de abril de 1952, Gobierno Ramos – Correspondencia recibida, detectivismo, tomo 7, folio 407r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>198</sup> Barrero, Edgar. 2018. “Estéticas de lo atroz y violencia política.” *Revista Colombiana de Antropología* n. 54: 45–68.

como replicaban la estructura de la vida social, esto también se extendía en el ámbito religioso.

Los conservadores argumentaron que era esencial proteger la religión y la nación de la amenaza de la revolución, con algunos sacerdotes incluso otorgando “permiso” para asesinar liberales, justificando actos violentos en nombre lo sagrado, como bien lo plantea René Girard: “Los hombres consiguen evacuar con mucha mayor facilidad su violencia cuando el proceso de evacuación no se les presenta como propio, sino como un imperativo absoluto, la orden de un dios cuyas exigencias son tan terribles como minuciosas”,<sup>199</sup> en este caso, el dios es la nación, la religión, la moral y la ideología. Trata de situarse la razón de la violencia en las fuerzas externas al humano, sin embargo, es ejercida por y sobre el humano. El ritual actúa como un velo simbólico que envuelve la violencia, buscando transformarla en algo socialmente aceptable, incluso necesario. A través de gestos, palabras y ceremonias, lo brutal se desplaza hacia lo sagrado, como si al atribuirle un origen externo al ser humano se pudiera neutralizar su crudeza. Esta teatralización no elimina la violencia, pero la disfraza, la desplaza a un plano donde deja de ser responsabilidad individual para convertirse en parte de un orden mayor.<sup>200</sup>

Por otro lado, hubo sacerdotes que se dedicaron a ofrecer sus servicios religiosos, el santiguamiento, el sepelio, el bautismo, el matrimonio, a aquellos que vivían en grupos armados, un ejemplo de esto es el sacerdote antioqueño Fidel Blandón Berrío, quien en su novela *Lo que el cielo no perdona*, expone su visión del rol sacerdotal: “El sacerdote es el buen pastor que corre por los montes, los breñales y las playas para buscar las almas (...) Es receptor de todos los ayes del gemir humano y el consuelo de todos los dolores (...)”;<sup>201</sup> además, se refiere al padre Jiménez, otro sacerdote antioqueño a quien “Muchas veces las gentes lo habían visto sobre las rocas y en la orilla escudriñando el cauce del río, movida su sotana al viento...”<sup>202</sup> buscando restos de cadáveres para darles descanso eterno. “Las llamadas al campo eran constantes, unas veces a confesar un herido, otras a conjurar un

---

<sup>199</sup> Girard, *La violencia y lo sagrado*, 21.

<sup>200</sup> Girard, *La violencia y lo sagrado*, 22.

<sup>201</sup> Blandón Berrío, *Lo que el cielo no perdona*, 217.

<sup>202</sup> Blandón Berrío, *Lo que el cielo no perdona*, 202.

peligro; o le traían un cadáver despedazado...”.<sup>203</sup> Siendo el sacerdote una figura clave para el progreso y la vida tranquila en comunidad, los guerrilleros exigían el derecho a practicar el catolicismo.



**Imagen 3.: Sacerdote sosteniendo un brazo mutilado.<sup>204</sup>**

---

<sup>203</sup> Blandón Berrío, *Lo que el cielo no perdona*, 146.

<sup>204</sup> Fotógrafo desconocido, *Sacerdote sosteniendo un brazo mutilado*, en *Lo que el cielo no perdona*. (Bogotá: Planeta, 1996), 203.

Esta imagen demuestra la importancia simbólica del cuerpo, “[...] la unidad corporal es la que constituye al sujeto [...]. Su fragmentación, por oposición, es el horror, lo siniestro”,<sup>205</sup> sin embargo, en este caso, entendiendo la *representación* como hacer presente al ausente,<sup>206</sup> solo el brazo de un cadáver mutilado representa la salvación del alma de la víctima. La representación “efectúa la sustitución del acto exterior, en el cual se manifiesta una fuerza para aniquilar a otra en una lucha a muerte, por signos de la fuerza que sólo necesitan ser vistos para que ésta sea creída”,<sup>207</sup> en esta fotografía vemos la lucha entre dos imágenes: la del cuerpo mutilado, la imagen que degrada, la putrefacción y la de la salvación del alma a través del santiguamiento de un solo pedazo del cuerpo que representa la totalidad un ser. Como es el caso de Rafael Urrego, a quien

lo dejaron hay (sic) y los gallinazos se lo comieron. Hace ocho días que estaba yo, en Corozal con Emilia Rojas, Jorgelina Lora y yo, en esos momentos llegó un Capitán del Ejército con varios soldados y entonces nos preguntó que qué había por allá por la Sandalia que si había Chusma; y las otras no dijeron nada, djeron (sic) que no que por esas regiones no había chusma; pero yo si le dije al Capitan que habia chusma y que por allá habían matado a un señor Rafael Urrego. El capitan llegaba un primo hermano míp (sic) vestido de soldado, para que les dijeras (sic) artas (sic) cosas; y encontraron pedacitos del cadaver y entonces los enterraron.<sup>208</sup>

El levantamiento de su cuerpo dictaminó que:

El Cadáver (sic) se encontraba de cúbito y abdominal y presentada motilaciones (sic) de la pierna izquierda y de ambos brazos, no tenia (sic) carne sino un poco de piel a lo largo de la columna vertebral y el cabello lo tenia (sic) completamente quemado, a unos (80-)centímetros (sic) de

---

<sup>205</sup> Blair, *Muertes violentas. La teatralización del exceso*, 48.

<sup>206</sup> Louis Marin, “Poder, representación, imagen”, *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, n. 2 (2009): 135-153, <https://www.redalyc.org/pdf/3870/387036808001.pdf>.

<sup>207</sup> Marín, “Poder, representación, imagen”, 135-153.

<sup>208</sup> “Copia de la declaración de la señora Rosa Maria Giraldo Sanchez (sic)”, Frontino 29 de octubre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4. n. de caja 561, folio 106v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

la cabeza se encontro (sic) la mano izquierda empuñada y quemada [...], a un metro más o menos de la pierna derecha se encontraba la poerna (sic) izquierda quemada...<sup>209</sup>

El acto de poder enterrar un cuerpo posee un profundo significado para una comunidad; cuando un cuerpo queda sin sepultar, se resquebraja el orden social, desdibujando las fronteras entre los vivos y los muertos.<sup>210</sup> Lo cual fue negado a estas comunidades:

Aquí a cinco cuadras por el camino de El Páramo hay unos calvarios de gente que mató la policía. Desde aquí se sentía la mortecina y tuvimos que aguantarla, pues no los dejaron enterrar y se los comieron los gallinazos [...]. Los enterramos como a los dos meses.<sup>211</sup>

En el contexto de la Violencia, la muerte está rodeada de una ritualización excesiva que impide el proceso del duelo, al contrario, la idea de estos asesinatos es exacerbar las identidades tanto del victimario como de la víctima a través de la manipulación del cadáver, identidad que, finalmente, es de la comunidad entera. La manipulación del cadáver interrumpe bruscamente los procesos simbólicos que permiten dar sentido a la pérdida, pues la muerte, al no estar mediada por un cierre ritual o una preparación emocional, genera una ruptura traumática, bloquea la posibilidad de reconstruir narrativas que ayuden a integrar la ausencia en la memoria colectiva y personal.

El caso de la masacre de Altamira, ocurrida el 4 de noviembre de 1951, muestra con claridad cómo la violencia se inscribía en un entramado simbólico y ritual que desbordaba la mera confrontación armada: “humildes ciudadanos fueron amarrados con las manos atrás, entre el estupor de sus familiares, sus casas fueron saqueadas y robadas, y luego, con una

---

<sup>209</sup> “Copia del levantamiento del cadáver de Rafael Urrego”, Dabeiba, 9 de octubre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folio 161r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>210</sup> Blair, *Muertes violentas. La teatralización del exceso*, 35.

<sup>211</sup> Blandón Berrío, *Lo que el cielo no perdona*, 223.

frialdad que pasma, fueron asesinados indefensos e inermes”.<sup>212</sup> Este caso no solo representa un acto de exterminio físico, sino que revela la teatralidad de la violencia y su capacidad de transformar el dolor en espectáculo público. El hecho de que “los muertos (fu)eran conducidos en varas que pasaban por entre las extremidades previamente amarradas de los difuntos”<sup>213</sup> convierte el traslado en una procesión invertida, donde los signos de sometimiento permanecen visibles incluso después de la muerte. Se trata de un ritual de humillación que prolonga la derrota más allá del asesinato, pues los cadáveres no llegan al cementerio como sujetos dignos de duelo, sino como objetos cargados de una marca de dominación.

Posteriormente, “el Señor Cura les rezó las oraciones de ritualidad; y LOS ASESINOS, LOS CHUSMEROS, ACOMPAÑARON EL CORTEJO HASTA EL CEMENTERIO”.<sup>214</sup> Esta situación encarna la paradoja de la violencia en Antioquia: lo sagrado y lo profano se entrelazan en una misma escena. Mientras el cura recita las oraciones rituales que devuelven al cuerpo su dimensión trascendente, los asesinos marchan junto a los difuntos como si legitimaran la ceremonia, apropiándose de un espacio religioso y comunitario para reafirmar su supremacía. Este gesto resignifica la función del funeral campesino, que en condiciones normales sería un acto de cohesión comunitaria y de restitución simbólica del orden; aquí, por el contrario, la violencia se inserta en el ritual, lo distorsiona y lo instrumentaliza como parte de su mensaje político. El acompañamiento de los victimarios al cementerio puede leerse también como una forma de “crueldad de proximidad”,<sup>215</sup> pues no solo destruyen al enemigo, sino que participan del duelo colectivo, borrando la distancia entre asesinos y familiares, obligando a los sobrevivientes a compartir

---

<sup>212</sup> Relato de Margarita Giraldo, viuda de uno de los hombres asesinados por la chusma, Medellín, 26 de noviembre de 1951, Fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 559, folios 64v-65r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>213</sup> Relato de Margarita Giraldo, viuda de uno de los hombres asesinados por la chusma, Medellín, 26 de noviembre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 559, folios 64v-65r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>214</sup> Relato de Margarita Giraldo, viuda de uno de los hombres asesinados por la chusma, Medellín, 26 de noviembre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 559, folios 64v-65r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>215</sup> Veronique Nahoum-Grappe, “L’usage politique de la cruauté: L’épuration ethnique (ex Yougoslavie, 1991-1995) ». En F. Héritier, *De la violence*. (París: Edition Odile Jacob, 1996): 263-323.

con ellos un mismo espacio de despedida. Esta convivencia forzada degrada el rito funerario: el duelo ya no restituye la comunidad, sino que la fractura.

La participación del corregidor, que ignora los ruegos de las mujeres y responde con desprecio: “Viejas escandalosas; si siguen molestando, las meto a la cárcel”,<sup>216</sup> refuerza la teatralidad del poder, exhibe la complicidad de las autoridades locales, consolidando una pedagogía del miedo. La comunidad presencia que la instancia que debía garantizar protección se convierte en garante de la impunidad.

Bien lo dice, France Borel: “Las manipulaciones sobre los cuerpos de las víctimas resultan las más significativas [...], estimulan las impresiones físicas y visuales y ponen el cuerpo a distancia para hacer de él un objeto y un espectáculo”,<sup>217</sup> al final, la exacerbación de esa identidad, más allá de afectar al muerto, impacta profundamente en los vivos. Fueron (y somos) los vivos los testigos de este fenómeno, y es a través de ellos (y de nosotros) que surge su significado. El impacto y la interpretación de la alteración de los cuerpos se configuran en función de la presencia del espectador, quien, a su vez, se define y se transforma a partir de esa alteración. Así, el espectador se ve involucrado en un proceso de significación que va más allá de la muerte física, trascendiendo el acto mismo de la muerte.<sup>218</sup>

La interpretación que se le da a la imagen siempre provendrá del presente del espectador, la imagen “la interpretamos de acuerdo con nuestros propios fines y aspiraciones, trasladamos a ellas un sentido cuyo origen se encuentra en nuestras propias formas de vida y hábitos mentales...”,<sup>219</sup> es la imagen en su función memorativa de un dolor sobreviviente y transformado, como lo plantea Didi-Huberman, el dolor sobrevive a través de la imagen, ponernos frente a ella es ponernos frente a un tiempo en el que transcurrió este dolor para llegar hasta nosotros.<sup>220</sup> La imagen del cuerpo asesinado, maltratado, reorganizado,

---

<sup>216</sup> Relato de Margarita Giraldo, viuda de uno de los hombres asesinados por la chusma, Medellín, 26 de noviembre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 559, folios 64v-65r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

<sup>217</sup> France Borel, “L’imaginaire à fleur de peau”, *Cahier Internationaux de Symbolisme*, n. 59-61 (1977): 68, <https://philpapers.org/rec/BORLF>.

<sup>218</sup> Blair, *Muertes violentas. La teatralización del exceso*, 8.

<sup>219</sup> Arnold Hauser, *Introducción a la historia del arte*. (Madrid: Ediciones Guadarrama, 1961), 13.

<sup>220</sup> Georges Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. (Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora, 2008), 31-97.

descuartizado, ha logrado la transmisión generacional de un mensaje, es una confluencia de transmisiones condensada en una sola imagen; la idea del anacronismo planteada por el autor se presenta aquí garante de la expansión espaciotemporal de un mensaje que reafirma la naturaleza dialéctica de la historia, pues, ¿qué sentido tendría para nosotros esta imagen, si nunca hubiésemos sentido el dolor?: “¿Qué sentido tendrían para nosotros los nombres que usamos para caracterizar los estados del alma desaparecidos, las formas sociales desvanecidas, si no hubiéramos visto antes vivir a los hombres?”,<sup>221</sup> o como bien lo expresó Juan Manuel Echavarría, artista antioqueño: “¡Yo no puedo sentir el dolor que siente en sus entrañas una madre que tiene un hijo desaparecido. No lo puedo sentir en mis vísceras! Pero sí puedo reconocer el dolor que hay dentro de ella, y eso es lo extraordinario del ser humano, que puede sentir y pensar”.<sup>222</sup> El pasado no es una colección de eventos fijos esperando ser descubiertos, sino una realidad en constante transformación, la historia “parte no de los hechos pasados en sí mismos sino de ese movimiento que los recuerda”.<sup>223</sup>

Se puede decir que, como la obra de arte, la teatralidad de estos asesinatos la interpretamos desde nuestro presente, sin embargo, la interpretación también debe partir de los antecedentes sociales, nacionales y culturales del asesino, pues de alguna manera se reflejan en el asesinato y permiten captar el sentido de su simbología al matizar en ella ciertos elementos de la mentalidad básica de una nación, una época, una clase social, de una creencia religiosa o política.<sup>224</sup> El reflejo del retrato mental y la vida personal de los criminales en los asesinatos influye en que la simbología pueda transmitir un mensaje, es generadora de memoria colectiva dentro de un grupo histórico, es un “...sistema de significados que permiten que un grupo definido de seres vivos sienta una comunidad de pertenencia con sus muertos”.<sup>225</sup> La comprensión de los asesinatos está condicionada por elementos que son necesarios para la perennización de la imagen y del mensaje, depende de un vector social que conlleva una concordancia afectiva. La supervivencia de la imagen se basa en su dialéctica,

---

<sup>221</sup> Marc Bloch, *Apología para la historia o el oficio del historiador*. (París: Arman Colin, 1993), 96-97.

<sup>222</sup> Anónimo, “No quiere que olvidemos”, *Vivir en El Poblado*, 29 de mayo de 2014.  
<https://vivirenel poblado.com/no-quiere-que-olvidemos/>

<sup>223</sup> Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, 20.

<sup>224</sup> Erwin Panofsky, *El significado de las artes visuales*. (Madrid: Alianza Editorial, 1987), 49.

<sup>225</sup> Regis Debray, *Introducción a la mediología*. (Barcelona: Ediciones Paidós Ibérica, 2001), 15.

en “sus largas duraciones, latencias y síntomas, memorias enterradas y resurgidas, anacronismos y umbrales críticos”,<sup>226</sup> es portadora de memoria, “su temporalidad no será reconocida como tal en tanto el elemento histórico que la produce no se vea dialectizado por el elemento anacrónico que la atraviesa”.<sup>227</sup>

La construcción de la identidad nacional se teje a través de símbolos visibles y discursos cotidianos: en las banderas, los mausoleos, los colegios, en los discursos políticos; los valores colectivos se originan a partir de una puesta en escena, de objetos cargados de significado y de gestos, en el caso colombiano son las imágenes de la muerte las que reflejan la identidad del país. La fuerza cultural de estos asesinatos radica en que se graban en la memoria colectiva, como un poema o una idea que solo cobran valor cuando impactan a alguien y se transmiten, estos crímenes no se limitan al momento en que suceden ni a quienes fueron testigos directos. Al aferrarse a las personas, transforman la forma en que una sociedad se representa a sí misma.

El hueso fue el primer instrumento de perpetuación del humano. La sepultura es signo de un hombre que ya no se reduce a su duración física.<sup>228</sup> La ornamentación del cuerpo es índice de aquello que dura. De esta manera, los bandoleros, la contrachusma, el ejército, etc., lograron insertarse en la memoria colectiva de una nación, generar terror y distribuir lo sensible en una Colombia golpeada por la violencia, mediante la objetivación de una huella, de un recuerdo: “El cuerpo reorganizado es un cuerpo-artefacto que en vez de ser mera ruina es ruina fosilizada en la que fulge una resistencia al cuerpo: se trata de un cuerpo erigido de nuevo como cuerpo, ya no como cuerpo vivo, sino como imagen, como cuerpo-imagen, como imagen emblemática”.<sup>229</sup> La imagen de un cuerpo torturado tiene como objetivo anular al otro, silenciar su palabra y destruir los lazos que lo sostiene, al despojarlo de rostro y voz se busca convertirlo en un objeto, fragmentar su cuerpo y su memoria.<sup>230</sup>

---

<sup>226</sup> Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, 17.

<sup>227</sup> Didi-Huberman, *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*, 49.

<sup>228</sup> Debray, *Introducción a la mediología*, 42.

<sup>229</sup> Guerrero, “Los cuerpos en dolor (I): emblemática del régimen ético de la violencia”, 124-137.

<sup>230</sup> Edgar Barrero Cuellar, *Estética de lo atroz*. (Bogotá: Ediciones Cátedra Libre, 2011), 30.

Esto produce un terror deleitable, entrando en la categoría de lo *sublime* que propone Edmund Burke: “Todo lo que resulta adecuado para excitar las ideas de dolor y peligro, es decir, todo lo que es de algún modo terrible, o se relaciona con objetos terribles, o actúa de manera análoga al terror, es una fuente de lo sublime”.<sup>231</sup> Hannah Arendt plantea que “es una perversión, es un sentimiento de placer allí donde naturalmente se debería sentir dolor”,<sup>232</sup> en esta misma línea Edgar Barrero propone que se trata de una *estética de lo atroz* en la que “se siente cierto gusto por diseñar, apoyar, financiar, encubrir y hasta ejecutar procesos de limpieza sociopolítica”,<sup>233</sup> la palabra diseñar nos permite continuar con la analogía entre el asesinato y el arte, entendiendo a ambos como un diseño que requiere de una técnica y una experiencia estética/sensual: “El asesino trabaja ‘a mano’ y de cerca, quiere ver el cuerpo que sangra y los ojos llenos de miedo [...]”, “el cuchillo le procura una sensación táctil y directa, así la violencia incide sobre su cuerpo, sus músculos y sus manos, tiene una consistencia corporal y una evidencia física”.<sup>234</sup> Este carácter de “diseño” se evidencia en prácticas como la narrada en Murri (y en las ya mencionadas anteriormente), donde “enserraban (sic) en una pieza los muertos que mataban en el día (sic) para votarlos al otro día después (sic) de picarlos bien y sacarles los ojos”.<sup>235</sup> La acción no responde a una necesidad práctica, sino a una técnica de desfiguración y descomposición calculada, que prolonga el dominio sobre el cuerpo más allá de la muerte. El “picar bien” a los muertos y arrancarles los ojos muestra la voluntad de producir una imagen de horror diseñada para ser recordada y transmitida, una escenografía macabra que combina placer estético, sevicia y pedagogía política. Así, la violencia se convierte en un arte de la crueldad: una práctica manual, meticulosa y sensorial que reconfigura al enemigo en objeto visual y simbólico, destinado a fascinar y aterrorizar al mismo tiempo.

La dimensión estética de la violencia potencia su eficacia política, estos asesinatos producen imágenes diseñadas para ser vistas, interpretadas y consumidas por la sociedad. Es

---

<sup>231</sup> Citado en: Barrero Cuellar, *Estética de lo atroz*, 70.

<sup>232</sup> Citada en: Barrero Cuellar, *Estética de lo atroz*, 72.

<sup>233</sup> Barrero, *Estética de lo atroz. Psicohistoria de la Violencia política en Colombia*, 36-37.

<sup>234</sup> Blair, *Muertes violentas: la teatralización del exceso*, 55.

<sup>235</sup> “Declaración de la señora Paulina Echavarría”, Frontino, 30 de octubre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folio 108r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

un juego visual en el que agresores y víctimas se convierten en figuras dentro de una puesta en escena cuidadosamente estilizada, donde el poder se ejerce tanto por el golpe como por la forma en que ese golpe es representado. La estilización de la violencia no es un efecto secundario, sino parte integral de su lógica, pues convierte el dolor en espectáculo. Jacques Semélin define esto como *violencia espectáculo*: “atrae la mirada y, a su vez, la desaprobación, y [...] caracteriza buena parte de la ambivalencia de la violencia que por un lado asusta, pero por otro fascina”.<sup>236</sup>

Guzmán Campos se pregunta:

¿Por qué esta sevicia? ¿Quién les ha indicado esos verdugos los mismos procedimientos en todos los rincones de Colombia, con hombres, mujeres, niños y sacerdotes del Altísimo? Todos los relatos son uniformes al describir el sadismo, la sevicia inconcebible. [...] Muchos han sido asesinados a pedacitos, como acaeció, por ejemplo, al registrador de Caucasia en agosto último, cuando a machetazos le iban destrozando primero las manos, luego los pies [...].<sup>237</sup>

Se trata de un placer ante la muerte de la otredad, una forma de creatividad que implica una compleja elaboración mental, incluso se trata de un tipo de conocimiento que se expande en el tiempo y en el espacio. Es un diseño previo, no surge del impulso, sino de una planificación cuidadosa que exige técnica, destreza en el uso de herramientas y un conocimiento preciso de la anatomía humana. Saber exactamente qué vena cortar y cuál evitar, cuánto dolor infligir sin provocar la muerte inmediata, es parte de una lógica de crueldad meticulosamente diseñada para prolongar el sufrimiento y afirmar el poder sobre el cuerpo del otro. Deseo de que esa imagen dure y perdure en la memoria, de alguna manera, la misma ritualización del cadáver a lo largo de la historia: “El cuerpo recuperado, purificado, empapado, aseado con natrón, envuelto, uncido, ya no despojado sino convertido en obra de arte”,<sup>238</sup> la ornamentación del cuerpo garantiza su perennidad, es materializar un pensamiento, una idea, es dejar huella, “materializar la ausencia para hacerla presente”,<sup>239</sup>

---

<sup>236</sup> “Blair, Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición”, 9-33.

<sup>237</sup> Guzmán Campos et al., *La Violencia en Colombia*, 110-111.

<sup>238</sup> Debray, *Introducción a la mediología*, 38.

<sup>239</sup> Debray, *Introducción a la mediología*, 42.

esto es representación, la unión de una realidad visible y otra invisible. En este punto, compartimos la pregunta que se plantea Girard, citando a Adolphe Jensen, en su estudio sobre la relación entre la violencia y lo sagrado:

¿Qué ha podido afectar a los hombres hasta tal punto de matar a sus semejantes no con el gesto moral e irreflexivo del bárbaro semianimal que sigue sus instintos sin conocer otra cosa, sino bajo un impulso de vida consciente, creadora de formas culturales, intentando explicarse la naturaleza última del mundo y transmitir su conocimiento a las generaciones futuras creando unas representaciones dramáticas?<sup>240</sup>

---

<sup>240</sup> Citado en René Girard, *La violencia y lo sagrado*, 100.

## Conclusiones

Este trabajo busca comprender la complejidad del fenómeno de la Violencia en Colombia desde una perspectiva crítica alejándose de las explicaciones centradas exclusivamente en la lógica bipartidista. En lugar de entender la violencia como una anomalía o una desviación del orden político, se propone abordarla como un proceso complejo de organización social y cultural, una expresión simbólica y performativa que se inscribe en los cuerpos, los territorios y las memorias. La teatralización de la muerte en Antioquia entre 1948 y 1954 no puede ser leída solo como una serie de asesinatos, sino como una puesta en escena del poder, del miedo y de las identidades en disputa.

En este sentido, el Archivo Histórico de Antioquia, junto con otras fuentes documentales y testimoniales, ha sido fundamental para la aproximación no solo al hecho brutal, sino a su dimensión cultural y ritual. El análisis de estas fuentes primarias desde una perspectiva cultural permite reconocer que los relatos y reportes judiciales no son meros registros fácticos, sino textos cargados de significados simbólicos que comunican mensajes de dominación, exclusión y legitimidad. El período de la Violencia en Antioquia se inscribió en códigos culturales que resignificaron prácticas, símbolos y objetos cotidianos, convirtiéndolos en instrumentos de poder y control.

A lo largo del texto se ha insistido en el carácter de larga duración de la violencia en Colombia, reconociendo que no se trata de un episodio aislado del siglo XX, sino de un proceso continuo que se conecta con las jerarquías coloniales, las exclusiones sociales, la concentración de la tierra y la marginalización de las periferias. En este sentido, se ha hecho énfasis en la persistencia de estructuras coloniales que organizan el territorio bajo una lógica de desigualdad estructural. Las formas de violencia registradas en los archivos y memorias del período no solo revelan enfrentamientos políticos, sino también profundas fracturas étnicas, regionales, económicas y simbólicas.

La investigación parte del reconocimiento de la historia colombiana como una polifonía de voces. No existe una única narrativa de la Violencia, sino múltiples relatos que emergen de contextos regionales distintos, atravesados por factores sociales, económicos,

étnicos y culturales. En este sentido, Antioquia –particularmente sus zonas rurales durante los años de la Violencia entre 1948 y 1954– se presenta como un caso revelador de cómo la Violencia fue experimentada, significada y reproducida de manera localizada. Esta región no solo vivió el conflicto como una disputa partidista, sino como un proceso profundamente ritualizado, donde la muerte fue convertida en espectáculo público, en escenificación del terror y del poder. El caso de Urrao evidencia cómo la violencia, aun cuando se presentó de forma más focalizada y con un claro sesgo partidista, adquirió dimensiones simbólicas y performativas que trascienden la mera confrontación entre liberales y conservadores. Allí los combates, las mediaciones del párroco y los rituales de violencia pública funcionaron como lenguajes sociales a través de los cuales la comunidad procesaba sus miedos, lealtades y resistencias.

En el último capítulo se hace más evidente la propuesta central del trabajo: comprender la violencia como un fenómeno cultural performativo. La teatralidad de la muerte en Antioquia no puede entenderse como una simple expresión de crueldad o sadismo. Lo que se observó en la práctica del degüello, las mutilaciones, la exposición pública de los cadáveres o el uso simbólico de los cuerpos asesinados, fue un lenguaje de poder. Así, la muerte se volvió espectáculo, y el miedo, una tecnología de control político y social. En esta lógica performativa, los actores de la Violencia –guerrilla, constrachusma, agentes estatales y sectores civiles– asumieron roles y discursos que no solo respondían a la lógica bélica, sino también a la necesidad de construir legitimidad simbólica.

La Violencia, entonces, no fue solo destrucción. También fue un dispositivo de producción cultural, de configuración de identidades, de construcción simbólica del enemigo. Este trabajo busca visibilizar esa complejidad, esa multiplicidad de capas. La insistencia en la teatralidad no pretende estetizar el dolor, sino evidenciar su dimensión política y cultural.

Otro elemento clave abordado fue la multiplicidad de perspectivas sobre la Violencia. A lo largo del texto se rechazó cualquier intento de construir una narrativa única o totalizante. La violencia en Colombia ha sido, y sigue siendo, una experiencia múltiple, contradictoria e insalvable. Esta heterogeneidad no debe ser vista como un obstáculo para la comprensión, sino como una condición fundamental del análisis histórico. Solo reconociendo las distintas

memorias y experiencias de los actores involucrados es posible acercarse con honestidad a la historial.

Además, el trabajo resalta la importancia de los gobiernos locales y su relativa autonomía frente al poder central. En muchos casos, fueron precisamente las autoridades locales quienes orquestaron la violencia, legitimándola como medio de preservación del orden o como herramienta de venganza política. Esta autonomía, sin embargo, también abrió espacio para formas de resistencia, organización y justicia alternativas, especialmente en las zonas rurales donde el Estado estaba ausente o era percibido como enemigo. Las guerrillas, en este contexto, no solo deben ser vistas como actores armados, sino como instancias organizativas que, en algunos territorios, asumieron funciones sociales, legales y económicas que el Estado era incapaz de cumplir.

A pesar de los avances que este trabajo propone, persisten importantes vacíos en la historiografía sobre la Violencia en Antioquia, tanto para este período específico como para la historia del departamento en general. La fragmentación de las fuentes, las lagunas documentales y el peso de narrativas parciales han dejado sin explorar dimensiones esenciales de este fenómeno. La historiografía ha tendido a privilegiar el enfoque político, dejando en segundo plano las interpretaciones socioculturales y antropológicas que permitan entender la violencia como un lenguaje y un repertorio social compartido. Sigue siendo necesario una identificación más profunda de los actores involucrados –tanto víctimas como victimarios– que los sitúe en sus contextos sociales, económicos y culturales, para comprender las motivaciones, las redes y los imaginarios que configuraron sus acciones.

Asimismo, este trabajo ha enfrentado las limitaciones del trabajo con archivos judiciales y testimoniales, en los que la voz de las víctimas o victimarios se encuentra mediada por la mirada institucional y, probablemente, por silencios impuestos por el miedo o el trauma. Esta mediación plantea desafíos para la interpretación, pues obliga a leer las fuentes no solo por lo que dicen, sino también por lo que callan. A ello se suma la tensión ética inherente a la exposición de escenas y descripciones de extrema violencia: la necesidad de documentar con precisión y rigor histórico entra en constante diálogo con el deber de preservar la dignidad de las víctimas y evitar la revictimización. Estos retos demandan que

el/la historiador/a se posicione críticamente frente a sus fuentes, reconociendo tanto las posibilidades como las limitaciones de su uso y que asuma la responsabilidad de situar el relato de la violencia dentro de marcos que trasciendan el morbo y privilegien la comprensión histórica y cultural del fenómeno.

Finalmente, se concluye que la Violencia no puede ser explicada únicamente desde las categorías políticas tradicionales. Su raíz también es cultural, simbólica y comunitaria. Se origina en el modo en que se configuran las identidades, en los conflictos no resueltos de pertenencia, en las exclusiones acumuladas por generaciones. En ese sentido, la violencia no es un accidente del proyecto nacional, sino una de sus formas constitutivas. Desenmascarar su teatralidad y sus silencios implica una labor de memoria.

## Fuentes primarias

“Asesinato de los tres hermanos Higueta”, Urrao, 28 de enero de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 20r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

Carta a Hurberto White, Barbosa, septiembre 24 de 1948, Fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 2, n. de caja 533, folio 167r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

“Carta al Gobernador de Antioquia Píoquinto Reginfo”, Pabón, Urrao, 1 de julio de 1953, Documentos de Gobierno, n. de caja 030, folio 616r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

Carta de Juan de Jesús Franco al párroco de Urrao, Pabón, Urrao, 21 de mayo de 1952, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 116r-116v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

Carta de un liberal, Angostura, 27 de abril de 1948, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 2, n. de caja 533, folios 43r-44r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

Carta del Juez Municipal de Murindó al Gobernador de Antioquia, 24 de noviembre de 1953, Archivo Histórico de Antioquia, Fondo Gobernación de Antioquia, Sección Secretaría de Gobierno, Serie Gobierno Municipios, Medellín.

Carta del párroco de Urrao a Juan de Jesús Franco, Urrao, 19 de mayo de 1952, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 115r-115v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

“Copia de la declaración de la señora Rosa Maria Giraldo Sanchez (sic)”, Frontino 29 de octubre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4. n. de caja 561, folio 106v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

“Copia del levantamiento del cadáver de Rafael Urrego”, Dabeiba, 9 de octubre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folio 161r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

“Declaración de Elisa Guisao de Gonzalez”, Frontino, 30 de octubre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4. n. de caja 561, folio 158r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

“Declaración de Jose Nicanor Arboleda Rodriguez”, 3 de abril de 1952, Gobierno Ramos – Correspondencia recibida, detectivismo, tomo 7, folios 404v-4808, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

“Declaración de la señora Paulina Echavarría”, Frontino, 30 de octubre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folios 106v-107r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

“Declaración indagatoria de Carlos Alberto Martínez”, Frontino, 4 de octubre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folio 62v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

“Declaración indagatoria del sindicato Jesús María Holguín”, Frontino, 6 de noviembre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folio 181v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

“Informe batida posiciones bandoleros”, Medellín, 9 de mayo de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 60r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

“Informe sobre una comisión de orden público llevada a efecto en el municipio de Remedios”, Gobierno Ramos – Correspondencia recibida, detectivismo, tomo 7, folio 562r de 1951, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

“Interrogatorio a Lubin Sandoval, vecino de Alejandría”, 19 de julio de 1949, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 1, n. de caja 541, folio 28r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

“Manifiesto”, Abejorral, 8 de enero de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 1, n. de caja 558, folio 15r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

Queja contra el alcalde de Concepción, Fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 2, n. de caja 543, folio 104r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín

Solicitud de inspección, Betania, 8 de enero de 1949, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 1, n. de caja 542, folio 1v-r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

Solicitud de inspección, Medellín, 6 de marzo de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 561, folio 20r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

Testimonio de Margarita Giraldo, viuda de uno de los hombres asesinados por la chusma, Medellín, 26 de noviembre de 1951, Fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 559, folios 64v-65r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

Testimonio sobre la chusma, Frontino, 3 de noviembre de 1951, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 4, n. de caja 56, folio 151v, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

Testimonio de violencia oficial, Urrao, febrero de 1952, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 2, n. de caja 581, folio 12r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

“Urrao bajo el terror”, fondo Gobernación de Antioquia, sección Secretaría de Gobierno, serie Gobierno Municipios, n. de carpeta 3, n. de caja 557, folio 54r, Archivo Histórico de Antioquia, Medellín.

## Bibliografía

- Anónimo. 2014. «No quiere que olvidemos.» *Vivir en El Poblado*, 29 de mayo.
- Arendt, Hannah. 2006. *Sobre la violencia*. Madrid: Alianza Editorial.
- Aróstegui, Julio. 1994. «Violencia, sociedad y política: la definición de la violencia.» *Ayer* 17-55.
- Bautista, Francisco Jiménez. 2018. «Violencia híbrida: una ilustración del concepto para el caso de Colombia.» *Revista de Cultura de Paz* 295-321.
- Bejarano, Jesús Antonio. 1985. «Historiografía de la Violencia en Colombia.» En *Once ensayos sobre la violencia*, 297-325. Bogotá: CEREC.
- Berrío, Fidel Blandón. 1996. *Lo que el cielo no perdona*. Bogotá: Planeta.
- Blair, Elsa. 2009. «Aproximación teórica al concepto de violencia: avatares de una definición.» *Política y Cultura* 9-33.
- Blair, Elsa. 2004. «Mucha sangre y poco sentido: la masacre. Por un análisis antropológico de la violencia.» *Boletín de Antropología Universidad de Antioquia* 165-184.
- . 2004. *Muertes violentas. La teatralización del exceso*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Bloch, Marc. 1993. *Apología para la historia o el oficio del historiador*. París: Arman colin.
- Borda, Orlando Fals. 1985. «Lo sacro y lo violento, aspectos problemáticos del desarrollo en Colombia.» En *Once ensayos sobre la violencia*, 25-53. Bogotá: CEREC.
- Borel, France. 1977. «L'imaginaire à fleur de peau.» *Cahier Internationaux de Symbolisme* 68.
- Bourdieu, Pierre. 2007. *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Cuellar, Edgar Barrero. 2011. *Estética de lo atroz*. Bogotá: Ediciones Cátedra Libre.
- Deas, Malcolm. 1986. «Algunos interrogantes sobre la relación de las guerras civiles y violencia.» En *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, de Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, 84-90. Bogotá: CEREC.
- Debray, Régis. 2001. *Introducción a la mediología*. Barcelona: Paidós.

- Didi-Huberman, Georges. 2008. *Ante el tiempo. Historia del arte y anacronismo de las imágenes*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
- Flórez, Ingrid Johanna Bolívar y Alberto. 2004. «La investigación sobre la violencia: categorías, preguntas y tipo de conocimiento.» *Revista de Estudios Sociales* 32-41.
- Gaitán, Gloria. 1985. «Orígenes de la Violencia de los años 40.» En *Once ensayos sobre la violencia* , 325-361. Bogotá: CEREC.
- García, Antonio. 2015. *Gaitán y el problema de la revolución colombiana*. Bogotá: Ediciones Desde Abajo.
- Guzmán Campos, Germán , Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna. 1962. *La Violencia en Colombia*. Bogotá: Ediciones Tercer Mundo.
- Girard, René. 1995. *La violencia y lo sagrado*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Girardot, Rafael Gutiérrez. 2000. «Estratificación social, cultura y violencia en Colombia.» *Revista de Estudios Sociales* 1-11.
- Guerrero, Juan Carlos. 2015. «Corte de florero, simulacro y jardines paradisíacos de la violencia. Una reflexión estética sobre la violencia en Colombia.» En *Pensar el arte hoy: el cuerpo*, de Andrés Londoño Londoño. Bogotá: UTadeo.
- Guerrero, Juan Carlos. 2010. «Los cuerpos en dolor (I): emblemática del régimen ético de la violencia.» *Revista de Estudios Sociales* 123-137.
- Hauser, Arnold. 1961. *Introducción a la historia del arte*. Madrid: Ediciones Guadarrama.
- Hobsbawm, Eric J. 1976. *Bandidos*. Barcelona: Editorial Ariel .
- Hobsbawm, Eric J. 1986. «Historiografía del bandolerismo.» En *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, de Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, 61-75. Bogotá: CEREC.
- Hobsbawm, Eric J. 1985. «La anatomía de "La Violencia en Colombia".» En *Once ensayos sobre la violencia*. Bogotá: CEREC.
- Holguín, Diana Henao. 2013. «"Ni Robín de los bosques, ni vengador a sangre". Bandolerismo rural en Antioquia, 1953-1965.» En *Escrita con sangre. Historia de la violencia en América Latina: siglos XIX y XX*, de Igor Goivovic, 149-180. Santiago de Chile: Ceibo Ediciones.
- Jaramillo, Carlos Eduardo. 1986. «La Guerra de los Mil Días: aspectos estructurales de la organización guerrillera.» En *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, de Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, 90-128. Bogotá: CEREC.

- Magrini, Ana Lucía. 2016. «Colombia y los nombres de lo político: populismo, Violencia(s) y gaitanismo.» *Iberoamericana* 33-52.
- Marin, Louis. 2009. «Poder, representación, imagen.» *Prismas. Revista de Historia Intelectual* 135-153.
- Márquez, Gabriel García. 1981. *Crónica de una muerte anunciada*. Bogotá: Oveja Negra.
- Medina, Medófilo. 1986. «La resistencia campesina en el sur del Tolima.» En *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, de Gonzalo Sánchez y Ricardo Peñaranda, 269-295. Bogotá: CEREC.
- Mesa, Gustavo. 2009. «Religión y la Violencia en documentos de los años cincuenta en Colombia. Las cartas del capitán Franco.» *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura* 65-89.
- Nahoum-Grappe, Veronique. 1996. «L'usage politique de la cruauté: L'épuration ethnique (ex Yougoslavie, 1991-1995).» En *De la violence*, de F. Héritier, 263-323. París: Edition Odile Jacob.
- Oquist, Paul. 1978. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Banco Popular.
- Palacios, Marco. 1971. *El populismo en Colombia*. Bogotá: Ediciones Siuasinza.
- Panofsky, Erwin. 1987. *El significado de las artes visuales*. Madrid: Alianza Ediotiral.
- Pécaut, Daniel. 1986. «De las violencias a la violencia.» En *Pasado y presente de la violencia en Colombia*, de Gonzalo Sánchez, 262-274. Bogotá: CEREC.
- . 2014. «En Colombia todo es permitido, menos el populismo.» *Revista de Estudios Sociales* 21-24.
- . 2012. *Orden y violencia: Colombia 1930-1953*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT.
- Roldán, Mary. 2003. *A sangre y fuego. La Violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953*. Bogotá: ICANH.
- Safford, Marco Palacios y Frank. 2012. *Historia de Colombia: país fragmentado, sociedad dividida*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Sánchez, Gonzalo. 1986. *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: CEREC.
- Thomas, Louis-Vincent. 1985. *Rites de mort pour la paix des vivants*. País: Fayard.
- Torres, Camilo. 1985. «La violencia y los cambios socio-culturales en las áreas rurales colombianas.» En *Once ensayos sobre la violencia*, 53-117. Bogotá: CEREC.

- Uribe, María Teresa. 2001. *La territorialidad de los conflictos y de la violencia en Antioquia*. Medellín: Corporación Región.
- Uribe, María Victoria. 1990. «Matar, rematar y contramatar. Las masacres de la Violencia en Tolima 1948-1956.» *Revista Controversia* 27-203.
- Uribe, María Victoria. s.f. «Presentación y representación de la violencia en el arte colombiano.» *Revista Errata*.
- Vera, Juan Pablo. 2015. «Antropología y "estudios de la violencia" en Colombia: en busca de una perspectiva crítica.» *Revista colombiana de antropología* 245-269.
- Villaveces, Jorge. 1968. *Los mejores discursos de Jorge Eliécer Gaitán 1919-1948*. Bogotá: Editorial Jorvi.
- Zuleta, Estanislao. 1973. *La tierra en Colombia*. Medellín: Editorial Oveja Negra.